

EL ÚLTIMO BAILE DEL LUSITANIA



Jose Luis VÉLAZ

EL ÚLTIMO BAILE DEL LUSITANIA

JOSE LUIS VÉLAZ

Primera edición: Febrero 2020

© El último baile del Lusitania.

© Jose Luis Vélaz Negueruela.

Imagen de portada:

https://en.wikipedia.org/wiki/RMS_Lusitania#/media/File:Lusitania_by_Norman_Wilkinson,_1901

Edita: Ulzama ediciones.

Maquetación e impresión: Ulzama Digital.

ISBN: 978-84-121475-1-3

Depósito Legal: NA 152-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El único medio de vencer en una guerra es evitarla.

George Marshall

Salvo concretas excepciones se ha respetado la grafía de los nombres de personas, poblaciones, calles y otros lugares en consonancia con los oficiales existentes en la época a la que se refiere la obra.

El último baile del Lusitania, es una obra de ficción. Documentada con hechos reales y dentro de un contexto histórico se entremezclan hechos y personajes auténticos con otros de ficción; si bien, el autor ha obrado en todo momento con libertad absoluta para modificar tanto a los personajes como los detalles históricos en función del relato de ficción, resultando por todo ello imaginarios, sin que los hechos narrados tengan que corresponder con la realidad.

PRIMERA PARTE

1

PARÍS, PRIMAVERA 1914

Mientras con especial *glamour* la *vedette* cantaba en la pista una dulce melodía, Fran, el serio camarero del Gentleman en el corazón de París, con su consabida profesionalidad, comenzaba el ritual de un buen descorche: alzó la botella, secándola con un immaculado trapo blanco, y con la mano izquierda que suavemente envolvía el cuello de la misma la mantuvo en un ángulo justo, cuarenta y cinco grados, con la etiqueta de Moët & Chandon hacia arriba, mientras la otra mano, tras tirar de la cinta para rasgar la cápsula, se deslizaba como si acariciara su contorno, hasta posarse delicadamente bajo su base, siempre manteniendo el susodicho ángulo; entonces ascendió la mano que enrollaba el gollete hasta desplazar por sí solo el capuchón y la bajó de nuevo por el cuello para sostener la botella con el pulgar sobre el tapón; así, con la otra mano, bajó la anilla del alambre dándole seis medias vueltas exactas y una vez abierto, sin quitarlo, la mano derecha volvió a la base desde donde con un preciso movimiento de muñeca giró la botella y el tapón quedó depositado sobre su palma izquierda, sin esfuerzo, sin derramarse una gota, sin estridencia, solo un susurro placentero y armonioso que parecía acompañar la música. Al cabo, con la mano que sostenía el recipiente bajo su base y la otra a la espalda —ambas cubiertas por finos guantes de blanco impoluto como la camisa, que contrastaban con la negrura del esmoquin y la pajarita—, vertió con igual destreza el dorado líquido espumoso sobre las dos copas que se hallaban dispuestas, junto a un sombrero y unos guantes negros de piel, en la mesita a la que se encontraba sentado, solo, un elegante y apuesto caballero. Por la efervescencia generada, Fran detuvo brevemente el servicio para que bajara la espuma, luego completó las copas y dejó la botella sobre la mesa. El caballero lanzó una mirada cómplice, de aprobación, al camarero y mientras levantaba su copa, el trasluz del brillante líquido fresco reflejado por las esferas luminosas, que revoloteaban por el techo, mostraba hilarantes burbujas que se arremolinaban con frenesí como si bailaran al son de la canción. Finalmente saboreó el *champagne* con refinado gusto.

Todo era una fiesta. París entera era una fiesta. Europa, que se encontraba en el cénit de la *belle époque*, era una fiesta: un paraíso terrenal recreado en un ambiente de lujo y hedonismo... al menos para unos, para la nueva burguesía que, ahora, se codeaba con la aristocracia, en especial industriales y comerciantes, en un continuado estado de opulencia; sin embargo, el optimismo exacerbado que se vivía creaba un clima de euforia que traspasaba otras capas de la sociedad, incitando al emprendimiento en la búsqueda de oportunidades que hicieran alcanzar una vida acomodada con los últimos avances del progreso.

La orquesta siguió interpretando suaves cadencias musicales cuando la *vedette* terminó de cantar y se dirigió a la mesita donde le esperaba la copa de champán servida por Fran. Besó al hombre apuesto y ambos levantaron sus copas para hacer un brindis: «Por la felicidad del futuro», dijo ella gozosa y él asintió. En una columna cercana un cartel anunciaba a la cantante con un primer plano de su rostro sonriente y debajo destacaba: ¡Lynda Harris, la última sensación del cabaret, recién llegada de Londres!

La mujer de cabello ligeramente ondulado y color acanelado, de ojos rasgados, castaños, que las luces de colores hacían resplandecer, se acercaba cariñosamente al caballero. El vestido largo de lentejuelas que destellaban con el movimiento de los focos, muy ceñido sobre el corsé, dejaba los brazos descubiertos justo tras bordear los hombros, que unos largos guantes, sin embargo, cubrían casi por completo. Tras el brindis se apoyó sobre el hombre, abrazándolo con ternura, dejando entrever la fina y delgada figura de una espalda bonita.

—Te quiero, Mark.

Los últimos avances en cosmética favorecían la piel pálida, sonrosada, en la que destacaba el rojo intenso de unos labios carnosos, sin embargo no podían disimular una edad superior a la del hombre que abrazaba, quien mantenía un *foulard* largo negro, a modo de bufanda, cayendo por el cuello sobre el traje oscuro y una camisa blanca de cuello levantado y almidonado, con las puntas dobladas hacia fuera, donde sobresalía una elegante pajarita, también de color negro. La piel ligeramente bronceada y el pelo oscuro, engominado, contrastaban con unos brillantes ojos azules, muy claros, que al tenerlos enfrente parecían dos focos de luz que deslumbraban a quien los miraba; labios finos, nariz ligeramente aguileña, orejas perfectamente esculpidas y pegadas y frente serena, que en su conjunto, conformaban un rostro realmente atractivo, agradable, aun masculino. Era el resultado de un padre rubio, prusiano, de ilustre y noble abolengo, cercano al káiser Guillermo II, que casó con una bella española de tez morena, hija de una sirvienta de su progenitor, tras haber sucumbido a la enorme fascinación desplegada por la plebeya, de modo que la locura desatada por tanto amor hacia esa mujer, le había hecho priorizar y elegir casarse con ella perdiendo, en consecuencia, un título nobiliario y la acumulación de tierras y mayor riqueza que hubiera supuesto haber seguido la senda preparada por sus antecesores para que desposara con la condesa de Wrubertal, algo pactado entre ambas familias desde su más tierna adolescencia.

Mark Reber tenía treinta y cinco años, había entrado a trabajar poco después de terminar sus estudios de Economía en Berlín en el Deutsche Bank, donde comenzó a formarse en el campo de grandes inversores. De allí había partido a Londres, donde continuó varios años de especialización en inversiones en diferentes mercados bursátiles, de materias primas y cualesquiera otros en los que hubiera oportunidad de redoblar el capital, hasta que llegó a París, hacía cinco años, como subdirector de grandes inversiones en Sociéte Générale, la entidad financiera donde le conocí al trabajar en ese mismo departamento. El hecho de tener la misma edad y parecidos gustos hizo que pronto entabláramos una gran amistad que he de decir, a pesar de todo lo que iba a ocurrir, siempre fue leal y sincera.

Me llamo Jean Rohan, soy natural de París aunque de una familia originaria del Val de Loire que por aquel entonces, ya emancipado, disfrutaba de mi soltería y de un buen apartamento en el centro de la ciudad. Era un buen conocedor de las mejores fiestas de París por lo que durante un tiempo fui guía de Mark Reber en nuestras correrías por todos los mejores ambientes de la *belle époque* parisina, aunque también, debo confesar, por los mejores antros nocturnos y si, del

mismo modo, había estudiado Economía —en mi caso en la Soborna—, a diferencia de Mark, mi vida profesional siempre transcurrió en el banco de la Société Générale. En realidad nunca hubiera necesitado trabajar fuera de los negocios de mi padre, o dicho más exactamente, podría haber vivido, a costa de mi acaudalada familia, inmerso sin más en la candidez de ese mundo fantástico y soñador en plena utopía celestial para los sentidos, pero mi existencia nunca tuvo importancia, solo fui un gran observador, por lo que mi única razón en esta historia es la de contar la misma, en la que aunque apenas merecí un papel muy secundario, al menos registré los eventos tal como los conocí para que, ahora, pueda relatarlos.

A Mark Reber, su trabajo, las inversiones y en especial ganar dinero y hacérselo ganar a sus clientes, le apasionaba; sin embargo, a su vez, amaba también el arte. En sus ratos de ocio, que procuraba fueran bastantes, pintaba al óleo y gustaba de hacer poesía, jugar con las palabras, como él decía a sus amistades. Desde el primer momento supe que era un vividor, la imagen del *bon vivant* y eso atraía a los demás. El caso es que en razón a sus padres y a sus estancias profesionales hablaba perfectamente alemán, español, inglés y francés, con un sutil acento evocador provocado por tan rica mezcla que, tal como pude comprobar, agradaba a sus interlocutores. Su puesto en la Société Générale le había permitido relacionarse con grandes fortunas, pero a su vez, gustaba de reunirse y juntarse con eminentes literatos y pintores en el ambiente bohemio de las tascas y cafés de Montmartre. Y aunque le privaba rodearse de bonitas mujeres con las que compartía, a menudo, fiestas y lecho, seguía soltero manteniendo su espacio de intimidad en una casa grande, a la que muchas mujeres suspiraban por acudir.

Cuando llegué al Gentleman seguían en su mesita predilecta, acaramelados, así que tuve que convencerlos para que se animaran para continuar la velada por otros lugares, pero Lynda debía seguir actuando en el *café-concert*, así que poco después, cuando ella se despidió para entrar en el camerino y dimos con la última gota de la botella de champán, agarré de la mano a Mark para levantarlo de su cómoda butaca. Al dirigirnos hacia la salida Fran nos hizo una mueca de despedida, al fondo se comenzaba a escuchar la voz susurrante de Lynda cantando un bello y melódico vals acompañada del piano y un saxofón y algunas parejas salían a bailar a la pista entre las mesas pobladas de gente guapa y elegante. En la puerta se hallaba aparcado mi nuevo y flamante automóvil, un Lion-Peugeot V4C3 de cuatro cilindros y su color rojo destacaba brillante a la luz de las farolas. La noche era joven. Sin fin. El Folies Bergere, el Moulin Rouge y otros tantos cabarés nos esperaban con desenfundados bailes de cancan; también las bellas y distinguidas damas estilizadas por el corsé, bajo finos modelos de encaje, adornadas con plumas y bordados y tocadas, graciosamente, con fastuosos y distintos sombreros para cada momento.

Eran años de vida y alegría donde el champán culminaba la dicha ante el jolgorio, la música y el deseo. La guerra franco prusiana terminada en 1871 era historia y se había olvidado. La paz se habría instalado permanentemente. La revolución industrial había culminado. Los imperios europeos se habían repartido las colonias del mundo lo que suponía enormes fuentes de materias primas y mano de obra para el desarrollo de la tecnología recién descubierta. El teléfono, el telégrafo, el desarrollo del ferrocarril, el buque a vapor agilizaban las comunicaciones; la prensa que ocupaba ya un lugar privilegiado era cada vez más influyente en los ciudadanos. La humanidad se aprovechaba de los nuevos y grandes descubrimientos e inventos que aparecían por doquier. La electricidad y el petróleo habían cambiado las costumbres. Y en ese bienestar, muy generalizado, una nueva guerra era, por tanto, inconcebible. Por otro lado los grandes imperios europeos, a pesar de sus diferencias, se hallaban unidos por lazos familiares entre sus

reyes, emperadores y demás herederos al trono, en particular descendientes de la reina Victoria y, concretamente, el propio káiser Guillermo II de Alemania, el rey Jorge V del Reino Unido —de Gran Bretaña e Irlanda, de sus dominios de ultramar y emperador de la India— y el zar Nicolás II de Rusia, eran primos carnales. Estos, como el resto de casas reales y mandatarios del mundo, unos años antes, en 1910, habían desfilado unidos —en su orden protocolario—, a lomos de sus majestuosos caballos en el funeral del rey Eduardo VII en Londres como *The Times* había difundido, en una escenificación ante el pueblo sin precedentes. El emperador de Alemania, Guillermo II, que había llegado a bordo de su yate, *Hohenzollern*, escoltado por cuatro destructores ingleses había fondeado en el Támesis, desde donde arribó en tren hasta la estación Victoria de Londres en la que el nuevo rey Jorge V lo esperaba. Luego el káiser, en la ceremonia sobre un caballo gris, luciría el uniforme escarlata de mariscal de campo británico y tras pasar unos días en la antigua residencia de su madre, en el castillo de Windsor, dejaría escrito: «Me siento orgulloso de considerar este lugar mi hogar y de pertenecer a esta familia real», a pesar de que cierto tiempo antes había dicho de su tío Eduardo, ahora en cuerpo presente, que era un ser diabólico, conspirador del bloqueo de Alemania. Entre tan magnos dignatarios también se encontraba allí, cubierto por un radiante casco de plumas verdes, sobre su hermosa cabalgadura, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del anciano emperador Francisco José, que posteriormente tendría un fatal destino, también para la humanidad.

La noche loca parisina de aquel viernes interminable, como todas las que vivíamos entonces, eran mezcla de diversión, canchán, desenfreno, frenesí y champán. Eran años sí, de alegría y pasión desmesurada por lo que nos daba la vida, donde el progreso y el bienestar parecían no tener fin; nada en ese momento nos hacía percibir que eso fuera a cambiar, a pesar, incluso, de que desde hacía tan solo dos años uno de los mayores símbolos de esa grandeza, el *RMS Titanic*, considerado entonces indestructible, se hallaba sumergido para siempre en la soledad del silencio de las profundidades del océano.

2

EL POTENTADO AMERICANO

El lunes amaneció radiante. Mark Reber no sé cómo podía hacerlo, el caso es que después de esas noches locas, a las mañanas siguientes, se mostraba lúcido y con un aspecto inmejorable. A media mañana, cuando desde mi puesto analizando determinadas cifras fundamentales del seguimiento de unas acciones escuché el revuelo que transgredía el silencio de la sala, levanté la vista, no sin cierta dificultad, y vi que la plana mayor del banco acompañaba a un elegante caballero, charlando animosamente en lo que supuse se trataba de una visita enseñándole determinadas dependencias, lo cual solía ocurrir, solo y exclusivamente, cuando se trataba de una gran fortuna andante, a la que querían ganar como cliente especial; pero cuál vino a ser mi sorpresa cuando pude observar que tras pararse, a instancias del visitante, ante un enorme lienzo recién adquirido a Claude Monet, para cambiar el discurso de las finanzas por el artístico, a veces muy unidos, en una técnica también utilizada a menudo para relajar la conversación con el cliente; pues hasta el más mínimo detalle estaba estudiado y siempre concluía con el ágape en uno de los mejores restaurantes de París, se dirigieron directamente al despacho de Mark.

—Mark Reber es el jefe del Departamento de Grandes Inversiones. Un experto que, aunque joven, tiene una gran experiencia internacional en los mercados más importantes —señaló nuestro presidente.

—Sí, me gustaría conversar un poco con él, ahora.

—Señor Reber, este es el señor Dykinson. John Dykinson —ambos se saludaron con la debida cortesía—. Acaba de llegar procedente de los Estados Unidos para hacer unos negocios por Europa y nos ha honrado con su grata presencia. Le hemos hablado de los últimos éxitos de este departamento para hacer crecer, de forma excelente, la rentabilidad del capital y está muy interesado en poder hablar con usted, así que les dejamos. Cuando terminen, Reber, llame a mi secretaria para que venga a acompañar al señor Dykinson hasta mi despacho. Hemos reservado un almuerzo para la una de la tarde.

—Excelente señor Dykinson, ¿en qué puedo ayudarle?

El señor Dykinson dejó el elegante bastón de roble y marfil que portaba, junto a su sombrero, sobre un sillón confidente frente al escritorio de Mark, se quitó el gabán y se sentó en el contiguo. Lucía un traje de sastre, gris claro, con la americana cruzada, y una camisa de seda cuyos puños se cerraban con unos selectos gemelos de oro. Su edad se acercaba a los setenta, sin embargo lucía un aspecto envidiable, alto y delgado, con el pelo plateado y la tez rojiza, parecía el vivo retrato que siempre habíamos visto de un antiguo oficial de caballería yanqui. Todo en él,

sus maneras, su interlocución, su saber estar, era distinguido y además era de esa clase de persona que solo con mirarlo unos instantes sabes que ha vivido una existencia única. Hijo de un comerciante irlandés que había emigrado, como tantos otros, en busca de un futuro esperanzador a los Estados Unidos; había logrado una enorme fortuna y, como ocurre también, de forma generalizada a este tipo de personas, necesitaba seguir acrecentando la misma, pues en el fondo es la manera de demostrarse a sí mismos que son capaces de ello. El dinero debe ser capaz de hacer más dinero. A lo largo de su vida había trabajado e invertido en múltiples sectores: minería, transformación industrial, distribución, prensa... y hacía unos años había entrado de lleno, por su gran demanda, a pesar de estos tiempos hermosos de paz, en la producción y venta de material armamentístico, sector en el que los últimos avances e investigaciones llevaban, cada poco tiempo, a idear nuevas máquinas, cada vez más sofisticadas, para matar. Había llegado acompañado de su joven esposa, treinta y ocho años menor que él, y de un pequeño séquito de tres asistentes y se hospedaban en el Hotel Ritz, frente a la plaza Vendôme.

Tras una breve presentación el señor Dykinson expuso el motivo de su viaje a Europa:

—En el fondo, como usted sabe muy bien, al final todo consiste en comprar y vender. Ni más ni menos. Claro, la fórmula del éxito es saber qué comprar, qué producir, para luego venderlo a buen precio. Hay que ofrecer lo que otros quieran comprar. Con eso se tiene asegurado el éxito.

—O sea ha venido para comprar y vender.

—Exacto.

—Y si ya sabe qué y dónde comprar y también sabe a quién vender. ¿En qué puedo ayudarle yo?

—Quiero comprar acciones, empresas.

—¿Invertir en el mercado secundario bursátil?

—En este viaje quiero ampliar mis proveedores de ciertas materias primas. Mis fábricas últimamente devoran con gran rapidez elementos que nos son muy necesarios. Por otro lado estoy en contacto con ciertos clientes... digámoslo, un tanto especiales; cada vez quieren mayor sofisticación y eficacia, pero pagan bien, por lo tanto hay que cuidar estos negocios.

—Podría delegar en otras personas...

—No —cortó tajante—. Para que funcione todo bien, lo esencial siempre ha de llevarlo uno mismo. Yo, cómo le explicaría, hago la labor de presentación, luego mis directores generales correspondientes hacen otras labores más técnicas y complementarias. Además, si le soy sincero, esto para mí es como un deporte que me permite mantenerme en forma, y claro, quiero aprovechar mi estancia en esta capital para disfrutar de sus magníficos placeres mundanos.

—Me hablaba de acciones, de empresas...

—En efecto. Mis negocios, en este momento, me procuran una enorme tesorería, un *cash flow* que no logramos absorber a pesar de diversas adquisiciones en América, pues estas siguen, a su vez, aportando aún más. Y, ya sabe usted, no conviene tener al dinero ocioso, debe trabajar para uno, debe atraer más dinero como el imán hace con el metal. Los bancos nos ofrecen buenos intereses porque luego ese dinero lo *venden*, a su vez, a los que lo necesitan. Por eso quiero que me aconseje para invertir esa tesorería excedente y que dé rápidamente sus frutos.

—¿Está interesado en algún sector o mercado concreto?

—Yo conozco los míos, que son en los que trabajo. Esto está al margen, invéntese alguna cosa. Tome mi tarjeta. Llámeme si se le ocurre algo. Estaré un par de semanas en París.

Dykinson se levantó para coger sus cosas, pero Mark Reber le detuvo.

—Si me deja una cantidad importante ahora mismo para que se la coloque, al final de esta semana probablemente se la habré duplicado.

El señor Dykinson se quedó quieto, de pie. Le pareció una afirmación demasiado contundente y arriesgada para un joven directivo de una entidad financiera. Lo miró desafiante, primero con un semblante serio, luego sonriente:

—Qué le parece, para empezar, cien mil dólares americanos. ¿Es para usted una cantidad importante?

—Lo es.

—Si duplica esa cantidad para el fin de esta semana, habrá ganado mi confianza. Si me hace perder esa cuantía, a mí no me supondrá nada, pero usted vería peligrar con toda seguridad su puesto.

—Entonces..., yo que usted, apostaría aún más.

Dykinson se quedó mirando. No acostumbraba a perder en el juego.

—Trescientos mil. En una hora estarán en una cuenta especial en esta entidad solo para que usted cumpla su propósito. El viernes a las nueve de la mañana me presentaré para ver el resultado.

Reber llamó a la secretaria personal del presidente para que bajara a acompañar al señor Dykinson. Iba a comer con los máximos mandatarios de la institución.

3

DOS GENERALES, UN CAMINO

Cuando llegó al fin del camino entre las grandes coníferas y robledales, la estilizada y larga figura del general británico Henry Wilson dejó la bicicleta apoyada sobre una roca, se secó la frente del sudor por el esfuerzo y abrió la mochila que llevaba a la espalda sacando una libreta donde se dispuso a tomar apuntes. Se encontraba ágil, hacía muchos años que había superado las secuelas de la herida de gravedad que había sufrido, en su juventud, en la guerra de Birmania. En los últimos cinco años llevaba recorriendo, varias veces al año, los antiguos campos de batalla de 1870 y los que probablemente lo serían en caso de que estallara un nuevo conflicto, Lorena y las Ardenas. Igualmente conocía como la palma de su mano, pues llevaba todos esos años recorriéndolas, las fronteras de Francia con Bélgica y Alemania, desde Valenciennes a Belfort. Tras dejar sus reflexiones anotadas en la libreta, miró hacia arriba del peñasco donde un suboficial inglés lo esperaba apoyado sobre un vehículo, que lo llevaría al hostel donde se alojaba en esos días, con el fin de asearse antes de asistir a un almuerzo con su amigo el general francés nacido en Tarbes, Ferdinand Foch. Hacían una curiosa pareja pero habían coincidido desde su primer encuentro, años atrás, cuando el primero era director de la Academia del Estado Mayor del Ejército británico, con anterioridad a su cargo como jefe de Operaciones Militares y el segundo hubiera publicado sus dos tratados sobre los principios y el desarrollo de la guerra. Mientras Wilson se afeitaba en la habitación del hostel recordaba con precisión la conversación que había mantenido con su amigo el general Foch en uno de sus primeros encuentros entre Londres y París, que ahora le resonaba en la cabeza:

—¿Cuál cree que podría ser la unidad británica más pequeña que pudiera ser de ayuda para ustedes? —le había preguntado Wilson.

—Un solo soldado inglés... y procuraremos que lo maten —había contestado Foch sin dudarle un momento.

También él quería ver al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda comprometido con la guerra en una alianza con Francia. Era un sentimiento recíproco. Más tarde, mientras degustaba con su amigo unos sabrosos platos de caza con un buen vino francés en un pequeño restaurante de la montaña cercano a la frontera de Lorena, con la franqueza con la que siempre se habían hablado, Wilson dijo:

—Cada vez creo con mayor seguridad que la guerra con Alemania es inevitable... e inminente.

—Siempre lo hemos sabido, por eso nos estamos preparando —añadió Foch, tras limpiarse

con la servilleta los grandes bigotes que le cubrían parte de la boca.

Luego salieron a caminar un poco por los alrededores, el día era espléndido e invitaba al sosiego de los caminos rústicos donde la naturaleza mostraba con todo su candor la explosión de vida de la primavera. Al fondo de la senda perfilada por hermosos árboles en flor las siluetas de los dos hombres recortadas resultaban curiosas, uno alto y flaco, el otro bajo y orondo, pero su conversación era tan profunda como grave.

—Siempre hemos intuido la posibilidad de la guerra pero cada vez la siento más inevitable. Alemania quiere un poder mayor en el mundo, llegó tarde al reparto de las colonias y está calando entre la población el discurso de la guerra necesaria para lograr su reconocimiento y una posición predominante en el planeta —dijo Wilson.

—Tampoco consiente el káiser la supremacía británica en el mar. Llevan años queriendo revertir ese sentimiento incrementando su fuerza naval —añadió Foch.

—Lo cual nos preocupa mucho. En el Almirantazgo conocen el incremento de sus nuevos y peligrosos submarinos y el ensanche del canal de Kiel, lo que permitirá a su flota de guerra llegar fácilmente al mar del Norte.

—En cualquier caso debe ser algo rápido.

—¿Cómo?

—La guerra. Si finalmente ocurre... debe ser una ofensiva potente, rápida y dura para conseguir los objetivos y que nuestros soldados vuelvan pronto del frente.

—Claro.

4

EL GRAN ESPECULADOR

A las nueve y cinco de la mañana del viernes, el señor Dykinson, tal como había prometido, se presentó en el despacho de Mark Reber. Esperó un momento, con rostro serio, las noticias del asesor financiero, ya que aunque su perspicacia solía serle fiel a la hora de augurar acontecimientos, no era capaz en ese momento de interpretar el semblante de Mark. Estaba claro, pensó, ambos eran jugadores. Jugadores de la vida, como gustaba llamarse a sí mismo Dykinson. Un rostro imperturbable de emociones. Ni muestras de euforia o alegría ni de decepción o compasión de un joven que iba a perder su puesto de trabajo.

—¿Y bien?

Mark Reber, manteniendo el gesto mesurado, cogió un documento poniéndolo a su alcance.

—Aquí tiene. Han sido ingresados en su estimable cuenta 613.524 dólares tras deducir nuestra comisión. Hemos podido superar mi estimación inicial.

—Inaudito. Si le soy sincero no creía que fuera posible en este lapso de tiempo un incremento semejante.

—No siempre es posible, desde luego.

—¿Puedo saber cómo lo ha hecho?

—Como usted mismo dijo, todo consiste en saber comprar y vender en el momento oportuno. El mismo lunes un 80% de su capital lo utilicé en adquirir acciones de Ferrisital, proveedora del acero laminado para los carriles de las vías férreas. La carrera por el ferrocarril, la necesidad urgente de Rusia y la enorme liquidez del mercado global actual me inducían a pensar que estábamos ante una buena operación en cuanto se supiera del enorme contrato que acababan de firmar. Era cuestión de horas para que en la bolsa sus títulos se dispararan al alza en unos días, como así ha sucedido. El 20% restante lo invertí en acciones de Industrias Bersetti, que habían caído bruscamente en los días anteriores debido a la muerte de su presidente a manos de su amante. Conozco a su hijo, el sucesor en la presidencia, mejor gestor que su padre. Desde el viernes sabía que había firmado un fabuloso contrato para la construcción de unos modernos buques para Turquía. Era arriesgado por el tiempo escaso que tenía, pero las acciones se hallaban a precio de saldo y era cuestión de una adquisición masiva por ciertos bancos de inversión para que se disparara el valor, y eso ocurrió el mismo martes y ayer se había triplicado su valor. Hoy sigue subiendo, pero esa ganancia se la dejamos a otros. El mismo miércoles vendí la mitad de las acciones Ferrisital, manteniendo el resto y esa tesorería la utilicé para la compra al contado de una importante partida de trigo en Argentina, con unas condiciones excelentes, género que

previamente lo tenía ya apalabrado y totalmente vendido por el doble de su precio en Alemania, debido a la urgencia de sus malas cosechas del pasado año. *Voilà*. Ha sido una mezcla de intuición, conocimiento y... suerte, claro está.

—Creo que haremos muchos negocios juntos. Por de pronto, quisiera invitarle a la fiesta que mañana a la noche daré en el Hotel Ritz. Espero que venga gente muy importante de esta capital y que nos conozcamos mejor... ¡Ah! Por supuesto, la invitación se extiende a su esposa..., o novia —dijo el señor Dykinson mientras firmaba una tarjeta de invitación para la fiesta.

—Estoy libre y sin compromiso —dijo Reber, abriendo las manos con la palma hacia arriba —, no obstante me gustaría poder asistir con mi compañero del departamento, Jean Rohan, un buen amigo.

—Por supuesto. Estaré encantado de recibirles. No todo es dinero, es más importante saber vivir la vida: buenas comidas, buenas mujeres, buenos coches, buena música y mejores fiestas.

—Parece que coincidimos en muchas cosas.

5

LA GRAN FIESTA DEL RITZ

Al día siguiente, sábado, a primera hora de la tarde, pasé por la taberna Au Lapin Agile de Montmartre para recoger a Mark, estaba allí discutiendo con un grupo de conocidos pintores cubistas con los que, en más de una ocasión, se reunía y de paso gustaba de invitarles a unas copas; vestía un traje informal pero a la moda con un gran *foulard* de lana fina, azul marino, rodeando dos veces su cuello. Como aún era temprano dimos una vuelta por L'Éléphant Goulu, cuya planta superior se utilizaba como *music hall* con espectáculos variados, y en sus sótanos, aparte de contar con una barra destinada a la coctelería, disponía de espacios para jugar a las cartas, una sala espléndida de buenas mesas de billar y otra para la ruleta y distintos juegos de azar. Muchas veces íbamos allí para pasar la tarde antes de una fiesta. Echábamos una partida al póquer o bien, como en esta ocasión, jugábamos a la ruleta, apostábamos el mismo importe y al final el que ganaba más de los dos le pagaba al otro la consumición, el caso es que, esta vez, a mí me fue mal desde el principio, pero Mark había logrado duplicar la apuesta inicial al cabo de unas tiradas, luego acabó perdiéndolo todo. Eso sí, teníamos claro, en cualquier caso, de no excedernos nunca, pasara lo que pasara, de la cuantía establecida como importe inicial.

—Esto va a ser señal de buen augurio para esta noche —dijo Mark al perder el último franco.

No era la primera vez que ocurría, por supuesto, pero Mark siempre ponía buena cara. Así que volvimos a cambiarnos para la velada y a las nueve de la noche entrábamos en el Ritz.

Desde la entrada se señalaba el salón donde se acogía la fiesta del matrimonio Dykinson, si bien, previamente, un control de seguridad privado solo permitía el acceso a personas con estricta invitación. Los camareros pasaban entre los invitados ofreciendo cócteles de bienvenida, pero Mark prefirió tomar algo sin alcohol, pues quería tener la mente despejada..., la noche sería larga. A la cena nos encontramos más de doscientos comensales. Luego al baile, al café y las copas posteriores se añadirían otros tantos. Los hombres vestidos de esmoquin, frac y algún chaqué, además de los imprescindibles complementos; las señoras lucidas con artísticos y magníficos vestidos hechos, en exclusiva, por los mejores modistos de la capital llegados de todas las partes del globo. Allí estaba reunido el *Tout-Paris*. A la *soirée* se daban cita varios ministros del Gobierno, entre ellos el ministro de Economía y el de la Guerra, también militares del Alto Mando, como el jefe del Estado Mayor y algún otro general que no conocía, asimismo estaban presentes los embajadores en Francia del Reino Unido y Rusia, así como presidentes y consejeros delegados de las más importantes entidades financieras como la nuestra, de la prensa, de importantes empresas, y no faltaban tampoco personalidades de la literatura, el arte y el

espectáculo. La música comenzó a sonar a cargo de una excelente orquesta. Poco después algunas voces nos hicieron girar la cabeza. Aparecía el señor Dykinson al que todo el mundo quería saludar, quizás por ello Mark se apartó hacia un lado pues prefería hacerlo sin ese primer alboroto, sin embargo observé cómo mi amigo miraba con especial atención a la mujer que con un vestido largo verde, bellísima y reluciente, iba a la vera del magnate americano obnubilando a los hombres a su paso y logrando suscitar, a pesar de ello, gestos de reconocimiento tanto en las propias damas, allí presentes, de la alta sociedad parisina como en aquellas otras cortesanas, que también las había. Tenía el porte de una princesa terrenal, pero la mirada y la gracia de su sonrisa eran angelicales y el señor Dykinson la mostraba con el orgullo de ser su posesión más valiosa. Cuando este, finalmente, llegó hasta donde nos encontrábamos se detuvo ante Mark.

—Mi nuevo socio. Encantado de tenerlo entre mis invitados. ¡Ah, querida! Te presento al señor Mark Reber, un hombre con gran futuro... y sabes que no me equivoco en estos vaticinios. Mi esposa Evelyn —presentó, y Mark, de forma galante, inclinándose, tomó la mano derecha de la esposa aproximándosela a la boca en ademán de besarla. La mujer sonrió.

El *maître d'hôtel* pasaba pidiendo a todos los invitados se acercaran a las mesas dispuestas para la cena que el protocolo se había encargado de distribuir con el nombre de los convidados. El gran salón de enormes lámparas, muebles de noble madera y maravillosos cuadros firmados por las más afamadas paletas de la época, revestía un encanto sensual y glamuroso que fascinaba los sentidos embriagados por el mismo aroma perfumado que flotaba por el ambiente: notas de ámbar, esencias de musco, fragancias de iris mezcladas con determinadas porciones de anís y claveles, mientras afuera, en la *place Vendôme*, las imponentes joyerías abrían sus puertas ante tan ilustres clientes mostrando sus mejores diamantes.

La cena al mando de Antoine Radin, discípulo y mano derecha del gran cocinero y socio de César Ritz, Auguste Escoffier, de quien el propio káiser Guillermo II había dicho: «Yo soy el emperador de Alemania, pero usted es el emperador de los cocineros», era otro deleite cautivador de los sentidos. Demasiados para una sola noche. Dykinson, que amaba degustar afrodisíacas ostras salpicadas con unas gotas de limón entre el hielo y el champán mientras escuchaba óperas de Verdi y de Rossini, había hecho traer las mejores del momento, de la Bretaña y La Rochelle, para esa velada.

Tras los postres el señor Dykinson se levantó para decir unas palabras por las que elogiaba al país y en especial a su capital París, pidió un brindis por Francia; después, tras mirar a los embajadores del Reino Unido y de Rusia, lo pidió por sus respectivos imperios y finalmente por América, para terminar brindando por el futuro de la humanidad, que «ya —dijo— no tiene marcha atrás pues el progreso se ha afianzado para siempre entre nosotros». Todos brindamos, bebimos y aplaudimos. Junto a él, en la mesa que presidía el acto, su amada esposa, radiante, siempre bella y sonriente. Tanta belleza y tan cerca, de un rostro tan hermoso, irradiaba tal sensación que el collar de finas piedras preciosas que lucía en su estilizado cuello desnudo hasta la parte superior de los hombros apenas se apreciaba. Mi amigo solo tenía ojos para ella hasta el punto que me dijo susurrándome al oído:

—Es la mujer más atractiva que he visto en mi vida.

Con los cafés empezaron a llegar otros invitados. La orquesta se dispuso a interpretar dulces melodías, luego una cantante con unas coristas se añadieron al espectáculo. El baile había comenzado. Las parejas invitadas no tardaron en animarse a salir a la sala destinada para ello apartándose de la misma los que en ese momento la ocupaban charlando con una copa en la

mano. Mark y yo, apoyados contra la barra, observábamos los movimientos. De pronto nuestra atención se centró en el matrimonio Dykinson al que las personas, en ese momento danzantes, les hacían sitio para ocupar la parte central de la pista. Hacían una buena pareja a pesar de la gran diferencia de edad. Los dos tan distinguidos y elegantes. Tras los primeros compases las parejas comenzaron a intercambiarse en la pista de baile. El señor Dykinson, sin embargo, pronto salió de la pista dejando a su señora en otras manos. Cuando se acercó a la barra se aproximó a Mark para decirle:

—Me gustaría tomar café con usted... el próximo martes ¿puede ser?

—Encantado.

—Si le parece nos vemos aquí mismo, en el salón del bar, junto al *restaurant*, a las tres de la tarde.

—De acuerdo. Aquí estaré.

—¿No bailan? Ustedes son jóvenes. Seguro que hay damas que están deseando hacerlo.

A partir de ese momento y durante el resto de la velada fue llamativa la atención que el señor Dykinson, aunque platicaba con unos y con otros, destinó a los generales del Alto Mando del Ejército francés, a quienes, de forma reservada, les dedicó la mayor parte del tiempo. También destacaría, de esa forma, el tiempo que ocupó con el embajador del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

Poco después, sin mayor explicación, Mark sacaba a bailar a una señora que junto con otra se hallaban sentadas, con caras aburridas, mientras sus maridos hablaban, en la barra, de negocios. Yo hice lo propio, un poco más tarde, con la otra señora. Así pude contemplar, desde la cercanía, cómo Mark se iba acercando a Evelyn, aprovechando cada ocasión, con los cambios de pareja, hasta que por fin lo logró, precisamente cuando comenzaba un precioso vals cuya melodía enternecía los más adustos corazones.

—Es una lástima que nunca antes hubiera estado en esta ciudad.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó ella, sonriente.

—En otro caso yo hubiera hecho lo imposible por habernos conocido.

—Disculpe. ¿Cómo era su nombre?

—Mark Reber.

—Han sido tantas presentaciones que...

—No se preocupe. Lo entiendo perfectamente. ¿Van a quedarse mucho tiempo?

—Depende de mi marido. Dos o tres semanas. Después vamos a Londres y luego a España, antes de regresar a nuestro país.

—Le deseo que tenga una muy grata estancia entre nosotros.

—Gracias. Es muy amable —dijo ella cuando ya estaba en manos de otro, con el cambio de pareja.

6

ESTADO MAYOR CENTRAL ALEMÁN

A las tres de la tarde del día siguiente, domingo, un vehículo militar paraba frente a la sede del Ejército imperial en Berlín, de donde se bajaba el jefe del Estado Mayor alemán, Helmut von Moltke —también conocido como el Joven, para distinguirlo de su tío—. Llegaba con antelación a la reunión que iba a tener con otros influyentes mandos del Estado Mayor. Poco después fueron llegando los participantes a la misma. Era una reunión informal, nada oficial. Tomar café y charlar sobre cuestiones militares. El aroma que desprendía el humeante moca de las tacitas se mezclaba en la sala con el de los puros habanos de algunos generales.

—Ha llegado el momento —aseveró categóricamente Moltke, mientras los otros le escuchaban atentos—. El momento es tan favorable, desde el punto de vista militar que, con toda seguridad, no volveremos a tener otro parecido —los generales asintieron—. Esto mismo se lo he trasladado al jefe del Estado Mayor del Ejército austrohúngaro Conrad von Hötzendorff con quien he repasado los detalles de la cooperación entre nuestros ejércitos ante la posibilidad de una guerra.

—Y ¿cómo fue la reunión con el italiano? —preguntó el general Von Kluck refiriéndose a Pollio, jefe del Estado Mayor de las fuerzas italianas.

—Lo veo fiel a la Triple Alianza... Otra cosa es su Gobierno, no me da tanta confianza. Pollio acepta darnos el apoyo de tres cuerpos armados y dos divisiones de caballería.

—Estamos totalmente preparados. La opinión pública cada vez está más concienciada. No hay otra salida si queremos ocupar el lugar que nos debe corresponder en el mundo —intervino el almirante Alfred von Tirpitz, ministro de Marina desde 1911, al tiempo que acariciaba su larga y apelmazada barba de doble pico.

La prensa cada vez se hacía más eco de ese afán belicista que iba calando en la población, a veces impulsado desde importantes pensadores. El diario alemán *Die Post* acababa de publicar el 24 de febrero de 1914 un artículo colectivo en ese mismo sentido, en el que, entre otras cosas, se manifestaba: «*Esto no quiere decir que debemos provocar la guerra; pero allá donde se manifieste un conflicto de intereses (...) no debemos retroceder, sino solucionarlo mediante la guerra y comenzarla con una ofensiva resuelta, poco importa el pretexto, porque no se trata de ese conflicto, sino de nuestro porvenir, lo que está en juego*».

—En efecto —añade Moltke—. Nosotros estamos preparados, sin embargo ellos no lo están. Francia tiene a 80.000 hombres en Marruecos para la conquista del interior del país, está causando grandes sacrificios en su población sin que haya dotado a su ejército de todo el material

indispensable. Rusia ha empezado a organizar sus fuerzas, todavía le llevará, al menos, cuatro años lograrlo.

—Si antes la revolución no estalla dentro y acaba con el régimen actual —interrumpe el general Ludendorff.

—Así es. Y por su parte, el Reino Unido no es consciente de sus necesidades... Claro que mantiene su gran fuerza naval —continuó Moltke.

—Por eso mi afán en construir una gran flota que nos haga poder enfrentarnos, en el mar, a los británicos —dijo Tirpitz.

El almirante Alfred von Tirpitz desde que hubiera sido nombrado jefe de Estado Mayor en 1890 y siete años después ministro de la Marina había mantenido una estrecha relación con el káiser Guillermo II, quien también estaba por la labor de hacer del Imperio alemán una gran potencia naval; Tirpitz había en ese tiempo incrementado el número de buques, acorazados, cruceros, armamento y en especial los submarinos, con la última tecnología alemana, la más avanzada, lo que hacía que acaparara gran parte del presupuesto, motivo por el cual tenía la oposición de militares de otras disciplinas; sin embargo, la Marina Real británica era, en ese momento, sin duda, la Armada más poderosa del mundo.

—En cualquier caso entiendo, pues, que todos estamos de acuerdo: cualquier aplazamiento de una guerra disminuye nuestras posibilidades de éxito —concluyó Moltke.

La tensión iba *in crescendo*. Tras la crisis balcánica, con la separación de las potencias europeas en dos grupos opuestos, la Triple Alianza y la Triple Entente, el resultado era una enorme olla a presión. Para que estallara solo faltaba cualquier pequeño detonante.

7

LA PROPOSICIÓN DEL SEÑOR DYKINSON

Cuando el martes, a las tres de la tarde, Mark Reber se dirigió al bar del Hotel Ritz en el que había quedado para verse con el señor Dykinson, este le esperaba, sentado en uno de los confortables sillones, mientras ojeaba la prensa matutina.

—Señor Reber, puntual como me gusta. Siéntese por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Un café, gracias.

—Estaba aprovechando para informarme de las últimas noticias. Parece que suenan tambores de guerra.

—Esperemos que no.

—Me consta que se hacen grandes esfuerzos diplomáticos para evitar un enfrentamiento a gran escala, ¿sabe usted?

—Creo que sería una locura, que no iba a beneficiar a nadie. Los ejemplos que nos muestra la historia son contundentes.

—Bueno. Usted como buen negociante, debe saber que, en el fondo, es un buen negocio. Quizás el mejor.

—No he tenido esa experiencia.

—Yo sí —abrió las manos con las palmas hacia arriba, como si quisiera excusarse.

Mark Reber lo miró con cierta sorpresa.

—Habría oído hablar de la paz armada, ¿verdad? Estamos en época de paz, pero los Gobiernos no hacen más que armarse hasta los dientes, lo que hace que el negocio de la guerra, todo lo que se desarrolla a su alrededor, sea muy productivo.

—No me cabe duda.

—No lo sabe bien. Cada año queda obsoleto lo del anterior. Ese es el nivel en el que nos encontramos ahora, con los grandes cambios tecnológicos. La ciencia avanza a pasos agigantados.

—También para encontrar soluciones para matar.

—Ese es el éxito: cómo matar más y mejor al enemigo.

—Luego, supongo, que a su vez otros estudiarán métodos para intentar salvar vidas.

—Así es y mientras tanto los Gobiernos dedican descomunales presupuestos y ahí surge el negocio para los que saben buscar la oportunidad.

—Al parecer yo estoy entre los ingenuos que pensaba que la humanidad había comprendido

las ventajas de la paz, del progreso por el bienestar y por el buen vivir.

—En el fondo, señor Reber, nada ha cambiado desde los albores del ser humano —añadió Dykinson, haciendo una pausa para saborear el café—. El más fuerte se lleva el premio. Eso es todo. ¿No se da cuenta qué hacen los imperios ante sus colonias? Solo es cuestión de ponerse delante de sus puertos y ciudades con un par de acorazados. Luego los diplomáticos firman el convenio que querían los fuertes. El acorazado no ha disparado un solo torpedo, solo imponía.

—Muy elocuente.

—Además es una cadena sin fin lo que hace sea aún más atractivo para el negocio. Unos compran para atacar o al menos, imponer y otros necesitan las armas para poder defenderse.

—Redondo.

—Ni lo dude. Me va muy bien. En especial, los dos últimos años el negocio se ha incrementado de forma exponencial. Y sigue creciendo, sin parar.

—Pensaba que se dedicaba a otros sectores menos traumáticos.

—También lo hago. Mi profesión son los negocios y elijo, en cada momento, los más beneficiosos, como no podría ser de otra manera.

En ese momento apareció la señora Dykinson. Besó a su marido poniéndole la mano sobre el hombro a la vez que este se la cogía a ella, luego sonrió y saludó:

—Señor Reber.

—Señora —se levantó Mark con una ligera inclinación respetuosa—. Veo que aún recuerda mi nombre.

—Querida no tardo nada. Enseguida estoy contigo, estaba terminando con el señor Reber —dijo Dykinson y volviéndose hacia Mark continuó—. He prometido a mi esposa dedicarle esta tarde por París.

—En tal caso será mejor que les deje solos —dijo Mark Reber haciendo ademán de levantarse.

—No por favor. No tengo prisa alguna, no quería interrumpir, solo saludar. Lo siento —dijo ella.

Ambos hombres negaron que hubiera interrumpido y la señora Dykinson se retiró.

—Bueno, señor Reber. Voy a ir a lo que nos ha traído aquí. Me ha caído usted bien, con la demostración de sus cualidades la semana pasada. Solamente quería saber si estaría dispuesto a trabajar para mí. Por supuesto y sin tan siquiera saber lo que cobra ahora, le triplicaría su salario... para comenzar.

—Lo pensaré.

—Es usted soltero, sin compromiso, joven. Nada le ata a un puesto determinado. Y no se preocupe lo que piensen sus jefes en el banco. Lo arreglaré también.

—Veo que le gusta controlar todo.

—Desde luego y siempre me llevo a los mejores. Es parte del éxito de mi vida.

—Estaba seguro de ello.

Mark Reber se levantó y se despidió.

—Recuerde mi propuesta —volvió a decir el señor Dykinson.

—Lo haré.

8

UN ENCUENTRO CASUAL

Los días siguientes notaba a Mark diferente, con alguna preocupación rondándole la cabeza. De hecho salía menos y se encerraba más en el tugurio, cercano a su lujoso apartamento, que usaba como taller para pintar y escribir sus poemas. No podía comprender cómo podía pasar allí tanto tiempo. Era un lugar, por otra parte, al que no le gustaba llevar a nadie. Excepcionalmente alguno de sus amigos artistas y yo mismo habíamos tenido la ocasión de ir a ese estudio. Nunca llevaba allí a sus amigas y amantes.

Todo cambió el lunes siguiente cuando Mark, que había salido a hacer unas compras, se topó, a media tarde, con la señora Dykinson acompañada de su asistente, una joven portorriqueña, en uno de los puestos de *brocante* del *Marché aux Puces* de St-Ouen. Tenía entre sus manos un icono bizantino que el vendedor, muy parlanchín, lo mostraba como algo único garantizando una antigüedad cercana al siglo XII. Era una imagen de grandes claroscuros tenebrosos donde los relámpagos unían el cielo con escabrosas montañas, detrás de las cuales salían, en diferentes direcciones, ángeles con cara malvada y demonios de rostro candoroso. La mujer que sostenía la tabla, cuya imagen sobrecogía el alma, escuchaba sin decir nada al anticuario que, viendo el interés de una dama tan distinguida y pudiente había disparado su precio. Fue entonces cuando Mark, que había reconocido a la señora Dykinson a cierta distancia, se acercó entre la gente que pululaba por el lugar pudiendo oír las peroratas del vendedor.

—Yo que usted no lo compraría —dijo Mark Reber, en voz baja, por detrás, a un palmo del bello sombrero de ala de la señora.

Ella se giró sobresaltada, como saliendo de una nube hipnótica en la que estaba sumergida entre la imagen del icono y la palabrería del anticuario.

—Señor Reber. ¡Qué sorpresa!

—Es falso.

—¿Cómo dice?

Mark se excusó del comerciante para que los dejara un momento, cogió la tabla entre sus manos, la miró al reverso, al trasluz, la acarició con el pulgar, se la colocó en horizontal a la altura de la vista para examinar el relieve y por fin, dictaminó:

—Es una imitación reciente, bien hecha por cierto. Al óleo cuando para ser de esa época habría de ser al fresco o al temple o ténpera, con agua como disolvente y huevo u otras materias orgánicas como aglutinante. Además —dijo volviendo al reverso— tampoco corresponde la madera, ni el alabeo ni su encaje, es moderna, envejecida con betún de Judea recientemente.

También se observa que el craquelado no es el originado por el paso del tiempo sino provocado. En fin una mera imitación que vale poco más que sus materiales, pero desde luego nunca la suma elevada que le estaban pidiendo —terminó, devolviendo el icono a la mujer.

—No sabía que ese conocimiento fuera propio de un financiero —dijo ella devolviendo la pintura a su estante y despidiéndose del anticuario que frunció el ceño.

—Tengo mis aficiones.

—¿Acaso pinta?

Él hizo un gesto humilde, aun sincero, al tiempo que salían del establecimiento y se sumergían entre las multitudinarias callejuelas del gran mercado, seguidos por la asistenta.

—No me lo habría imaginado. Solo había oído que debe ser un mago de las finanzas.

—Tampoco es para tanto.

—Pues mi marido le tiene gran consideración. Le ha causado una estupenda impresión.

—Yo también envidio a su marido.

—Sí. La verdad es que siempre ha sido un genio en los negocios.

—Bueno, no es exactamente por eso.

—¿Entonces? —dijo ella, volviéndose hacia el joven, mientras seguían caminando entre la multitud que abarrotaba las callejas.

Él se detuvo un instante, miró directamente a sus ojos verdes y claros y dijo con toda franqueza:

—Daría todo lo que tengo en este mundo por compartirlo con una mujer como usted.

Fue ella la que entonces se detuvo mostrando la entereza necesaria, pero los pómulos la delataron al sonrojarse:

—No debería decir eso a la esposa del hombre que le ha invitado, aunque lo admito como una galantería... Por otro lado estoy segura que usted no tiene ningún problema en tener la mujer que desee.

—Quizás no abunden las mujeres que uno desea.

—Es cuestión de esperar y no desesperar.

—Las invito a tomar algo en la terraza de ese café.

—Lo siento —dijo ella mirando su reloj—. Tengo que recoger un pedido a un joyero del centro. Debemos coger un taxi para poder llegar a tiempo.

—Las acompaño, entonces, hasta aquella esquina donde suele haber una parada de taxis.

Cuando llegaron las mujeres se subieron al primero de los que se hallaban estacionados y él, antes de despedirse, dijo:

—La vi impresionada con aquella pintura.

Ella se quedó pensativa, encogió los hombros y al tiempo que hacía un simpático gesto con su boca, sonriendo, añadió pensativa:

—Era intrigante... misteriosa. Creo que algo quería decirnos el autor... ¿No cree?

9

EL REGALO DE LA PINTURA INTRIGANTE

Intrigante, misteriosa. ¿Qué querría decir el autor desconocido de aquella obra que intrigaba a la señora Dykinson?, se preguntaba Mark Reber. El caso es que llevaba días que no salía. Tras la oficina, en el banco, se disculpaba para retirarse a su estudio donde pasaba más horas que de costumbre. Creo que hasta altas horas de la madrugada porque no podía contactar con él. Un día harto de no verlo me presenté en su taller, aunque sabía que no le haría mucha gracia. Así fue, no me puso buena cara, pero me dejó entrar.

—¿Qué te ocurre Mark? Todo el mundo, en especial tus queridas amigas, me pregunta por ti, que no te ven ni en fiestas ni a las noches en los lugares de siempre.

—No me pasa nada, quería hacer un trabajo y necesito concentración y soledad, nada más.

Entonces, apoyada en un caballete, vi una tabla con unas dimensiones de unos cincuenta por sesenta centímetros, sobre la que estaba pintando. Curiosamente me acerqué a mirarla en un descuido de Mark y pude contemplar lo que estaba haciendo: una pintura tan desgarradora como electrizante, relámpagos borrascosos entre grandes tinieblas, ángeles endemoniados y demonios angelicales, con tonalidades duras y graves utilizando un moderno estilo expresionista. Estilo del que en sus pláticas con el mundo de los artistas, en los últimos tiempos, se había convertido en un acérrimo defensor.

—¿Qué haces? —preguntó exaltado cuando me vio plantado ante la obra—. No se deben mirar los trabajos artísticos antes de estar terminados.

—¿Y este no lo está?

—No... aún no.

—Te veo raro.

—No te preocupes. Estoy pintando, simplemente.

—¿Por qué no vienes a dar un garbeo por ahí?

—No. Hoy no. Quizás mañana... o pasado.

—¿Cuando lo termines? —pregunté señalando el cuadro.

—Sí.

Bastante tiempo más tarde me enteraría de su verdadero propósito. Poco después, sin embargo, Mark llamó una mañana, desde la oficina, al señor Dykinson para saber si estarían esa tarde en el hotel y este no solo le dijo que sí, sino que le invitó a cenar; sin embargo, Mark le dijo que prefería ir después, simplemente para charlar, tomar un café con ellos y entregar un detalle

que tenía para su señora.

Cuando llegó, el matrimonio acababa de cenar y se disponían a ir a uno de los bares más acogedores del hotel, en el que todos los días, a esa hora, un hombre tocaba al piano, por lo general con algún otro acompañamiento. En esta ocasión lo hacía al compás de un violín.

—Esto es para usted, señora —dijo Mark entregándole el cuadro que había pintado y que llevaba envuelto en fino cartón—. Me quedé con la sensación de que por mi culpa no había adquirido la obra que pensaba comprar.

—No, por favor, si fue usted quién me salvó de que acabara engañada. —Al abrirlo no pudo por más que sentir la emoción que le había producido aquella imagen en el salón del anticuario—. ¡Es magnífico! —exclamó. Entonces vio la firma, que abajo, a la derecha de la obra, aparecía con el nombre de Mark Reber—. Este por lo menos sé que es auténtico.

—Ya me contó Evelyn que su aparición fue providencial. Con sus conocimientos técnicos en la materia. No conocía esta faceta suya —dijo el señor Dykinson.

—Es fiel reflejo de aquel icono bizantino —dijo ella, que no dejaba de mirar el cuadro.

—Bueno, con otro estilo, moderno expresionista, pero he intentado captar la esencia del misterio que envolvía aquella imagen —puntualizó Mark.

—¿Expresionista? Precisamente pensábamos asistir mañana a una exposición y venta, a la que nos han invitado, donde presentan las últimas obras, que llaman... cubistas, de artistas que trabajan en esta ciudad, Picasso, Braque y alguno más que no recuerdo ahora, ¿los conoce personalmente? —preguntó Dykinson.

—Sí, he coincidido con ellos en alguna ocasión por Montmartre. Están trabajando muy bien, aunque esté costando comprender ese estilo, creo que tiene gran futuro. Me gusta.

—Pues quizás vuelva a ser su presencia providencial otra vez —dijo Dykinson.

Mark Reber, dejando la tacita de café sobre la mesa, levantó la mirada sorprendido, y el señor Dykinson se explicó:

—Desafortunadamente, aunque esto según se mire, se han estropeado los planes que tenía para con mi esposa. Mañana, a primera hora, debo salir para Londres. Era un viaje que habíamos programado como continuación a este, con el fin de quedarnos allí una o dos semanas, aprovechando mis negocios; sin embargo se ha precipitado todo. Me ha llamado esta misma tarde el embajador británico en París con inusitado apremio, para solicitar mi presencia en la capital inglesa de manera muy urgente. Así pues, debo partir mañana, junto con el embajador, para mantener al día siguiente una reunión extraordinaria con el Alto Mando del Ejército británico; si no sucede nada raro, está previsto regresemos a París el día después. Todo ello, por tanto, me ocupará tres días, en los que Evelyn se quedará aquí con su asistente personal. Si no le importa quisiera que la acompañe a la exposición y pueda aconsejarla para que compre algunas obras.

—No tiene importancia la exposición. Ya iremos cuando vuelvas —intervino Evelyn.

—Si no le importa al señor Reber acudir, podrá sernos de gran ayuda para hacer unas buenas adquisiciones, ya que veo que sabe comprar con igual maestría, tanto empresas como arte. Nada más volver, no dispondremos de mucho tiempo, terminaré los contactos en este país y marcharemos para España donde deseo proveerme de ciertas materias primas.

—Por mi parte, estaré encantado de acompañar y dar mi opinión a la señora.

—No se habló más. Por cierto señor Reber, ya me pasará después sus honorarios.

—Descuide. Aunque con seguridad preferiría participar en la revalorización que puedan tener esas obras algún día —dijo Mark sonriendo y levantándose para retirarse.

—Aún estoy esperando su respuesta a mi proposición. Cuando me ha llamado esta mañana pensaba que era por eso.

Las ondas de las notas del violín insuflaban el aire del Ritz con un punto de romanticismo en esos momentos en los que algunas parejas se abrazaban a la luz de las velas que se consumían sobre las mesitas del salón en el seno de una plácida existencia, mas luego devino el piano que aguardaba, cuyas notas a su vez se unieron con aquellas. Las estrellas resplandecían en la noche cuando Mark Reber salía del hotel por la plaza Vendôme con cierta satisfacción.

10

LA EXPOSICIÓN CUBISTA

Al día siguiente, viernes, a la salida del banco y tras pasar por su apartamento para cambiarse y luego coger mi lindo coche descapotable, que tuve a bien dejárselo para la ocasión, Mark se presentó en el hotel, tal como había quedado con la señora Dykinson, sobre las cinco de la tarde. Ella, que había dado el día libre a su asistenta, bajó al *hall* del hotel poco después de que el recepcionista la llamara por el teléfono interior para anunciarle que el señor Mark Reber la esperaba. Cuando este la vio aparecer no pudo sino suspirar al contemplar su bellísima figura que, como un verdadero ángel celestial, surgía tal que si de un sueño se tratara, con un majestuoso vestido largo de blanco primaveral bordado con finos acabados y un sombrero a juego que destacaba el espléndido y extenso cabello de ondas, claro caoba, en contraste con los resplandecientes ojos verdes que acompañaban la sonriente gracia de unos labios de rojo carmín frente a la suave textura de sus finas facciones.

La joven pareja entró en el coche rojo descapotable que aparcado, flamante, esperaba en las inmediaciones del hotel y así se acercaron hasta la Galería Aubarion sita en el VIII *arrondissement*, propiedad de un rico industrial judío casado con la pintora y diseñadora de moda Juliette Vaugard. Una gran sala donde apoyaba a artistas, en especial emergentes, aunque también a los ya consagrados, organizando grandes manifestaciones con abundante publicidad para sus inauguraciones. Así que no era raro encontrarse en las mismas a lo más selecto, no solo de París, sino de otras partes del mundo, en especial de Europa, mezclados con importantes marchantes y a las que no dejaban de asistir tampoco todo tipo de artistas de la que empezaba, en algunos círculos, a llamarse la Escuela de París. Una denominación en la que podrían englobarse diferentes estilos, concepciones y pintores procedentes de muchos países.

La mayoría de ellos, por aquel entonces, se concentraban en Montmartre, en edificios como Le Bateau-Lavoir que se hallaban totalmente ocupados por artistas de distinta procedencia. París aglutinaba a centenares de creadores llegados de todas las partes del planeta, pero no era extraño ver a muchos viviendo en condiciones miserables, aunque algunos de ellos provinieran de pudientes familias, o incluso enfermos de tuberculosis y tampoco a quienes habían sucumbido al horrendo abismo del alcohol y las drogas. Montmartre, en el distrito XVIII de París, hacía tiempo que se había convertido en el lugar de la fábula y la bohemia donde se reunían los poetas, los pintores y también las mujeres liberales que ejercían, en muchos casos, de modelos y amantes de aquellos. El barrio concentraba gran número de tabernas y cabarés donde los artistas se reunían, discutían o simplemente se divertían o pasaban el rato como Au Lapin Agile en el número 22 de

la calle de Saules, con una sala decorada por Pablo Picasso, quien en 1905 había pintado un lienzo al que tituló con el nombre del citado establecimiento, o el Cirque Medrano en el número 63 del *boulevard* de Rochechouart. Sin embargo, de forma paulatina, se venía procediendo a una mudanza por parte de muchos de estos artistas hacia el nuevo barrio de Montparnasse, en el distrito XIV, donde se erigían cafés como La Coupole o La Rotonde, por lo general más cosmopolitas y elegantes que los de Montmartre; una constante que a partir de ese momento iría a más. Montparnasse recogía también una gran diversidad étnica donde convivían poetas y artistas de las más variadas nacionalidades, mas también junto a ellos se reivindicaban mujeres independientes que fumaban, bebían, comenzaban a vestir pantalones y hacían su propio arte. También, por el distrito XV, los artistas frecuentaban tascas y restaurantes donde, en ocasiones, cuando las cosas no iban bien, era necesario poder comer de la caridad de sus propietarios como ocurría con el *restaurant* Rosalie de la calle CampagnePremière y donde muchos artistas de pocos recursos se hacinaban en torno al edificio octogonal de La Ruche.

La Galerie Aubarion se encontraba, a esa hora, llena de gente. La gran promoción efectuada en prensa, carteles y el envío de invitaciones selectas había cundido su efecto. Además, por los nombres de los artistas que pertenecían a la vanguardia de la nueva expresión que presentaba, se las prometía muy felices para el éxito de la muestra. En el interior sus paredes mostraban una exposición colectiva en la que distintos artistas dejaban ver lo último del nuevo movimiento artístico cubista y en una de las salas se ofrecía un cóctel acorde con el momento de la presentación. En suma, un ambiente chic de primer orden donde la elegancia y el poder se juntaban con el efluvio emanado por las sensaciones inmateriales, acaso espirituales, de las últimas creaciones de un arte sublime.

No hizo falta que pasara mucho tiempo para que las personas a su alrededor sintieran que Mark y Evelyn, realmente, hacían una pareja excelente a todos los efectos. Ya en la puerta de la galería, el portero, al devolver los billetes de las invitaciones los había confundido como matrimonio, lo que causó cierto rubor en Evelyn que de inmediato corrigió la confusión, teniendo que excusarse el empleado. Por su parte, Mark, se encontró con muchos conocidos que, desde luego, pensaban que la mujer que lo acompañaba no era sino la última de sus habituales conquistas, sentimiento que por otra parte, comenzó a arraigar y al mismo tiempo disgustar a Evelyn, máxime cuando de aquel pensamiento comenzaron a surgir miradas indiscretas. Sin embargo Mark, que en todo momento se mostraba atento y cortés, hacía todo lo posible para que la señora Dykinson se sintiera bien. La contemplación de las obras expuestas ayudó y mucho a tal satisfacción. Ella era una entusiasta del arte y la situación económica de su marido posibilitaba que algunos de los cuadros que tenía a un metro de distancia, transmitiéndole auténticas sensaciones, podrían estar poco después en las paredes de sus propias habitaciones para deleite y complacencia permanente. Fueron cuatro los cuadros que, finalmente, eligió y dejó reservados. Un Braque, un Picasso, un Léger y otro de Juan Gris, que al día siguiente a las diez y media de la mañana tendría que confirmar, pues de lo contrario quedarían libres, nuevamente, para su venta. Mark Reber enseguida se ofreció para recogerla media hora antes en su hotel y acompañarla hasta la galería donde sus conocimientos, a la hora de firmar y cerrar la contratación serían esenciales. Tras la exposición con el consiguiente cóctel Mark llevó a Evelyn hasta el Ritz donde quedaron, por tanto, para el día siguiente.

11

LOS DOS SOLOS

El sábado, a la hora prometida, Mark apareció en el hotel, si bien esta vez en taxi, pues ese día le había dicho que yo necesitaba mi coche, y cuando Evelyn bajó tras el aviso del recepcionista de turno no pudo sino admirar, de nuevo, la belleza de la mujer, esta vez vestida con un vestido verde claro, como el sombrero, en sintonía con sus ojos.

—Cada día está más bella —se atrevió a decir. Ella tan solo sonrió.

Las gestiones en la galería fueron de pura administración sin dejar de ser complejas: precio, flete, seguro, transferencia del riesgo, documentación de aduanas, etc., por lo que Mark, acostumbrado a transacciones internacionales dentro de la entidad financiera, aportó toda su experiencia para lograr el cierre de una óptima operación, dejando todo bien concertado para que la galería se encargara de enviar los cuadros adquiridos a las oficinas centrales del señor Dykinson en Nueva York en los términos acordados. Al salir, Mark invitó a Evelyn a comer en un restaurante cercano que conocía, ella en un principio se excusó, pero finalmente él la persuadió.

—Es un sitio muy agradable —dijo.

Y en efecto así lo era. Una mesita para dos personas, a la luz de un candil con música al piano y una comida perfectamente elaborada.

—No se tendría que molestar —dijo ella.

—Mi única pretensión es verla feliz mientras sea su guía en esta estancia en París.

—Se lo agradezco.

—Comprendo mi dificultad pues una mujer como usted que lo tiene todo...

—En ocasiones las apariencias engañan.

—¿Acaso no es feliz?

—No he dicho que lo sea ni que no lo sea. Además ¿qué es para usted la felicidad?

Mark se quedó callado, pensativo, mientras sostenía la carta del restaurante entre sus manos.

—Yo soy feliz cuando veo que transmito momentos de felicidad a las personas que están a mi alrededor, que quiero.

—Eso está bien, pero entonces ¿cómo así no se ha casado?

—Una cosa es que desee ver felices a quienes compartan momentos de su vida conmigo: familia, amistades... Otra, que encuentre una persona con la que quiera compartir el resto de mi vida. Lo que tengo claro es que debo amar mucho a una mujer para dar ese paso. Es distinto el

amor de la amistad o de la felicidad. Aunque cuando viene el primero debe ser para que haya todo lo demás. ¿Acaso, usted hubiera podido casarse sin amor?

—Supongo que no.

—He visto muchos casos... tengo amigas que se han desposado por solucionar su vida... un futuro complicado, podríamos decir.

—Hay que conocer bien los casos en su profundidad. No sabemos realmente, muchas veces, por qué se llega a esas situaciones.

El encargado del restaurante se acercó a la pareja para tomar nota del pedido, Mark se disculpó pues no lo habían pensado, sin embargo recomendó a Evelyn unos platos de *foie* y caza por los que el restaurante era bien conocido, regado todo ello con un vino que les recomendó el *sommelier* de la casa: Château Mouton Rothschild, de Pauillac —Burdeos—, añada 1902, con una selección de *petit verdot*, *merlot*, *cabernet sauvignon* y *cabernet franc*.

—Mire —volvió Mark con la conversación—. En mi familia, quizás es que somos unos románticos, nos ha pasado justo lo contrario. Mi padre fue desheredado por casarse con la persona a quien amaba.

—¿Cómo?

—Por parte de padre procedo de una familia de noble abolengo, de Prusia. Mi padre se enamoró de la hija de una sirvienta del servicio de mi abuelo.

—Parece una historia de hadas.

—No lo crea. Es tan real como la vida misma. Costó mucho que mi familia paterna me reconociera. A día de hoy, aún no lo tengo demasiado claro... Mis padres lo pasaron muy mal, pero algo capté de las emociones que pululaban en mi infancia, las cuales me dejaron huella: mi padre superaba todas las dificultades y los problemas de la propia vida gracias al apoyo y al amor de la mujer maravillosa que tenía a su lado. Eso le hacía fuerte para luchar ante todas las adversidades. Eran dos en uno, pero el resultado aún era mayor.

—Una historia realmente hermosa.

Mark asintió, pensativo, con la cabeza. Ambos se miraron, sonrieron y luego saborearon los platos y el caldo de Burdeos.

—¿Sabe? —retornó Mark a la conversación—. Estoy ahora trabajando en un texto, poesía libre, algunos lo llaman poesía cubista por cierto, en el que intento adentrarme en el pensamiento del amor..., sí, ya sé que pensará que no es nada original, mas no se crea, hay mucho fondo filosófico sobre ello: el amor verdadero desligado de conceptos previos como la educación, la religión, el interés...

—Cada minuto que pasa me sorprende usted más.

—Plasmar todo eso es muy bonito jugando con la belleza de las palabras, su sonido, el ritmo de la frase... Lo comparo y disfruto haciéndolo al igual que cuando realizo composiciones con los trazos y los colores sobre el lienzo.

—Toda esa vena artística ¿qué tiene que ver con las finanzas a las que también se dedica?

—¡Ah! Eso también es arte. La magia de la especulación.

Después compartieron un postre para los dos y Mark propuso hacer un brindis:

—Por el futuro. Por usted. Le deseo todo lo mejor en su vida.

—Eso mismo espero para usted.

Y las copas se unieron en un leve contacto, chinchín, antes de que el líquido de color púrpura

oscuro, con notas de crema de casis y madera tostada, entrara por sus bocas con fuerza y alta presencia de taninos recreando una combinación de potencia y gusto distinguido en el interior de sus cuerpos.

La tarde estaba muy agradable y fueron andando entre las calles y los parques floreados, en plena explosión de color de la primavera que daba ya paso al verano, hasta llegar frente al estudio de Mark.

—A lo tonto, con este día tan bonito y la conversación tan maravillosa hemos llegado hasta mi pequeño taller —dijo Mark mostrando un local con la persiana bajada.

—Pues ya que estamos aquí, me gustaría ver sus obras.

—¿Mis obras? No tienen nada que ver con lo que ha visto en la galería y con los cuadros que ha adquirido.

—Bueno, creo que eso es algo subjetivo. No hay obra mejor o peor... solo hay emociones...

—...Y desde luego la firma del autor que es la que, por diversas peripecias de su vida, puede llegar a valorar una obra... La verdad, si le soy sincero, muy poca gente ha entrado aquí: mi amigo Jean y algunas amistades del mundillo artístico —dijo Mark, mientras abría la persiana—. No se asuste. En mi apartamento y en la oficina me gusta tener todo ordenado y pulcro. Aquí impera el desorden y la anarquía.

Evelyn, ansiosa, se dispuso a mirar los montones de tablas y lienzos en su bastidor, los había de todos los tamaños, surcando por todas partes, en especial amontonados en el suelo uno contra otro, apoyados sobre las paredes y los muebles rancios.

—Dice que solo ha traído aquí a pocas amistades, pero veo que también han desfilado muchos modelos para tantos desnudos —señaló Evelyn, admirando algunos de los cuadros que se apoyaban en el suelo.

—No —dijo Mark sonriendo—. Algunos están hechos en mi apartamento y la mayor parte en determinadas casas de campo, aprovechando fines de semana.

—Pues sí que los aprovecha bien.

—¿Quiere café? —preguntó Mark desde un pequeño hueco que mantenía como cocina. Ella no contestó, así que preparó un par de tacitas. Cuando llegó, Evelyn se había quitado la chaqueta y el sombrero, los había dejado sobre una mesa y miraba agachada, con mucha atención, las obras de Mark.

—Me gustan —dijo al fin ella, cuando Mark le entregaba la tacita con el humeante café—. Me recuerda un poco al estilo de... Modigliani...

—Hummm —sonrió Mark—. Amadeo. Lo conozco. Hace unos días estuve en su estudio, pero no. Ya me gustaría. Otras tonalidades, otro trazo. Me cae muy bien, personalmente, por cierto... Lo está pasando mal, pero tiene mucho futuro. Sí, ya sé por qué lo dice...

Mark había cogido uno de sus lienzos y comenzó, con esa pasión que ponía en todo lo que hacía, a explicar a Evelyn los detalles de su pintura, de su forma de expresarse hasta que levantó la vista, ella lo miraba abstraída en su conversación. De pronto, se puso frente a ella, se miraron firmemente a los ojos, uno frente al otro, en un silencio profundo, él le cogió levemente la mano, seguían mirándose, embelesados mutuamente, los rostros se fueron juntando... Entonces ella respiró profundamente, despertando de su sueño, se apartó de Mark, miró su reloj y dijo que tenía que irse.

—La acompaño.

—No. Gracias, Mark, prefiero volver sola.

Mark. Aún retumbaba en su cabeza el sonido de su nombre cuando desde la puerta miraba alejarse la figura de la señora. De un portal cercano le pareció ver salir a un hombre corpulento, que creía haberlo visto días atrás en las reuniones y eventos del Hotel Ritz con el señor Dykinson. También le pareció que seguía los pasos de Evelyn. Luego lo pensó mejor y se dijo que eran tonterías. El que ella hubiera pronunciado, como lo había hecho, su nombre de pila le había dejado una agradable sensación.

12

EL EMBRUJO DEL AMOR

Esa noche de sábado tampoco salió Mark de su estudio hasta altas horas de la madrugada. Cuando fui a verlo al taller aún estaba con los efectos del día que había pasado con Evelyn. Vi que había estado escribiendo en su cuaderno de poesías y tenía bastantes trozos de papel de dibujo por toda la mesa con bocetos a lápiz que me pareció, aunque burdamente, se trataban de ligeros esbozos del rostro de la señora Dykinson. En cuanto se percató de mi curiosidad se apresuró a recoger todas las hojas dándoles la vuelta para que dejara de fisgonear.

—Es ella —dije, con cierta guasa y retintín, echando unas carcajadas.

—Bueno, déjalo.

—Estás enamorado de ella —eché nuevamente a reír.

—¡Cállate!

—Bueno, siempre te pasa lo mismo. Con todas las mujeres. Pero, oye, con esta ni se te ocurra. Una mujer bien casada, con un hombre muy importante, con mucho poder.

—¿Te quieres callar?

—No Mark. Me das miedo. Esta mujer no. Tienes todas las que quieras, que te esperan por todas las esquinas. De todo tipo. Para una noche, para dos, en fin, a tu gusto. Además, tú que tratas tan bien a todas las mujeres, en especial a tus amantes, te quieren, Mark, te aprecian de verdad... te desean..., pero no. Con esa mujer, no.

—Jean, tú te lo dices todo. No hay nada, lo que se dice nada. He hecho una labor que me la pidió su propio marido, para ayudarles a adquirir unas obras de la exposición de Aubarion. Nada más.

—Ya, y te la traes aquí, que no traes a ninguna.

—Ha sido casualidad. Hemos ido a la galería a firmar los contratos. Luego, al salir, nos hemos quedado a comer en un restaurante cercano y hemos venido, a lo tonto, hablando mientras paseábamos hasta aquí. Después ella me ha pedido poder entrar para ver algunos de mis trabajos. Eso ha sido todo. Nada más, ¿te quedas tranquilo, ahora?

—Bueno, pero te hablo en serio. El amor es peligroso. Te aprecio demasiado y a veces cuando se entra en él es difícil salir. Tú, que también te gusta el mar y bucear, sabes bien lo que es la narcosis. Necesitas a otro buceador a tu lado para que te empuje un poco hacia arriba, de lo contrario, sin darte cuenta, acabas inconsciente y para siempre en el fondo del mar. Intento sacarte de ese estado.

—Pues tranquilo porque ya ves que es todo imaginación tuya. No ha pasado nada, de nada.

Mark se quedó en el estudio, le dije que andaría esa noche por el Gentleman, que Lynda me preguntaba todos los días por él; sin embargo, como me lo esperaba, no apareció.

Al día siguiente Mark fue de nuevo a su taller para pasar el domingo. Recordaba que el señor Dykinson, como había explicado, era probable que llegara ese mismo día. También había pensado que no iba a aceptar, al menos de momento, la oferta que le había hecho. Quería seguir en París, con su modo de vida. Vivía bien, ganaba mucho dinero y hacía lo que quería. Era la vida que siempre había ansiado. No quería cambiar ni que nadie cambiara esa existencia bella, feliz y glamurosa y sobre todo, libre. Libre como a él le gustaba.

De pronto oyó que alguien llamaba con los nudillos en la puerta que la persiana levantada dejaba al borde de la calle. Cuando la abrió la sorpresa fue mayúscula. El corazón palpitaba deprisa. Estaba más bella que nunca, le pareció preciosa. Alguien a quien tratar con el mejor de los encantos, dándole todo el amor. Era la señora Dykinson. Se quedaron mirando francamente, uno frente al otro, en silencio.

—Quería despedirme. He pasado unos días muy bonitos, que nunca olvidaré —dijo ella, al fin, antes de darse la vuelta para marcharse otra vez por donde había venido. Entonces, en un arranque instintivo, Mark le cogió la mano y suavemente, aun con firmeza, la atrajo hacia sí, retrocediendo sobre sus pasos y ambos entraron al interior, cerró la puerta y la besó apasionadamente en la boca. Ella lo abrazó con todas sus fuerzas, lo besaba con ahínco, al tiempo que unas lágrimas comenzaron a brotar por sus ojos.

—Te quiero Evelyn —dijo él.

—Yo también te quiero Mark —dijo ella—, pero ahora no puede ser.

Tras decir esto salió rauda a la calle, limpiándose las gotas que caían por su rostro. Mark la siguió con la mirada, incluso la siguió unos metros. Ella comenzó a correr y él se volvió. Fue luego, otra vez, al doblarse para ver su silueta perdiéndose al fondo de la calle, cuando nuevamente vio a aquel hombre corpulento de pelo al ras, traje y jersey fino de cuello alto.

13

SARAJEVO. 28 DE JUNIO DE 1914

El gobernador Potiorek y demás autoridades esperaban en la estación de Sarajevo, engalanada para el acontecimiento, al tren que poco después de las nueve de la mañana traía al archiduque Francisco Fernando heredero del trono austrohúngaro y a su esposa la duquesa Sofía. Otro caso en el que el amor había estado por encima de los deseos familiares. El emperador Francisco José finalmente había aceptado a Sofía a condición de que sus hijos no heredaran derechos sucesorios, pues aunque pertenecía a una familia noble, hija de un conde de Bohemia, no lo era de familia real alguna; motivo por el cual, también, Sofía no podía sentarse en las ceremonias junto a su marido, sino que debía hacerlo en un rango inferior. Por otro lado el archiduque había llegado a ser el heredero por una serie de trágicas consecuencias. Aparte de que la emperatriz Isabel, más conocida como Sissi, había muerto asesinada por un anarquista junto al lago de Ginebra, el único hijo varón y heredero al trono, el archiduque Rodolfo, en un suceso misterioso, se había suicidado con su amante en el coto de caza de Mayerling. El siguiente heredero en la línea sucesoria era el hermano del emperador, Carlos Luis quien falleció de disentería tras beber agua del Jordán en Tierra Santa. Finalmente Maximiliano, emperador de México y hermano también de Francisco José, había sido fusilado por los insurgentes. Así es como el sobrino del emperador, Francisco Fernando, del que solo se conocía su pasión por la caza, aun no siendo el favorito del emperador había llegado a ser el heredero del trono.

El viaje era peligroso. El Servicio de Inteligencia había avisado del riesgo, motivo por el cual Sofía quería acompañar a su marido. Serbia —siempre apoyada por Rusia desde que la nueva dinastía de Pedro I proclamada por los insurgentes en 1903, tras el asesinato del rey Alejandro I de Serbia, se había acercado a ella al tiempo que se alejaba de Austria-Hungría—, no quería consentir que Bosnia-Herzegovina, otro antiguo territorio del Imperio otomano, quedara incorporada al Imperio austrohúngaro. El archiduque, además, se mostraba abiertamente liberal, partidario de mantener a todos los pueblos unidos en torno a una federación, algo en contra del deseo de anexionar a Bosnia dentro de la Gran Serbia.

Los servicios secretos serbios estaban detrás. Hombres de la Inteligencia militar serbia, que se habían acabado haciendo con el control de lo que quedaba de la organización Mano Negra, preparaban desde hacía tiempo la planificación de algún atentado contra algún alto representante austrohúngaro, para lo cual el comandante Tankosic, persona de confianza del jefe de los servicios de espionaje serbio, había sido puesto al frente. Tras reclutar a jóvenes en Belgrado y en Sarajevo a los que entrenaron y tras facilitarles los accesos a través de un túnel por el que los

agentes serbios infiltraban en Bosnia a sus espías, les entregaron granadas, pistolas, munición, dinero, mapas con la posición de la guardia y pastillas de cianuro. Así, con anterioridad a la llegada del archiduque, un comando esperaba ya, preparado para atacar, en la capital bosnia, Sarajevo; lo componían seis jóvenes armados, menores de veinte años, insultantes y dispuestos a todo.

La comitiva compuesta por seis coches se dirigió, primeramente, a un cuartel para una rápida inspección e inmediatamente después al ayuntamiento, donde la corporación municipal quería agasajar la ilustre visita. Francisco Fernando y Sofía —esta vez sí, fuera de Viena y por un acto de carácter militar, se podía sentar junto a su esposo—, lo hicieron en el asiento posterior del tercer vehículo, un Gräf & Stift Double Phaeton, austriaco, de cuatro cilindros, descapotable. La pareja cumplía catorce años de matrimonio, tenían tres hijos y otro venía en camino pues la duquesa Sofía estaba embarazada de tres meses.

Los miembros del comando se hallaban dispuestos a lo largo del recorrido, vigilado a su vez por policías. A su paso frente al jardín del café Mostar se hallaba apostado el primero de ellos quien al no lograr buen ángulo para lanzar su bomba deja pasar el vehículo objetivo, al igual que el segundo miembro del comando que tampoco reacciona a tiempo. Un centenar de metros más adelante se encontraba el tercero, quien lanza su bomba, golpea en la capota abierta del vehículo del archiduque y rodando acaba bajo el siguiente. Veinte heridos y un boquete en el suelo de treinta centímetros de diámetro es el resultado. El individuo se lanza al río Miljacka y se toma la pastilla, pero nada de esto le hace efecto en su propósito: el río apenas lleva agua y el cianuro se había descompuesto y perdido su eficacia mortífera. Es agredido por la multitud y detenido. El resto de la comitiva acelera con gran tensión hacia el ayuntamiento, de modo que a esa velocidad los otros tres miembros del comando no pueden hacer nada.

En la casa consistorial la recepción oficial se puso en marcha como estaba preparada, sin embargo no podía disimularse el nerviosismo reinante, de modo que cuando el alcalde comenzó a leer su discurso, haciendo referencia a la calurosa acogida de Sarajevo a sus príncipes, el archiduque lo interrumpió:

—¡Calurosa, venimos en plan de amistad y se nos recibe con bombas! —Sofía agarró de la mano a su esposo diciéndole algo al oído—. Puede continuar.

No obstante, en su discurso, a continuación, Francisco Fernando agradecería al pueblo de Sarajevo por su intervención que, dijo, había logrado frustrar el asesinato. Tras ello cancelaron su agenda con el fin de ir a visitar a los heridos del atentado y con el fin de evitar la circulación por el centro de la ciudad, el gobernador Potiorek dispuso hacerlo por los embarcaderos Appel hasta el hospital, pero a la altura del puente latino el chófer se equivoca y al maniobrar para corregir la dirección, Gavrilo Princip, uno de los miembros del comando que en ese momento salía de una tienda de alimentación, se encontró con el vehículo archiducal ante sus ojos, alzó su pistola semiautomática Browning FN modelo 1910, de fabricación belga, avanzó hacia la pareja y les disparó dos tiros a bocajarro, el primero alcanzó la yugular de Francisco Fernando, el segundo penetró en el abdomen de Sofía. Rápidamente los evacuaron a la residencia del gobernador para que les atendiera un médico. El conde Harrach que se encontraba junto al archiduque lo sujeta interesándose por él.

—¡No es nada. No es nada! —dijo Francisco Fernando y mirando a Sofía, exclamó—: ¡Sofía!, ¡Sofía!... No te mueras..., vive para nuestros hijos.

La duquesa Sofía murió antes de llegar a la residencia del gobernador. El archiduque

Francisco Fernando diez minutos después... El detonante había llegado.

14

EL GRAND PRIX

Ese mismo día *el todo* París, asistía al acontecimiento hípico y mundano por excelencia del año, el Grand Prix, que se celebraba en el hipódromo de Longchamp. Ninguna celebridad podía perderselo. Era como un gran desfile de la última moda en el que los modistos se afanaban por presentar sus últimas elucubraciones que los esbeltos y estilizados cuerpos femeninos vestían con una elegancia sin par. Imaginativos y rimbombantes vestidos largos de múltiples formas y colores, aunque abundaran los tonos claros, combinados con elementos decorativos de todo tipo, blusas de altos cuellos levantados, lazos, pañuelos, cinturones, sombrillas de mano y sobre todo aquellos sombreros sin igual, grandes, ampulosos, de alas anchas y vistosos plumajes. La elegancia era parte, igualmente, de los hombres que lucían fracs, chaqués o selectas casacas oscuras sobre camisas immaculadas con corbatas en forma de lazo sin caídas y pantalones grises multirayas, con zapatos de piel decorada y labrada a mano, y desde luego los sombreros que tampoco faltaban, en especial, en esas galas, de ala estrecha y copa alta forrados de felpa de seda negra. Todo era, por tanto, glamur y belleza primorosa que daban un aire en el ambiente de sutil sensualidad refinada. La alegría y la euforia ante el gran evento de las carreras de caballos acompañaban el jolgorio con risas mezcladas de finas burbujas de champán y cócteles vespertinos. Nadie en ese momento podía pensar que era el fin de ese tiempo feliz que luego se recordaría, con nostalgia, como la *belle époque*.

El señor Romanet, secretario de la *Société d'Encouragement* aguardaba en la tribuna la llegada del presidente de la República cuando un ujier, sobre las 14:30 h se acercó a él:

—Señor Romanet tiene una llamada telefónica.

—¿Quién es?

—Solo ha dicho que es un secretario de la Embajada del Imperio austrohúngaro.

Cuando Romanet escuchó la noticia su rostro palideció, su interlocutor al otro lado de la línea telefónica le anunciaba el asesinato del archiduque en Sarajevo y le rogaba lo transmitiera, en cuanto llegaran, al presidente Poincaré así como al conde Szécsen de Temerin, embajador de su majestad imperial Francisco José. Poco después llegaría el embajador, quien inmediatamente de conocer la noticia abandonó el hipódromo. El presidente Poincaré lo haría sobre las 15:20, cuando se acomodaba en la tribuna de honor tras haber asistido al pesaje bajo las aclamaciones de los presentes. El rumor comenzó a expandirse poco a poco entre toda la muchedumbre. En el lugar en el que me encontraba junto a Mark y dos apuestas señoritas no tardamos en oír algunas frases, en principio poco claras, sobre un magnicidio; sin embargo, la gente pronto lo olvidó

quedando más atenta a la marcha de las carreras.

El gran premio había comenzado: cincuenta y ocho participantes competían sobre 3.000 metros. A las 16:03 h, *Sardanapale* montado por el *jockey* George Stern vencía a *La Farina* por una cabeza de distancia, tras una extenuante carrera realizada en tres minutos, once segundos y cinco centésimas, ganando de esta forma los 358.100 francos del Grand Prix. Su propietario, el barón Maurice de Rothschild, posaba feliz, mientras recogía el premio, con sonrisa galante y triunfadora bajo un estiloso sombrero negro de copa alta luciendo una camisa blanca de amplio cuello con corbata recta de seda y un distinguido gabán largo de solapas dobladas hacia fuera que dejaba ver el forro brillante y en el ojal de la izquierda una llamativa flor. A las 16:40 h, tras felicitar al barón, el presidente Poincaré abandonaba el hipódromo. Al día siguiente la prensa recogería las noticias del doble asesinato de Sarajevo; los teletipos habían propagado la tragedia con gran celeridad, pero también destacaban, de forma unánime, que el Grand Prix había sido magnífico y que marcaría una fecha histórica en las carreras de caballos.

15

SIN RASTRO

Hacía días, con anterioridad al Grand Prix, que a Mark lo encontraba mejor, había comenzado a salir y a entretenerse como antes. Tras el último encuentro con Evelyn habían pasado las jornadas sin que tuviera noticia alguna de ella ni del señor Dykinson. Fue entonces, en que extrañado de no tener noticia alguna, un día por fin, se acercó al Hotel Ritz donde preguntó a uno de los recepcionistas por el matrimonio fingiendo que tenía algo para entregarles.

—El señor y la señora Dykinson se marcharon el pasado martes a primera hora de la mañana. —Mark calculó que el domingo, en el que vio por última vez a Evelyn, habría vuelto el señor Dykinson, el lunes habría descansado y al día siguiente habían partido.

—¿Sabe si dejaron alguna nota... algún aviso?

El empleado ojeó las páginas manuscritas de un libro, luego miró en los cajones de un mueble escritorio y en un casillero donde se depositaban las llaves, finalmente contestó:

—No señor. No hay nada.

—¿No sabrá tampoco el destino que llevaban?

El recepcionista se encogió de hombros haciendo una señal negativa con la cabeza, pero justo cuando Mark se volvía para irse, otro empleado que acababa de terminar de atender a un cliente se interpuso.

—¿Se refiere al señor Dykinson, verdad? Le vi a usted con ellos.

—Sí.

—Salieron con cierta premura. Fui yo quien le atendí ese día. Al parecer tenían prisa, un coche les esperaba para trasladarlos a la estación de Montparnasse. El señor director, que ahora no está, también se despidió de ellos.

—¿No comentaron hacia dónde se dirigían?

—A San Sebastián. Lo recuerdo perfectamente: el señor Dykinson insinuó con una sonrisa, mirando a su esposa, que allí podría estrenar los últimos modelos de bañadores que había adquirido en París. Luego comentó que tenía que hacer unos negocios en España, así que pensaban pasar unos días de descanso y veraneo en esa ciudad, entre la playa y el casino, tan de moda en esta época. Parecían muy contentos y felices.

—¿La señora también?

—¿Cómo dice?

—La señora —mintió, tras un leve carraspeo— parece que tenía intención de comprar un

apartamento en París y como me indica que tuvieron que salir tan rápido pensaba que igual habría frustrado sus expectativas...

El oficial recepcionista se encogió de hombros:

—Yo la vi tan encantadora como siempre... Sí, estaba feliz —afirmó tajante con un gesto, sonriendo, absorto en la imagen del recuerdo.

—Seguro que tendrían otras buenas alternativas. Me alegro mucho. Les enviaré una carta a su domicilio en los Estados Unidos.

Así fue como volvimos al Gentleman, al Moulin Rouge, al Folies Bergere, al Lapin Agile, a la Coupole, al Éléphant Goulu..., entre otros muchos, y también a las partidas de póquer, al olor perfumado de la dulce piel de las muchachas en flor, al cancán y al champán que el serio Fran seguía sirviendo con su gran maestría y profesionalidad.

16

LA DECLARACIÓN DE GUERRA

En el fondo la guerra como cualquier otra manifestación de violencia es el fracaso de la inteligencia. La inteligencia sería así la facultad para disponer del arte de la persuasión, de la seducción, de la conciliación, en fin, de tener la capacidad de hacer entender al contrario, a la otra parte, las razones; esto es, de ceder y de aceptar dentro de los límites de la razón, y por tanto, de ser capaces de llegar a un acuerdo. La inteligencia es, por consiguiente, la sublimación del equilibrio.

Cuando falla la magistral obra del cerebro que es la inteligencia y se sustituye por la fuerza, por lo bruto, es precisamente porque se carece de aquella y entonces es el ser humano el que falla, sin distinción de otros seres, en principio inferiores, de la Naturaleza, en los que su supervivencia se basa en el grado de su fortaleza física.

Bien es verdad que el emperador, el káiser, el zar, el rey, el presidente, aunque en última instancia tienen la decisión final se hallan bajo dos factores fundamentales: la presión y el influjo. Y estos factores, si bien pueden venir de múltiples procedencias, por lo general son ejercidos por las personas que rodean a aquel.

En ese momento una cosa era cierta y compartida: los generales de los Estados Mayores estaban convencidos de que una conflagración, en todo caso, sería corta y rápida y para ello era precisa una guerra ofensiva a ultranza; pero las cosas habían cambiado, en especial el enorme avance de la tecnología de las máquinas de matar y destruir. Por otro lado, todos igualmente, pensaban en que sería algo sencillo, que tenían grandes posibilidades de conquistar sus pretensiones y en las navidades siguientes, todos estarían en casa con las condecoraciones en la casaca. Nada sería así.

El verano que había comenzado feliz era el momento del descanso, de las vacaciones, de coger energía para el regreso. Winston Churchill, en ese tiempo, primer *lord* del Almirantazgo británico, el departamento del Gobierno que administraba la Marina Real, había vaticinado que ese verano sería tranquilo, sin embargo los Estados Mayores de los imperios europeos habían ordenado movilizaciones preventivas lo que vienen a ser advertencias que incitan, las más de las veces, el orgullo y disparan el estado de beligerancia.

En el curso de una fiesta real en San Petersburgo, en los últimos días de julio, la esposa del gran duque, Militza y su hermana, Anastasia, casada con su cuñado, el hermano del gran duque, ambas princesas e hijas del rey Nicolás I de Montenegro se acercaron al embajador francés Paléologue, una de ellas le mostró un joyero con arena de Lorena y la otra dijo que había

plantado semillas de cardos de Lorena en su jardín. Luego añadió Militza:

—Va a estallar la guerra y no va a quedar nada de Austria. Ustedes volverán a Alsacia y Lorena y nuestros ejércitos acabarán juntándose en Berlín.

Del mismo modo, aunque apenas lo conocían media docena de oficiales, que incluso eran quienes lo pasaban a máquina, en esas fechas el Plan W de alto secreto, como era denominado el movimiento de las fuerzas expedicionarias tanto por el Estado Mayor inglés como por el francés estaba concluido.

En este estrépito estaban las cosas cuando el ultimátum del Gobierno de Austria-Hungría a Serbia, realizado una vez conocía que Alemania la respaldaría, era demasiado para Serbia que, a su vez, se aseguraba la alianza de Rusia en una probable confrontación armada. En efecto, Serbia aceptó todos los puntos del ultimátum salvo uno, que alegaba con buenas palabras: la policía austrohúngara no entraría en territorio serbio a indagar sobre los instigadores del atentado de Sarajevo. De tal forma, Austria-Hungría tenía ya el pretexto. El 28 de julio de 1914, exactamente un mes después del magnicidio, declaró la guerra a Serbia por no haber aceptado totalmente su ultimátum. Acto seguido, durante el mes de agosto se produciría una cascada de declaraciones de guerra de asombrosa magnitud y que de manera ininterrumpida se iría incrementando a lo largo de los siguientes años.

El 1 de agosto Alemania la declararía a Rusia y el 3 de agosto a Bélgica y a Francia. Al día siguiente Gran Bretaña y Bélgica a Alemania y Austria-Hungría a Rusia. Días después lo haría Australia siguiendo al Imperio británico. El 11 de agosto Francia y Gran Bretaña a Austria-Hungría, el 21 de ese mismo mes Japón a Alemania. Posteriormente, al cabo de los años y de forma cronológica, irían entrando en la guerra: Nueva Zelanda, Bulgaria, Portugal, Rumanía, Cuba, Panamá, Brasil, Siam, Liberia, China, Guatemala, Costa Rica, Nicaragua, Haití, Honduras, ... Medio centenar de países se vieron implicados. El mundo se había vuelto loco.

La declaración de guerra, sin embargo, cogió desprevenidos a los estadounidenses. La tranquilidad que meses antes se reflejaba en Europa era así transmitida en los principales periódicos norteamericanos. Las noticias apenas desarrollaban ecos de una sociedad que avanzaba en la búsqueda de la opulencia y el buen vivir. Nadie podía pensar en la tragedia de una guerra total y encarnizada. El país, en agosto de 1914, se unía al sentimiento doloroso de su presidente Woodrow Wilson, que el día 6 perdía a su esposa Ellen, tras veintinueve años de matrimonio y de haber transcurrido año y medio de su primer mandato. La pérdida de su esposa y mejor consejera, como así la consideraba, sumió al presidente en una fuerte depresión aislado dentro de la Casa Blanca, mientras intuía preocupado el futuro desenlace de la declaración de guerra, la cual quería evitar a toda costa, para lo que instruía y manifestaba en el sentido de actuar eludiendo cualquier elemento de confrontación, por nimio que pareciera, con el fin de no ver a su país arrastrado a la contienda bélica.

El 1 de agosto, pues, el Gobierno francés, al igual que el alemán y como unos días antes lo habían hecho Austria, Serbia y Rusia, ordenan la movilización general. Berlín, Viena, París y Londres ven desbordadas sus calles con la gente gozosa celebrando la llegada de la guerra como si fuera la entrada en el paraíso. Las futuras víctimas, que pronto iban a morir o cuando menos ser descuartizadas, celebraban el evento como si de una fiesta se tratara. Veíamos aterrados cómo chavales de los colegios iban directos a la instrucción, de estudiar a los grandes pensadores, en pocos días entendían que el pensamiento sobraba, que no correspondía. Su jefe les diría lo que tenían que hacer y a este el suyo. Ahora solo era requerida una palabra que se convertiría en

sagrada: obediencia. Derecha, izquierda, media vuelta, al frente. Se convertían en marionetas o robots preparados para matar y morir. Uniforme y zapatos pulcros para acabar confundidos con el fango y los muertos entre las trincheras. No había otra opción. O morías por la bala del enemigo en el frente o por la del pelotón de fusilamiento de los que decían eran los tuyos.

EL ESPÍRITU DE 1914

Sin embargo había muchos nervios en el Gobierno francés. Ya se conocía que Alemania se disponía a declarar la guerra cuando se recibió un telegrama de Paul Cambon el embajador francés en Londres: Gran Bretaña estaba indecisa para dar el salto. Aún no había ordenado la movilización general. Cambon había dedicado los días de los últimos años a asegurarse de que Inglaterra estuviera dispuesta en el momento preciso; sin embargo se obligaba a telegrafiar que el Reino Unido no tenía de momento interés en la disputa. Por su lado el general francés Joffre presentaba un último informe sobre los movimientos de Alemania insistiendo en que se diera la orden de movilización. París trepidaba. Los nervios se expandían. El 31 de julio en el Café du Croissant de Monmartre el líder socialista y símbolo del pacifismo Jean Jaurès, que se había enfrentado contra la ley que obligaba a extender el servicio militar obligatorio en tres años, y unos días antes había llamado a la unidad de los obreros de todos los países que estaban al borde del enfrentamiento para detener la horrible pesadilla era abatido a tiros por un joven ultra y fallecía en el acto. El Gobierno temía especialmente en ese momento delicado barricadas en las calles, levantamientos populares e incluso una revuelta armada en vísperas de una guerra. Las tropas fueron alertadas. Finalmente solo hubo silencio y un profundo malestar. El antiguo primer ministro Clemenceau así como el prefecto de policía aconsejaban al ministro del interior Malvy que hicieran uso del Carnet B, la lista de conocidos anarquistas, pacifistas y sospechosos de ser espías, considerados peligrosos para la defensa nacional y que habrían de ser arrestados el día de la movilización general; pero otros miembros del Gobierno se mostraban en contra de esta medida con el fin de mantener la unidad nacional. Finalmente solo fueron arrestados sospechosos extranjeros de ser espías pero ningún francés. Mark comenzaba a sentirse mal, su condición de natural alemán, en ese momento no le favorecía. Se extendía un sentimiento de germanofobia o antigermanismo.

El viernes 31 de julio Mark vino alarmado a mi mesa de trabajo en el banco. Las bolsas habían tenido que cerrar obligadas por la ola de pánico que había comenzado en Nueva York y se había extendido por toda Europa. Banqueros y comerciantes temían que se hundiera el sistema de créditos cuyo centro se encontraba en Londres. Desde ese momento las monedas de los países que declaraban la guerra comenzaron a caer con espanto con una depreciación rápida y brutal. Muchos establecimientos optaban por suspender las ventas y la gente hacía largas colas frente a las entidades financieras y cajas de ahorro para sacar sus depósitos.

A las tres y media de la tarde del día siguiente el general Ebener del Estado Mayor de Joffre,

acompañado de dos oficiales llegó al Ministerio de la Guerra para despachar la orden de movilización y a las cuatro en punto apareció el primer bando en la esquina de la plaza de la Concorde y de la calle Royale.

Ese mismo día había salido con Mark, pues habíamos quedado con unas amigas en un conocido baile en Armenonville en el Bois de Boulogne; aunque la tensión se respiraba en el ambiente nos encontrábamos a gusto tomando unas copas y charlando cuando repentinamente la orquesta suspendió, sin motivo, en medio de una canción su interpretación. El gerente se acercó al micrófono de los músicos, pidió silencio a todos los presentes y dijo: «¡Ha sido ordenada la movilización. Comenzará a medianoche!», y a continuación pidió a la orquesta que interpretara *La Marsellesa*, con el público puesto en pie, emocionado, jaleando su jolgorio.

Salimos del baile y nos dirigimos hacia el centro. A nuestro paso escuchábamos por doquier a los músicos y orquestinas de los restaurantes tocar los himnos francés, ruso e inglés. Las calles comenzaban a quedar desiertas de vehículos. El Ministerio de la Guerra los estaba requisando. Jóvenes reservistas se encaminaban hacia las estaciones de ferrocarril señaladas. La muchedumbre los aclamaba y animaba. El manto negro que desde 1870 había cubierto la estatua de la plaza de la Concorde fue arrancado y depositado flores a sus pies. La gente gritaba «¡Vive l'Alsace!».

En Londres, sin embargo, el embajador Cambon se reunía con el ministro de Asuntos Exteriores británico sir Edward Grey quien no le podía prometer nada en ese momento. Había que esperar, el enfrentamiento entre Alemania, Rusia y Francia no afectaba, de momento, a los intereses de Gran Bretaña. Cambon desesperaba y el Gobierno francés también. Si Alemania atacaba la neutral Bélgica entonces Gran Bretaña no tendría excusa. Había que esperar. Era cuestión de horas.

En el Gobierno británico sin embargo no todo el mundo estaba de acuerdo. Se hacían amagos de dimisiones, pero nadie daba el paso. Churchill invitó a cenar a sus amigos de la oposición luego jugaron al *bridge* para calmar la tensión mientras compartían un *whisky*. Un mensajero llamó en ese momento. Llevaba una caja roja. El primer *lord* del Almirantazgo sacó una llave, abrió la caja y leyó una nota. Luego, tranquilamente, dijo:

—Alemania ha declarado la guerra a Rusia.

Churchill terminó la partida y salió hacia Downing Street. Allí estaba el primer ministro junto a Grey y otros miembros del Gobierno.

—Voy a movilizar la flota sin esperar la decisión del gabinete —dijo Churchill.

—He dicho a Cambon que no permitiremos que la flota alemana entre en el Canal de la Mancha —susurró Grey a Churchill.

Sin embargo el gabinete no estaba por la labor, había mayoría en contra. Al día siguiente tendrían que ratificarse tales medidas o habría dimisiones. La invasión alemana de Bélgica aunaría las decisiones.

La ruina económica devendría imparable. Los banqueros alemanes Stroel y Riesser presentaban un estudio sobre el coste de la guerra calculando diez marcos por soldado al día; con los millones de soldados que cada imperio necesitaba la debacle quedaba patente, con la consiguiente caída brutal en los salarios y la imposibilidad de pagar las pensiones. La maquinaria de la guerra requeriría todas las reservas.

A pesar de todo, la euforia seguía extendiéndose como la pólvora en las diferentes capitales de los imperios en conflicto animando a los soldados que se dirigían a sus destinos a los que

algunas mujeres entregaban flores. El Espiritu de 1914 se llamó a ese júbilo popular. Todo el mundo en los respectivos países soñaba con lograr algo mejor sin contar con el sufrimiento y desde luego que fuera rápido, unos pocos meses. Unos pocos meses después, sin embargo, solo habría millares de muertos en todos los bandos, dolor, sufrimiento y ningún avance. El Espiritu de 1914 pronto se vendría abajo.

18

LA DESPEDIDA

Las cosas se ponían difíciles. París ya no era lo que había sido: la gran capital cosmopolita del mundo, en especial del arte y la cultura. La capital de la *belle époque*. Sí, las cosas se ponían difíciles, en especial para una persona de origen alemán.

Las declaraciones sucesivas de guerra vinieron a suponer, de facto, que muchos artistas forasteros tuvieran que regresar a sus países, la mayoría de ellos para alistarse en sus ejércitos. En el caso de los procedentes de los Imperios alemán y austrohúngaro además venía aparejado el temor a las represalias. Otros tantos, franceses, serían también llamados a filas. Los lazos de buena amistad y camaradería, en muchos casos, mantenidos entre los artistas no solo iban a quebrarse sino que podría significar el enfrentamiento en pleno campo de batalla. Algunos, sin embargo, se libraron al ser considerados exentos por razones de salud como fue el caso de Modigliani o el de Chaim Soutine. Otros prefirieron huir a países en principio neutrales o que no habían aún entrado en la guerra. Las escenas de la separación resultaban dolorosas. Y los que se quedaban se encontrarían sin pensiones ni espectáculos solidarios con lo que acabarían, en muchos casos, en la miseria, sin poder tener lo necesario para comer.

Uno de esos primeros días de agosto en el que nos encontrábamos Mark y yo, junto a otros dos amigos, sentados en torno a una mesita, en un rincón de un café concierto de Montmartre, unos individuos entraron en el local armados con palos, lanzando todo tipo de improperios contra los foráneos de origen germánico y austrohúngaro, y exaltados hasta el punto de que uno de ellos arrojó un ladrillo sobre el enorme y precioso espejo con bordes dorados labrados que se hallaba tras la barra, haciéndolo añicos y gritando: «¡Esto os pasa por acoger a sucios extranjeros!».

En ese momento otro, que había puesto su atención en Mark, hizo un gesto despectivo con la cabeza indicando, al que parecía el cabecilla, la posición de aquel, de modo que este se dirigió hacia nuestra mesa y amenazando con el palo a Mark le zahirió, llamándolo puerco de mierda alemán. Mark, lejos de intimidarse, con toda frescura y tranquilidad, se levantó sin mediar palabra —mientras los otros tres amigos nos quedábamos sentados—, se plantó delante de él, le sobrepasaba la cabeza, mirándolo directamente a los ojos, sin odio pero también sin esperanza, pues el individuo armado con el palo, en cambio, a través de su mirada gélida, transmitía todo su odio, rencor y desprecio. Un silencio sepulcral se adueñó del café. La *vedette* principal del concierto, que en ese momento acababa de suspender la interpretación de una triste balada, se acercó con el fin de calmar la situación, pero otro de los individuos la empujó a un lado sin miramientos. Ese instante lo aprovechó el cabecilla para asestar con la vara un fuerte golpe a

Mark que este pudo esquivar y sujetar con la mano, los otros se abalanzaron también sobre él, nosotros intentamos separarlos; al final, todos acabamos malheridos, Mark ensangrentado, con varios cortes, y el local medio arrasado, hasta que llegó la policía y los asaltantes se fugaron.

Nos llevaron a un hospital cercano, nos hicieron unas curas y salimos por nuestro propio pie, con la ropa hecha jirones y aunque Mark no estaba, desde luego, en buenas condiciones dijo que el aire suave de la noche le venía muy bien. Le quise acompañar pero me pidió que lo dejara solo, quería ir despacio andando hasta su casa.

Al día siguiente, a pesar de que pensaba que no iría al trabajo, allí estaba, pero unos días después, el director general de la entidad financiera lo llamó a su despacho, junto a él se hallaban dos subdirectores generales. Mark enseguida se percató de que algo no iba bien.

—Señor Reber. Sabe que siempre lo hemos apreciado por su talante honesto y trabajador y por qué no decirlo, por sus magníficas dotes en su cometido... Sin embargo, siento tener que decirle que hemos recibido determinadas presiones de arriba. Sabe que estamos en un momento muy delicado y Francia se halla en guerra contra su país, lo cual nos produce ciertas tensiones que no podemos soportar...

—Señores. No se molesten en buscar palabras huecas que suenen bien. Prepárenme la cuenta. Cogeré mis cosas mientras tanto. Espero que todo les vaya bien.

—Quisiera que nos comprendiera...

—¡Y eso qué más da ahora! En el fondo lo que piense no sirve para nada.

El director general llamó a su secretaria y pidió la cuenta de Mark Reber. En un par de minutos entró en el despacho con ella, señal de que ya la tenían preparada. Mark la miró por encima y la firmó.

—Su dinero se lo ingresamos en su cuenta.

—Señores —dijo Mark a modo de saludo, se levantó, se puso el sombrero haciendo un leve gesto con su ala y se marchó.

Cuando le vi a través de las cortinillas entreabiertas del cristal de su despacho recogiendo las cosas de sus armarios y cajones me lo supuse.

—¿Qué sucede Mark?

—De repente me he debido volver apestoso.

—¡Oh, no!... ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya te llamaré Jean... Me tendré que ir de esta ciudad.

—Esta tarde pasaré por tu apartamento y hablamos.

—Como quieras.

Metió sus pertenencias en la caja de cartón que el banco facilitaba cada vez que despedía a alguien y se marchó para siempre tras saludar a sus más directos colaboradores.

19

EL ÁSPERO AIRE DE AQUEL AGOSTO

Al terminar mi jornada laboral me presenté en casa de Mark. Lo encontré, aparentemente, como siempre. Mark era de esas personas que vivía cada momento como si se tratara de algo más en una existencia cuyo futuro nadie conocía, por tanto hacía lo mejor para que las cosas salieran bien, pero admitía cada momento como algo que ya no tenía remedio, por lo que gastaba su energía en pensar en el minuto siguiente. Nunca se alteraba demasiado, ni en los éxitos ni en los fracasos.

Fuimos a dar una vuelta por la orilla del Sena; una especie de tupida niebla vespertina se había echado encima, como si fuera algo premonitorio. París seguía igual, con sus edificios, sus bellas avenidas, sus monumentos, pero el ambiente que se respiraba había cambiado totalmente; en lugar de ser, como siempre había sido, acogedora, ahora transpiraba hostilidad y aunque el jolgorio popular por la declaración de guerra aún, inexplicablemente, continuaba, el frío hedor del odio en pleno agosto había sustituido el cálido y sugestivo aire perfumado de los días pasados.

—¿Qué has pensado?

—Me voy —contestó Mark.

—¿Adónde?

—En principio a España. Al menos allí no existen tambores de guerra —dijo con su agradable sonrisa—. He pensado que haré escala por algunos días en San Sebastián.

—¡Vaya! Buena idea, debe estar muy bien. Lleva un tiempo que está muy de moda. Se está yendo mucha gente, de cierta fortuna, hacia allí. Dicen que es *le petit* París al borde del mar.

—El dinero es muy cobarde. El inversor solo quiere estabilidad y seguridad.

—Sin duda.

—Bueno. En principio solo pienso estar unos días allí.

—Te vendrá bien. Aire fresco.

—Eso espero.

—¿Y yo, qué voy a hacer sin ti? Mis planes, nuestras salidas a ligar a las mujercitas. Se acaba todo, Mark.

—Volverá de nuevo la primavera.

—Seguro.

La niebla seguía espesando, apenas se distinguían, recortadas, las siluetas de los puentes que

unían ambas riberas.

—Pensar que me tenga que ir porque nació en un lugar...

—El mundo se ha vuelto loco.

—Y yo que me siento apátrida.

—Lo sé.

Y así me separé de Mark Reber. Durante muchos días estuve muy triste, llegué incluso a pensar en dejarlo todo e irme con él, buscando nuevos lugares donde el sol no se pusiera. La vida, como decías siempre Mark, era muy corta. Había que hacer cosas y disfrutarla cada minuto. Y ahora la gente, soldaditos jóvenes, iba con el pasaporte de la muerte entre los dientes hacia el frente. Adonde los generales los enviaban como corderos al matadero. Pedí a Mark que no dejara de escribirme y de contarme sus días, por lo que ahora puedo relatarlos.

Al día siguiente salió de la estación de Montparnasse. Apenas llevaba una bolsa grande y una maleta como todo equipaje. Tenía dinero suficiente y sobre todo capacidad para hacerlo cuando y donde hiciera falta. Todas sus pertenencias quedaban en su apartamento y en su estudio taller. Me dejó las llaves de ambos inmuebles y le prometí que los vigilaría y cuidaría. Lo que quizás más le apenaba era dejar, en el suelo de su taller, los montones de lienzos sobre sus bastidores que los pigmentos habían dotado de vida y valores. Ahora se quedaban solos, sin su creador, tristes y abandonados. Siempre había dicho que algún día los expondría. De momento no había querido hacerlo. Yo me ocuparía ahora de mantenerlos y cuidarlos.

Esa mañana, desde la oficina en el banco, con cierta tristeza y sana envidia, miraba mi reloj siguiendo la hora en que Mark se montaría en el expreso que lo llevaría hasta Hendaya y luego a San Sebastián, acompañado por un escaso equipaje y su libreta, con la que jugaba con las palabras. Se iba el mejor amigo que había tenido en toda mi vida. Lo echaría mucho de menos y desde luego, lo harían también, sus muchas amantes de París que lo querían apasionadamente. No quiso despedirse de nadie en ese momento. Odiaba las despedidas pues esperaba que llegaran nuevas bienvenidas. En el fondo era un vividor, un verdadero aventurero.

SEGUNDA PARTE

DE NUEVO LA LIBERTAD

Al llegar a San Sebastián sintió que el sol brillaba de nuevo. Fue esa sensación de libertad que de forma brusca experimentó cuando al bajarse del tren pudo respirar un ambiente relajado y despreocupado, en contraste con la tensión que había vivido en los últimos días. San Sebastián, en la que aún pervivía el encanto de la *belle époque*, se presentaba ante el viajero con un aspecto coqueto, elegante y presumido. Mark, el equipaje en el suelo, se quedó parado en el andén mirando al tren que se alejaba pitando. Luego apreció la bella estación, obra de Letourneur un ingeniero francés, y cuya marquesina metálica se había realizado en los talleres de Gustave Eiffel. Una ciudad, como había podido leer, con una historia muy afrancesada, donde el 14 de julio, fiesta nacional de Francia, se celebraba tradicionalmente con gran pompa y actos de lo más variado. Aspiró el nuevo aire, caluroso, de agosto, con los ojos cerrados; sonrió, sacó el mapa que llevaba en el interior del bolsillo de su fina americana de lino y salió al exterior donde se montó en uno de los taxis que esperaban en la puerta con destino al Hotel de Londres y de Inglaterra, del que su amigo el pintor Toulouse Lautrec le había hablado muy bien por sus estancias en veranos anteriores.

Había tenido suerte al reservar su habitación. La ciudad estaba abarrotada. También en la frontera, pues esta se hallaba colapsada con el ímpetu de las familias que desde muchos puntos de Europa querían salir de los países en guerra acarreando las pertenencias que podían llevarse consigo, muchas de las cuales dejaban abandonadas en las estaciones para poder acceder a los trenes. El trasiego de convoyes hacia la frontera del Bidasoa era constante. Agentes franceses hacían acopio de ganado y comestibles en los puestos fronterizos. La necesidad de carbón había hecho cancelar muchas líneas ferroviarias no consideradas esenciales para la guerra. Desde Irún y Hendaya se habilitaban autobuses, pues gran parte de trenes habían quedado sin servicio durante esas fechas. El gobernador civil, la Diputación y los Ayuntamientos de Irún y San Sebastián habían dispuesto igualmente ayudas para acoger y dar de comer a muchas familias que llegaban a la frontera sin recursos.

La moneda francesa sufría una devaluación atroz perdiendo su valor de forma constante. En San Sebastián, con una considerable colonia e instituciones francesas muy arraigadas, donde los comercios admitían los francos como algo ordinario, algunos establecimientos comenzaban a exigir dinero fraccionario en metal por la desconfianza en el papel. Las sucursales donostiarras de los bancos franceses como la Société Générale se negaban a operar en francos como medida, que anunciaban, con carácter provisional. Fuera de los círculos bancarios la gente, temerosa,

cambiaba a la baja sus posesiones en moneda francesa por pesetas o por otras fracciones reducidas en oro, y conforme pasaban las jornadas, como la situación lejos de mejorar empeoraba, al final, muchos desesperados, lo acababan cambiando, simplemente, por aquello que buenamente les ofrecían.

Los hoteles y pensiones de la ciudad estaban completos. En los más lujosos se alojaban potentados llegados de muchas partes del planeta. En la iglesia Santa María se celebraba la Salve, el rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia llegaron en coche de caballos entre la multitud, precedidos por la escolta real con uniforme de gala; la reina madre María Cristina de Habsburgo-Lorena, prima del emperador de Austria y rey de Hungría, Francisco José, asistía junto con los infantes Carlos, Fernando, Rainiero, Felipe y Genaro.

La familia real se alojaba en el palacio Miramar donde pasaban largas estancias, todos los veranos, tras su construcción en 1893. Con anterioridad, desde mediados del siglo, Isabel II y Alfonso XII, solían alojarse en el palacio de Ayete, en uno de los altos de la ciudad, donde recibían a ilustres invitados como la reina del Reino Unido Alejandra Victoria; pero la reina María Cristina, que no solo seguía la tradición de sus antecesores en asistir a la ciudad sino que había incrementado su amor por el lugar, mandaría construir a partir de sus primeros viajes, en 1887, el palacio de Miramar al arquitecto Seldon Wornum. De estilo inglés rompía con el resto de edificios que abundaban en la ciudad de tipo francés, marcados por el signo de la *belle époque*, luciendo majestuoso a pocos metros de la playa y a corta distancia, también, de un edificio de piedra que en 1911 había sustituido la preciosa caseta real de baños de madera rodante sobre raíles, el cual contaba, asimismo, con vías para que una cabina sobre una embarcación llevara a la familia real hasta la misma orilla donde rompían, mansamente, las últimas, ya pequeñas y extenuadas, ondulaciones que el mar depositaba en la arena.

En el palacio de Miramar, esos días, se celebraban los consejos de ministros estivales que el presidente del Gobierno Eduardo Dato anunciaba a los periodistas allí reunidos. Con el Gobierno en San Sebastián se encontraban también en la ciudad las Embajadas de Francia, Alemania y Gran Bretaña, entre otras, así como el nuncio apostólico, monseñor Ragonessi, que se alojaba en la residencia de los jesuitas de la capital donostiarra y quien el día 20 de agosto recibía la visita de la familia real, miembros del Gobierno, embajadores y autoridades locales expresando sus condolencias por el fallecimiento del papa Pio X. Unos días después sería nombrado Benedicto XV.

Junto a sus altezas reales la aristocracia pululaba por los alrededores, entre los hoteles de lujo y las residencias y palacetes privados, alternándose en bellas mansiones entre San Sebastián y Biarritz y celebrando fiestas tan suntuosas como esperpénticas. Cerca de todos ellos se daban cita, igualmente, acaudalados banqueros, industriales y hombres de negocios que aprovechaban los paseos en sus yates por la bahía, los cócteles en el Real Club Náutico, sus partidos de golf en el Real Golf Club de San Sebastián o las reuniones en el Gran Casino para conseguir contactos y lucrativas relaciones contractuales. No faltaban tampoco, entre la exquisitez, las buscadoras de fortunas, los arribistas y tampoco los carteristas que llegados de múltiples procedencias esperaban hacer su agosto, pero sobre todo la capital donostiarra se había convertido en un punto de encuentro del espionaje internacional, que se iba a acrecentar con el desarrollo de la gran guerra que ahora comenzaba.

El Gran Casino ocupaba un magnífico y esplendoroso edificio al borde de la bahía de la Concha, donde además de la ruleta y de salas para todos los juegos de azar de la época se daban

cita grandes eventos y espectáculos musicales, siendo a su vez centro de reunión de todas las especies humanas que se encontraban en la ciudad, mientras la violoncelista Caponsacchi o la orquesta del maestro Arbós interpretaban piezas de grandes compositores. Frente a él, al otro lado, en 1912, se habían inaugurado el funicular y el parque de atracciones del monte Igueldo desde donde las vistas de la bahía resultaban inigualables.

En el mar, dentro de la concha natural que forma la bahía entre el monte Igueldo y el monte Urgull, protegida por la isla Santa Clara, fondeaban por esos días, además de los yates de regatas y de paseo, el acorazado *España*, el buque escuela de la Armada francesa *Jeanne d'Arc* o el yate de la Armada española *Giralda* que disparaban salvas de ordenanza a la llegada del rey a palacio, salvas que eran repetidas por los cañones de la batería de las Damas del castillo, en la ladera del Urgull.

Las corridas de toros se sucedían en la plaza del Chofre, situada en el barrio de Gros, cerca de la playa que tomaba el nombre del citado barrio, sobre una pequeña colina, desde donde se divisaba el transbordador aéreo del monte Ulía y en cuya explanada exterior se apiñaban, aparcados, los nuevos vehículos a motor de los asistentes a las corridas que los pudientes mostraban con satisfacción. Esos días triunfaban los toreros Manolete, Gallo, Paco Madrid y Belmonte, entre otros; y en el gran teatro Victoria Eugenia, cercano al Hotel María Cristina, edificios ambos inaugurados en 1912 que representaban la grandeza cosmopolita de esa época, se exhibían las últimas óperas u obras de teatro con los mejores intérpretes del momento. Y en la calle, a la puesta del sol, en el kiosco del Boulevard, la orquesta militar interpretaba melodías mientras las damas y caballeros paseaban al frescor de la brisa, del día que espiraba, procedente de la bahía.

21

LA CONDESA INGLESA

Mark aprovechaba su estancia en tan hermosa ciudad para descansar, darse unos baños de mar como buen aficionado a la natación y al submarinismo que era y para probar suerte en el Gran Casino en el que a pesar de perder todo lo que había asignado para el juego, en ese día, bajaba por las escaleras exteriores, vestido con un traje de tela fina blanca, camisa del mismo color con chorreras sobre la que caía la estrecha corbata oscura desanudada, y protegido con un veraniego sombrero panamá, con una sonrisa de resignación, aunque feliz, pensando que la mala suerte en el juego probablemente le traería algo bueno en alguna otra cosa. Así fue, pues a la noche, sin embargo, y en el mismo lugar, tuvo mejor fortuna al bailar con una distinguida dama que no le había apartado la vista, cuando a la tarde, en la ruleta, ella se sentaba enfrente. Se trataba de una condesa inglesa de mediana edad que se encontraba en la ciudad invitada por una amiga de la alta sociedad de Madrid, en su mansión al borde de la playa de Ondarreta. Estuvieron hasta altas horas de la madrugada y aun así, habían quedado para desayunar en la terraza del Hotel María Cristina a las diez de la mañana siguiente. Cuando Mark llegó al hotel primeramente se acercó al mostrador de recepción:

—Buenos días. En la segunda quincena de junio, el señor John Dykinson tenía intención de alojarse en este hotel. Había quedado con él, pero al final no pude llegar a tiempo. Quisiera saber, si fuera posible, si finalmente se hospedó en el hotel y si saben hacia dónde se dirigía.

El empleado miró en un libro las fechas señaladas y con él se dirigió al interior. Poco después salía acompañado por otra persona que se identificó como jefe del turno de recepción.

—El señor Dykinson partió el dos de julio. Estuvieron un par de semanas disfrutando de la ciudad... Le recuerdo perfectamente, pues es una persona que dejó un grato recuerdo en el hotel.

—¿Creo que en este viaje le acompañaba su esposa?

—Así es. Él tuvo que viajar, algún día, a Bilbao por cuestión de negocios, mientras ella los aprovechó para baños en el balneario, junto a la playa. En fin, se marcharon muy satisfechos.

Justo en ese momento, la condesa inglesa, con la que había quedado para desayunar, se situaba junto a Mark en el mostrador. Aun así, este prosiguió:

—¿No sabe si regresó a Estados Unidos o si ha ido a algún otro sitio? Le he escrito pero aún no he llegado a recibir ninguna contestación.

—Lo siento señor. Solo me consta que el señor Dykinson partió en la fecha que le he comentado.

—¿Dykinson, John Dykinson, de Nueva York? —preguntó Josephine, la condesa.

—Sí —dijo Mark, mirándola sorprendido.

—Lo conozco. Bueno, era amigo de mi padre. Yo era muy joven cuando ellos hacían negocios juntos —decía ella, mientras se acercaban a una mesa de la terraza para el desayuno.

—¡Qué casualidad!

—Pues sí. El mundo es un pañuelo.

—O todos nos juntamos en los mismos sitios.

—¿Y qué tiene que ver usted con el señor Dykinson?

—Negocios. Le conocí en París junto a su esposa.

—¿Su esposa en París?

—Parece usted sorprendida.

—Ya le digo que no sé mucho, pero desde que hace años tuvo ella un accidente grave, montando a caballo creo, tenía entendido oír decir a mi padre, que había cambiado mucho, apenas salía y se mostraba, por lo general, de muy mal carácter.

—Bueno..., ha podido cambiar.

—Podría ser.

—¿Sigue su padre haciendo negocios con el señor Dykinson?

—Creo que hace tiempo que no tienen contacto. John Dykinson supo aprovechar los cimientos dejados por su progenitor, que hizo de la nada una considerable fortuna... A eso, habría que añadir la que, según tengo entendido, aportó la señora Dykinson al matrimonio...

—¿Ella también procedía de una familia rica?

—Inmensamente rica. Bastante más que él. Procede de una familia con mucha historia en los Estados Unidos, ligada al entroncamiento del ferrocarril y a la minería... Pero no me ha dicho en qué ha coincidido usted con él.

—Por mi puesto como asesor financiero coincidimos hace unos meses en París. Sin más. Bueno, a raíz de eso me ofreció trabajar para él.

—Y por lo que veo, usted no aceptó.

Mark Reber simplemente hizo un gesto de indiferencia, escudado en la taza del café que se llevó a los labios.

—Si algo he podido percibir en estas horas, es que usted es un joven demasiado seguro de sí mismo e independiente.

—¿Demasiado seguro?

—Muy seguro de sí mismo y además sabe que puede llegar a ser irresistible. Una mezcla demasiado explosiva.

—Me sobrevalora.

—¿Usted cree?

La condesa se levantó, se puso unas grandes gafas oscuras de sol, que cubrían parte de su rostro bajo el ala del sombrero, sacó del bolso una llave unida al número de una habitación del Hotel María Cristinay la dejó junto a él, al tiempo que le decía:

—A las cuatro de la tarde espéreme en esta habitación. Por cierto, no se preocupe por el desayuno, está cargado en la misma.

22

CALOR, TOROS Y SEXO

A las cuatro de la tarde el viento sur de ese bochornoso día de agosto trasladaba, del otro lado del puente, los olés multitudinarios que llegaban desde el coso taurino acompañados por los alegres sonos del pasodoble, mientras Mark Reber en mangas de una blanca camisa, apoyado en la ventana exterior de la habitación 312 del Hotel María Cristina contemplaba cómo rompía el mar que luego se adentraba por la ría, cuando unos insistentes golpes en la puerta de la habitación hicieron que volviera a la vida real.

—Con puntualidad inglesa —dijo ella.

Sin decir nada más se acercó hasta el borde de la cama de matrimonio, dejó la pámela sobre la mesilla, se soltó los corchetes del fino vestido de satén dejándolo caer a sus pies, luego le miró a él, que simplemente la observaba, y con una sonrisa dijo, mirando a sus pantalones:

—¿A qué esperas?

Josephine, la madura condesa inglesa de largos y ondulados cabellos rojizos, se tumbó sobre la cama, solo con la ligera ropa interior, se abrió de piernas y sin dejar de mirar con complacencia a Mark mientras se desvestía, comenzó a masajearse con la mano derecha bajo las finas braguitas, mientras que con la otra lo hacía con el pezón de su gran pecho izquierdo. A Mark —que con una sobrada experiencia amorosa, era un hombre refinado en el arte de amar, que siempre se había preocupado por analizar el deseo y el placer femenino hasta el punto de que su verdadero goce se producía cuando sentía que su compañera lo había alcanzado por los medios que él, tras tanto examen y observación, al cabo de los años, había comprendido era la fuente del placer de la mujer, por lo que, por consiguiente, no resultaba nada extraño, que no le faltaran amantes entre las mujeres y amigas que conocían su destreza y apasionamiento con la sensibilidad femenina—; sin embargo, la entrada tan directa y marcial, de mando castrense, al fondo de la cuestión y la enorme salacidad mostrada por la condesa inglesa de largos y ondulados cabellos rojizos, le habían dejado aturdido e incluso con el miembro, en cierto modo, entumecido. De ahí, que la madura inglesa, que se hallaba ya al borde de lo que podía aguantar, gesticulaba pidiendo a Mark celeridad con la mano izquierda, al tiempo que mostraba descubierto el pecho enrojecido, para que se acercara sin pérdida de tiempo. Visto el problema, Josephine usó sus artes para poner todo en su sitio, y luego, enloquecida, volvió a emplear sus dos manos con toda su maestría, la derecha cimbrando cada vez más acelerada, bajo la braguita ahora desplazada, por abajo y de costado, para dejar paso al miembro masculino, y la izquierda para masajear sus pechos y nalgas orondas, mientras Mark ya dentro, escuchaba en ese

momento, a través de la ventana abierta y por efecto del fuerte viento, los sonos de la trompeta que anunciaba el cambio de tercio, entre el murmullo que procedía, a lo lejos, de la plaza de toros, mezclado todo ello con los gritos jadeantes de enorme placer de la condesa inglesa que se corría, de modo que no pudo aguantarse más rociando la simiente de un moreno semental de ojos azules que la señora recibió no solo con enorme satisfacción sino que, cosas que ocurren, fue tal su alborozo que, de repente, estalló partiéndose de risa en un prolongado ataque a carcajada tendida que tardó en poder contener.

Todavía, durante esa misma tarde, vendrían más sonidos de trompeta, pasodobles, olés y jadeos, más o menos de parecida forma, aunque en posturas distintas, todas ellas a gusto o impuestas por la señora que así se quedó tan dichosa; de modo que finalmente se levantó, se duchó, se vistió, se maquilló y cuando salió del baño, todavía con cara de gran satisfacción, contempló el cuerpo de Mark Reber, tumbado sobre la cama, totalmente desnudo y adormecido. La condesa sonrió abiertamente, haciendo un gesto con la cabeza de lado a lado, sacó de su bolso una gran cartera y depositó un buen número de billetes sobre la ropa que Mark había dejado en el tocador; lo volvió a mirar y a sonreír, se colocó la pamela con el debido cuidado y finalmente, antes de irse para siempre, le lanzó un beso figurado con la mano derecha desde sus labios, aunque comprendió que el semental se hallaba profundamente dormido.

Era ya casi de noche cuando Mark Reber despertó de su letargo. Se duchó y pensó ir a dar una vuelta y cenar algo. En el fondo no sabía bien si volver a su hotel o quedarse en el que estaba, pues la habitación se hallaba pagada hasta la mañana siguiente. Fue entonces cuando paseando, a la fresca brisa marina del anochecer, a su paso por la calle Garibay, observó que la agencia de viajes Otero anunciaba disponer de billetes para el gran transatlántico que a principios del mes de septiembre recalaría en Pasajes con objeto de llevar pasajeros a Estados Unidos, Montevideo y Buenos Aires; se fue a cenar en un buen restaurante de la Parte Vieja y luego echó en suerte a qué hotel volvería para dormir. Salió el Londres y de Inglaterra, lo que le agradó pues era ahí donde tenía la ropa y su equipaje y regresó pronto para escribir una carta a Johan Middlesworth, un financiero de Nueva York que contaba con una gran consultoría de intermediación, al que había conocido en su labor al frente del Departamento de Grandes Inversiones de Societé Générale en París. Cogería, pues, el buque con destino a Estados Unidos y comenzaría una nueva vida en Nueva York.

TERCERA PARTE

NUEVA YORK, NUEVO DESTINO

El viaje por mar hasta Nueva York no fue malo. Mark Reber había aprovechado para leer toda la prensa con las noticias que llegaban del centro de Europa. Apenas cinco semanas después de haber comenzado la guerra entre Francia y Alemania, las tropas germanas se hallaban a tan solo treinta kilómetros de París y cuando parecía en Francia que todo estaba perdido, el Ejército francés al mando del general Joseph Joffre, en unas duras batallas, había logrado estabilizar el frente en el Marne. Pasarían muchos meses después, en una encarnizada guerra de trincheras, en la que el avance de unos metros significaba la muerte de miles y miles de soldados. Pronto se comenzarían a ver por las ciudades personas con el rostro desfigurado, inválidos a los que faltaban las piernas o los brazos o todos sus miembros, viudas y huérfanos por doquier. Una línea zigzagueante, de unos ochocientos kilómetros, que abarcaría desde el canal de la Mancha hasta la frontera con Suiza, en la que se mezclaban el hedor, la sangre y el lodo y donde los cuerpos mutilados de soldados desgraciados y desconocidos yacían esparcidos o amontonados sin posibilidad, tan siquiera, de ser sepultados. Las fotografías en los periódicos de los corresponsales de guerra mostraban los efectos devastadores de los últimos ingenios mortíferos. «¿Quién era el culpable de semejantes atrocidades? ¿Quién era capaz de llevar tanta miseria, muerte y desolación?», y todavía peor, «¿cómo había personas que seguían a fe ciega a semejantes líderes, que desde sus palacetes alzaban y guiaban a las masas hasta la muerte y la destrucción en nombre del patriotismo?», se preguntaba desolado Mark Reber mientras contemplaba desde el costado de estribor de la cubierta del buque cómo el vapor se abría paso con la proa surcando la mar, que tanto le apasionaba, durante los días que duró la travesía.

Estados Unidos se encontraba sumido en una recesión económica que ya duraba dos años. En Colorado, meses antes, se había producido la matanza de Ludlow, cuando la Guardia Nacional se enfrentó al Sindicato de Trabajadores de Minas que se había declarado en huelga, muriendo decenas de hombres, mujeres y niños. El sur del país había visto incrementada la depresión económica cuando su principal producto, el algodón, yacía amontonado en los puertos debido a la falta de embarcaciones que lo transportara. Los buques mercantes de los países en guerra eran utilizados para fines bélicos, mientras que los armadores del resto preferían mantenerlos amarrados a puerto seguro antes que al alcance de los submarinos.

Al poco de llegar Mark a Nueva York telefoneó a Johan Middlesworth tal como le había anunciado en su carta desde San Sebastián. En los años en Societé Générale habían colaborado

en muchas ocasiones, habían hablado muchas veces por teléfono y se habían escrito, pero nunca se habían visto en persona, aun así, siempre se habían mostrado un gran respeto pues se reconocían, recíprocamente, como grandes profesionales, de hecho su colaboración había siempre significado muchos éxitos y pingües beneficios.

Johan Middlesworth se mostró muy contento de poder hablar, nuevamente, con Mark y le invitó a que pasara por sus oficinas, luego le dijo que reservaría en un buen restaurante para comer juntos. Las oficinas ocupaban varias plantas de un moderno rascacielos en el corazón de Manhattan.

—¡Por fin nos ponemos cara! —dijo Middlesworth, levantándose acaloradamente para dar la bienvenida a Mark, cuando la secretaria abrió la puerta de su enorme despacho y este pudo contemplar una figura recortada por el trasluz, ante un gran escritorio y detrás de la misma un marco incomparable desde donde se divisaba, con todo su dinamismo, la ciudad de Nueva York.

—¿Y, resulta sorprendente? —preguntó Mark Reber.

—Te veo magnífico. Era lo que te faltaba para tenerlo todo.

—Yo también te veo muy bien.

—Ya me enteré. Hablé con tu presidente.

—Mi expresidente.

—Estaba apenado. Te tenía mucha estima... Te valoraban, pero... la guerra. También he podido hablar, recientemente, con tu amigo Jean Rohan. Te echa mucho en falta. Y, ¿cómo así por aquí?

—He pensado que era bueno cambiar de aires... y de paso, cruzar el charco. La guerra queda más lejos.

—Esperemos que sea así. Desde luego el Congreso y el presidente lo tienen claro. No hay intención alguna de entrar en un conflicto que no nos corresponde.

—En fin, esperemos que pronto termine toda esa locura.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Has pensado algo?

—Algo tendré que hacer. Nueva York es un buen lugar, en la actualidad, para nuestra profesión...

—Me encantaría que entraras a colaborar con nosotros. Desde luego, conociéndote, prefiero tenerte a mi lado que en la competencia.

—Bueno, pues hablemos de las condiciones.

—De acuerdo, si te parece vamos a un restaurante cercano a almorzar y lo hablamos. Por cierto, ¿todavía sigues en el hotel?

—Sí.

—Ya te ayudaremos para encontrar un buen apartamento...

Eran tan semejantes y tan próximas sus ideas e intenciones que no tardaron en firmar un acuerdo. Así fue cómo, a partir del día siguiente, Mark comenzaría su nueva andadura en las oficinas de Middlesworth & Company Investment de Nueva York y unos días después se instalaba en un apartamento relativamente cercano al centro de trabajo.

24

OTOÑO, 1914

El otoño daba un especial semblante a Nueva York, pensaba Mark Reber mientras paseaba por Central Park, aprovechando el día festivo, aquella mañana triste, con el cielo encapotado amenazando lluvia, del primer sábado de octubre de 1914. Realmente se podría decir que favorecía a la urbe en muchos aspectos y desde luego el color era uno de ellos o eso le parecía: pinceladas de ocres y tierra que resplandecían por la tenue luz otoñal entrecortada por las siluetas de su espectacular arquitectura. Aquella mañana Mark sintió que la gran ciudad estaba realmente muy bella y él la imaginaba plasmándola en un lienzo.

No menos tristes eran las noticias de los titulares que los periódicos anunciaban a grandes rasgos, en muchos casos voceadas por los chavales que los vendían. Todas relativas a la guerra que se manifestaba con toda su crudeza en Europa. Tras su paseo matutino Mark compró un par de diarios y se dirigió a una cafetería a desayunar, cuando la lluvia comenzó a caer con especial contundencia acompañada de tormenta. Sentado en una mesita, junto a la vidriera que daba a la calle, aprovechó para leer los periódicos mientras tomaba lo que había pedido; pero su interés estaba en otro sitio. Sacó su libreta y comenzó a leer las notas que había podido sonsacar sobre la residencia de los Dykinson. No había sido sencillo y tampoco estaba del todo seguro. A pesar de los negocios e industrias que poseía por todo el país, también en los alrededores de Nueva York, y cuya denominación en algunos de ellos giraba incluso bajo su propio apellido, mantenían con mucha discreción su residencia principal. Finalmente entre unos y otros, tirando del hilo como un sagaz detective, había logrado dar con la que parecía ser la vivienda principal del matrimonio. Se encontraba cerca de las playas de Long Island, en los Hamptons y más concretamente en East Hampton.

Desde la cafetería fue andando por la Quinta Avenida hasta una central de teléfonos donde solicitó una guía. En los alrededores de la residencia de los Dykinson se anunciaban distintos hoteles así que eligió uno al azar o más bien motivado por el dibujo de la fachada del pequeño edificio que mostraba el anuncio. Llamó y reservó habitación para la noche. Tenía una buena combinación de autobuses para ir hasta allí desde Manhattan pero se decidió por alquilar un automóvil. Antes de partir se acercó a su apartamento a coger la ropa necesaria para ese fin de semana y un cuadro que había pintado y que conservaba envuelto para ese momento con el fin de ofrecérselo al matrimonio como presente.

Cuando llegó al pequeño hotel el cielo comenzaba a escarpar apareciendo claros entre grandes cúmulos algodonosos, si bien a esa hora la luz se iba extinguiendo con rapidez. Nada

más entrar creyó haber acertado. Su estilo bucólico y ambiente bohemio resultaba muy agradable. Al ver la habitación confirmó su acierto. Aunque pequeña era bonita y acogedora. Había tenido suerte pues la había conseguido por una anulación de última hora, precisamente por un matrimonio de Manhattan que iba todos los fines de semana, incluso en invierno. Ese día habían llamado para anular por algo que había sucedido. El resto del hotel se hallaba totalmente completo. También otros a su alrededor como luego pudo darse cuenta. Tras dejar su escaso equipaje salió a dar una vuelta y a cenar a un restaurante en la calle principal. Era una zona realmente atractiva como ya se lo había confirmado Johan Middlesworth.

25

LA SEÑORA DYKINSON

En la mañana del domingo se levantó temprano y tras desayunar preguntó al propietario y gerente del hotel por la casa de los Dykinson. Este se excusó. No lo sabía, pero le preguntó a su mujer:

—Sí, está cerca de aquí —dijo ella al tiempo que salía con Mark afuera para indicarle mejor—. Debe seguir todo recto por la carretera hacia Napeague; a unas cuatro millas verá una pequeña iglesia y un camino que se desplaza a su izquierda, siguiendo por él la verá. Es una enorme mansión a lo alto de la pequeña colina.

El día sombrío mostraba suavemente una exuberante naturaleza. Inmensas moradas aparecían agazapadas tras árboles centenarios entre el mar y grandes plantaciones de patatas a través de la ruta que unía antiguos pueblos balleneros del siglo XVIII con casas de madera gris y techos blancos a dos aguas al estilo de Nueva Inglaterra.

La mansión de los Dykinson, rodeada de muchos acres de terreno, resultaba impresionante. En ese momento a Mark le vinieron a la cabeza los recuerdos de algunas de las mejores que había visto en los años que había vivido en Gran Bretaña. Un vallado de madera delimitaba todo su perímetro por el que grandes arboledas encubrían desde fuera la intimidad de su interior. Cuando se acercó con el coche hasta la verja de la entrada pudo contemplar mejor unos descomunales jardines que, en ese momento, varios hombres mantenían con cuidado y a cierta distancia, delante del pórtico de la fachada del edificio principal, una vistosa estatua representaba a un ángel que tocando un arpa se bañaba bajo el agua que brotaba en forma de cono invertido de una suntuosa fuente. A un costado, a media altura, pudo ver a una persona dando cuerda a un par de hermosos caballos, uno blanco y otro negro, frente al edificio de las caballerizas y más cerca, un cobertizo, a buen seguro, daba refugio al empleado que hacía guardia frente a la verja y en el que desde una pequeña ventana, le pareció ver a Mark, una silueta le estaba observando. Tocó una gran campana situada junto a la verja corrediza y al poco se acercó el guardián de la ventana portando una escopeta en bandolera.

—¿Qué desea?

—Me llamo Mark Reber y vengo a visitar al señor y la señora Dykinson.

El hombre de aspecto rudo y tosco le observaba con recelo.

—El señor no está.

—¿Y la señora?

El guardián le miró de arriba a abajo.

—¿Ha avisado de su llegada a la señora?

—No. Era una sorpresa. Hace poco que llegué de Europa.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Mark Reber.

—Espere un poco. Voy a comentárselo al mayordomo.

El hombre de la escopeta fue sin prisa hacia el cobertizo donde Mark supuso se pondría en contacto por algún medio con su jefe. Fueron cerca de diez minutos que a cualquier persona le hubieran parecido una descortesía, sin embargo Mark aguantó aun impaciente. Cuando el guardia apareció de nuevo se dispuso a abrir la verja sin mediar palabra.

—Traigo un presente para la señora —dijo Mark señalando el coche.

—Puede meter el vehículo y dejarlo ahí, junto a la garita.

Una vez hecho esto Mark tuvo que esperar la llegada de un empleado con aspecto de vaquero del Lejano Oeste que conducía un bonito carruaje tirado por dos percherones, el cual le llevó hasta el pórtico de la entrada del edificio principal. Allí el mayordomo salió a su encuentro y lo acompañó hasta un gran salón de madera preciosa con una gran chimenea y fantásticos cuadros de cacerías llenando sus paredes. Mark miró con rapidez a su alrededor con el fin de ver si descubriría alguna de las pinturas adquiridas en la galería de París, pero no había nada parecido. Precisamente se hallaba abstraído contemplando uno de los cuadros cuando escuchó la voz serena de una dama que procedía desde atrás.

—¿Y bien? Aquí me tiene.

Mark Reber abrió los ojos con estupor. Una señora rondando los setenta años, que aún conservaba los rasgos de una belleza marchita, muy preparada, con el pelo claro recogido, se hallaba sentada en una silla de ruedas empujada por una sirvienta.

—Hace unos meses, en París —dijo Mark con cierta dificultad— conocí al señor y la señora Dykinson. John y Evelyn, concretamente... Está claro que ha habido una confusión...

—Yo soy la señora Dykinson. Carol Dykinson. Stewart, de soltera. Y John Dykinson sigue siendo mi marido, aunque por supuesto no ejerza como tal, ni nos veamos desde hace más de veinte años. Nuestras relaciones se efectúan a través de nuestros abogados y se basan en el único propósito del mantenimiento de nuestro emporio industrial, al cincuenta por ciento, para lo cual mantengo un importante equipo de gestores controlando todos los negocios compartidos con mi marido... Pero señor...

—Reber, Mark Reber.

—Ya que ha venido y le he atendido al menos siéntese para compartir una taza de té o café.

—Café. Gracias.

La señora dijo que también tomaría lo mismo e hizo un leve gesto con la cabeza hacia su sirvienta que enseguida comprendió su intención conduciéndola hasta una mesa baja, luego salió a traer lo solicitado mientras aquella hacía otro gesto al joven visitante para que se sentara frente a ella.

—Como comprenderá me siento consternado. No me esperaba esto —dijo Mark, que aún se encontraba perplejo—. Se mostraban en todo momento como un verdadero matrimonio, públicamente, ante personalidades... Veo que a usted no le sorprende.

Carol Dykinson movió la cabeza sonriendo. Era la primera vez que lo hacía. Hasta entonces

su rictus mostraba el semblante de una persona a la que el paso del tiempo la había desengañado, o tal vez lo hubieran sido las personas con las que había compartido su vida, obteniendo las razones para sentirse frustrada. Su rostro, que aún conservaba las líneas suaves y delicadas de otrora, había dado paso al rigor de la dureza de una existencia en la que aun teniéndolo todo no disfrutaba de nada y para quien la vida solo consistía en un riguroso compromiso.

—Hace mucho tiempo que nada me puede sorprender.

—¿Pero usted lo sabe, lo consiente?

—Llámelo como quiera. Sencillamente me da igual lo que haga John Dykinson con su vida. Hace mucho que no me interesa.

—¿Y cómo no se han divorciado?

—La ruptura matrimonial hubiera supuesto la ruptura patrimonial en la que no solo hubiéramos perdido, y mucho, los dos sino los miles de empleados de nuestras empresas. Sencillamente nuestros abogados redactaron un convenio con cláusulas millonarias para mantener el control del patrimonio. El matrimonio, a efectos formales, seguía constante, si bien cada uno haría su vida.

—¿No tuvieron hijos?

La pregunta volvió a enfriar el rostro de la señora con toda su crudeza. Se llevó el borde de la mano derecha a la comisura de los labios y tras un silencio contestó.

—Tuvimos uno.

Mark Reber la miró esperando saber algo más.

—... Pero murió, cuando tenía dieciséis años... y toda una vida por delante.

—Lo siento.

La sirvienta entró, dejó la cafetera con el café humeante sobre la mesa, un recipiente a juego con leche y una bandeja de la misma porcelana con pastas recién horneadas. La señora le dijo que podía retirarse, pero antes la empleada colocó junto a ella una campanilla para cuando hiciera falta llamarla.

—O sea que conoció a mi marido y a su manceba... o su nueva manceba, en París.

—Así es. Dirigía un departamento de inversiones en una entidad financiera. Intervine en alguna operación para él y luego me invitó a una fiesta que dio en el Hotel Ritz de París donde conocí a... ella. Lo que no entiendo es cómo... esa mujer... se aviene a ese juego representando lo que no es.

—Yo sí lo entiendo —dijo la señora Dykinson antes de llevarse la tacita de café a la boca—. John es un presumido. Siempre ha querido ser el número uno y ganar en todo, como sea. No solo quiere tener los mejores caballos y coches, también las mejores mujeres, cada vez más jóvenes. Cuando alguna llega al cetro, obtiene el título entre comillas que le otorga... Claro que este tiene un tiempo limitado... Hasta que aparece la siguiente que le quita el reinado a la anterior. Estoy al corriente ¿sabe? Al principio seguía sus correrías luego me importaron un carajo. Ahora me aburren.

La contestación no convenció a Mark Reber que balanceó la cabeza. Luego apuntó:

—Quizás lo pueda comprender en él, pero no comprendo cómo una mujer inteligente puede avenirse a ese juego engañoso.

—¡Ja! Veo que usted no ha pasado dificultades en su vida. A veces es muy dura e injusta, ¿sabe? De repente entra una estrella en su existencia que le ofrece el paraíso y su sueño se hace

realidad. De una vida rutinaria pasa a ser el hada madrina convirtiéndose en el centro para el que trabajan un montón de personas en darle lo que desea... Tengo entendido que esta mujer trabajaba, como simple administrativa, en una de las empresas.

—Luego están los sentimientos... claro...

—¡Qué sentimientos ni qué puñetas! Estos se fabrican con todo lo que le he comentado.

Tras el café Mark se levantó, le agradeció a la señora Dykinson el tiempo que le había dedicado y se acercó a coger el cuadro envuelto que había dejado en el suelo junto a la chimenea.

—Me gustaría que aceptara este presente. Al fin y al cabo lo traía para quien creía que era la señora Dykinson. En mis ratos de ocio pinto. Espero le guste.

La mujer lo recibió con cortesía, luego llamó con la campanilla presentándose de inmediato la sirvienta a quién pidió llamara al mayordomo para que acompañaran al señor Reber.

—¿Sabe? —dijo ella dirigiéndose hacia Mark que había vuelto a mirar el cuadro que le había abstraído a su llegada—, creo que su visita inesperada traía algún sentimiento más, quizás algo que oprime su corazón desde París.

Él se volvió sobre sí, despacio, pensativo, y miró a la señora de fina figura rota por las arrugas del paso de un tiempo vivido con excesiva severidad que lo observaba imperturbable.

—¿Usted cree?

El mayordomo hizo un gesto para que Mark Reber le acompañara y este hizo otro de despedida para la mujer que le miraba postrada desde su silla de ruedas, pero justo antes de atravesar el dintel de la puerta se volvió a detener para escuchar sus últimas palabras:

—Tenga cuidado. A John Dykinson no le gusta perder nunca.

26

LA SALA 40

Londres. 30 de noviembre de 1914.

Cuando a las 6 de la mañana sonó el despertador, George Stone apartó de un brusco tirón la sábana que lo cubría, se sentó sobre el lateral de la cama, paró la alarma, se puso las gafas y fue, arrastrando los pies, hasta la cocina donde puso a hervir el agua para calentar el té y unas tostadas con el pan que había reservado para ello el día anterior. Luego se afeitó, hizo sus necesidades, se duchó muy rápidamente con agua templada que poco a poco dejaba fría y finalmente se vistió, cogió el paraguas y salió a la calle. Todo ello en veintiún minutos exactos. Ni más ni menos. Como todos los días y en el mismo orden. Sin embargo, esa mañana iba a ser especial.

Aún tendría que coger un autobús y luego el metro para llegar a Old Building, la sede del Almirantazgo. Al menos, por un tiempo, dejaría de asistir al Departamento de Matemáticas de la Universidad de Oxford donde tras su brillante licenciatura el año anterior, iba a seguir investigando e impartiendo algunas clases. Tampoco tendría que ir al frente. Su asistencia a reuniones de fin de semana entre aficionados a la criptología le había proporcionado conocer a Alfred Ewing, director de Educación Naval, quien le había hecho llamar a través de su jefe en el departamento de la universidad para que se presentara en su despacho. Le habían asignado a una operación secreta de la que solo el propio primer *lord* del Almirantazgo, Winston Churchill, y unos pocos más, conocían su existencia. La llamada Sala 40. Y ahora, mientras se dirigía a su nueva ocupación en el autobús, resonaban en su cabeza las palabras de Ewing por las que habían pensado en él: «Su brillante expediente como matemático, su conocimiento de la lengua alemana, su pasión por la criptología y sobre todo, su discreción». «Lo que vea y escuche deberá borrarlo de su mente en cuanto se registre en su libro correspondiente y desde luego, nadie habrá de conocer su misión. Una vez salga de la sala aquello no existirá», le había advertido. El amor por su patria lo daban por hecho. En cuanto al secretismo de la operación tampoco habría de ser un problema. Era un joven de pocas palabras, disciplinado, soltero, sin compromiso. Había vivido hasta la semana anterior en los alrededores de la universidad y ahora se había mudado a un pequeño apartamento en el extrarradio de Londres. Sus padres y hermana menor vivían en una granja al norte de Inglaterra. Y aunque muy reservado y tímido tampoco resultaba huraño. El haber comenzado a impartir algunas clases, además, le había hecho esforzarse en ser más comunicativo, pues las palabras no eran su fuerte.

En un pasillo de la primera planta del edificio se hallaba la Sala 40, casi escondida pero cerca del despacho del primer *lord* del Mar, cargo al que acababa de regresar el almirante de flota, un cinco estrellas de la armada, *sir* John Fisher, quien había ocupado ese puesto también desde 1904 hasta 1910. Una señora con el pelo blanco recogido en rodete, que se identificó ante George Stone como *lady* Bogar, encargada de la secretaría de la Sala 40, se ocupó de mostrarle la operativa que ya le había anticipado, aunque a grandes rasgos, el señor Ewing, donde un grupo de personas colaboraban.

—Aquí recibimos, diariamente, cientos de mensajes cifrados interceptados a los alemanes por nuestras emisoras de radio. Luego son enviados por telégrafo y recibidos en el sótano donde se introducen en unos botes, los cuales por unos tubos al vacío acaban en esta sala.

Los tubos eran desprendidos sobre unas bandejas metálicas y caían sin parar produciendo un constante y molesto repiqueteo.

—Al final te acostumbras a la *musiquilla* —dijo la señora con un gesto que George Stone no supo distinguir si era irónico—. Por la noche me despierto con el zumbido de esa *campanilla* y mi marido comienza a preocuparse —añadió con una picarona sonrisa.

Unos militares lisiados por la guerra eran los llamados *tuberos* que sacaban los mensajes y los pasaban a los descodificadores.

—Y así las veinticuatro horas, por turnos. Algunos ni salen de la sala. Duermen en esas habitaciones —continuó, señalando unas oficinas cerradas con cristal opaco—, o en el sótano, entre los ratones. —El joven matemático confuso, acostumbrado a la exactitud de las cosas y por ende también de las palabras, volvió a no saber si era tal la realidad o nuevamente producto de la ironía de la dama de pelo blanco.

Conforme recorrían la misteriosa y desconocida Sala 40, George saludaba a sus nuevos compañeros hasta que, finalmente, *lady* Bogar tocó con los nudillos en el acceso de una oficina similar a las que eran aprovechadas para el descanso. Tras oír una voz seca del interior que decía «¡adelante!», la señora se asomó a través de la entreabierta puerta de grueso cristal granulado verdoso.

—Es el señor George Stone.

—¡Ah! Sí. Que pase.

El comedor Herbert Hope se levantó para estrechar la mano de Stone.

—Lo esperaba. Siéntese, por favor... Bueno, el señor Ewing ya le ha contado más o menos en qué consiste su misión.

Stone hizo un gesto del que se deducía que esperaba conocer algo más.

—No se preocupe. No se crea que es el novato de la sala. Lo somos todos. Todos somos nuevos aquí. Hasta hace poco un pequeño grupito trabajaba en el propio despacho de Ewing, a escondidas, mientras continuaban con sus quehaceres cotidianos. Mucho esfuerzo pero en general baldío. Sin embargo de un mes aquí una mano providencial ha dado luz a la génesis de esta operación. Han sido distintas acciones.

Hope miró a Stone que le atendía con interés. Se levantó, encendió un cigarro puro y se acercó a una pizarra. Luego prosiguió:

—Como usted debe saber, los frentes terrestres están provocando mucho sufrimiento sin ningún avance. Sin embargo, nos preocupa el dominio en el mar. Necesario para el suministro de mercancías, alimentos y armamento, entre otras cosas. Tenemos la Armada más poderosa, de la

que debemos sentirnos orgullosos, pero los alemanes están empezando a utilizar, sin ningún tipo de miramiento, los submarinos, a los que hasta hace poco apenas dábamos importancia alguna... Tal como estaba previsto, al comienzo de la guerra cortamos los cables transatlánticos de los alemanes, por consiguiente ahora para comunicarse o emplean los de otros países o la radio. Esto es lo que están haciendo. Nuestras estaciones interceptan sus mensajes codificados y nuestra misión es descodificarlos. ¿Me entiende?

—Perfectamente señor, pero ¿conocemos las claves, la cifra... algo?

—Esa es la mano providencial de la que le hablaba. Recientemente los rusos nos han entregado una copia del código alemán de la Marina, SKM por sus iniciales en alemán. —Hope mostró un grueso tomo de casi 40 centímetros por cada lado y 15 de grosor, que se notaba había pasado por duras condiciones, titulado *Signalbusch der Kaiserlichen Marine*—. Era del *Magderburg*, un destructor alemán que acompañado de otros, tras una densa niebla, quedó varado el pasado mes de agosto en la costa de Estonia controlada por los rusos. Al parecer la tripulación iba a pasar a los otros barcos de guerra alemanes, sin embargo al ser divisados por los rusos estos les atacaron. Los alemanes pusieron una carga para dinamitar el buque pero falló. Los rusos se apropiaron de tres copias. Una es esta. Por otro lado, la Armada australiana, el mes pasado, confiscó el libro HVB de claves alemán al vapor *Hobart* y hace unos minutos acaban de comunicarme que se ha logrado recuperar la caja de seguridad del destructor germano hundido, *S-119*, en la que se encontraba el *Verkehrsbuch* (VB), libro de códigos que utilizan las embajadas y los barcos de guerra alemanes. —Hizo una pausa, pensativo, y bajó la voz para continuar gozoso—: Habíamos enviado disimuladamente, en su búsqueda, a un pesquero arrastrero a la zona. Teníamos todavía alguna confianza en que se pudiera dar con ella.

Hope se acomodó, balanceando para atrás el respaldo de su sillón, mirando hacia el techo, al tiempo que una humareda gris salía de su boca hacia lo alto en señal de satisfacción. Tras esa pausa en silencio prosiguió:

—Creo que ahora los tenemos. Por eso la labor de esta sala es tremendamente importante.

Hope sacó del cajón superior de su escritorio una carpeta de donde extrajo un pliego. Se trataba de una directriz manuscrita del primer *lord* Churchill que puso delante de Stone para que la leyera. En ella indicaba que la misión principal de la Sala 40 era «penetrar en la mente alemana». Luego continuó diciendo:

—Cualquier cosa, por insignificante que parezca, puede tener un sentido fundamental. Vea.

Herbert Hope abrió la puerta de su despacho y desde allí le señaló un gran mapa donde aparecían los mares y océanos representados a modo de cuadrícula que las cartas alemanas, también obtenidas, dividían en cuadrados numerados. Volvió a cerrar la puerta y a sentarse antes de continuar:

—Vamos a conocer la posición de cada buque y submarino alemán con gran precisión y sabremos con antelación los movimientos y objetivos que persiguen. Hemos empezado a conocer cada nave en función de la personalidad de su capitán, sus formas de actuar, y acabamos de comenzar... —Hizo una pausa, expulsó el humo de una bocanada y luego prosiguió—. Solo hay un problema.

Hope levantó la cabeza mirando directamente a Stone.

—¿Cuál? —preguntó este.

—No siempre podremos utilizar la información. —El joven matemático abrió los ojos, pero antes de que su jefe continuara, había intuido el motivo—. Los alemanes no pueden conocer este

secreto. Si respondemos o actuamos en cada caso, nos delataremos.

Stone movió la cabeza en sentido afirmativo con el aspecto serio que daba su rostro claro recortado por la gruesa pasta de unas gafas oscuras como su cabello y Hope concluyó:

—Por eso esta sala es, y debe seguir siéndolo, absolutamente secreta... incluso entre nuestra gente. —El comodoro se detuvo mirando directamente a los ojos de Stone. Unos segundos en silencio, manteniendo fijamente la mirada, hicieron que este entendiera su sentido interrogativo.

—Lo comprendo, señor.

Apenas unas pocas personas accederían a los mensajes descodificados: el primer *lord* del Almirantazgo Winston Churchill, el almirante Jacky Fisher, que volvía al Almirantazgo como número dos o primer *lord* del Mar, Henry Francis Oliver, jefe del Estado Mayor del Almirantazgo y el capitán William Reginald Hall, director de Inteligencia Naval. El temor excesivo de desvelar el misterio de la Sala 40 hacía que ni tan siquiera John Jellicoe, comandante en jefe de la flota británica, ni el Alto Mando, tuvieran acceso a los mensajes interceptados a pesar de que fueran de gran interés para sus decisiones.

LA FIESTA DEL CLUB DE ECONOMÍA

Había llegado el solsticio y por tanto el invierno se había echado sin miramientos sobre Nueva York. Los campos de batalla se habían extendido por gran parte del planeta y eran muchos los imperios, reinos y naciones implicadas sin que se vieran visos de contención, mas todo lo contrario, el fuego encontraba a cada paso el material que lo avivaba extendiendo con acritud la llama del odio y la venganza y los muertos se acrecentaban por millares cada día. El júbilo popular inicial se iba con ello, sin embargo, apagando al perder las familias a sus seres queridos o recibirlos inválidos. El, en un principio, camino triunfal de los movilizados hacia el frente se había convertido en un escalofriante calvario cuyo destino a las trincheras resultaba desde el primer momento traumatizante, zanjas bajo tierra donde los soldados malvivían al son de bombas y metralla con continuos movimientos adelante y atrás, pero verdaderamente sin avances en ningún sentido, y donde los hombres mutilados quedaban sepultados bajo el lodo y el hedor de la miseria, en un amasijo de cuerpos que ni tan siquiera podían ser recuperados.

Entre los ecos de la desesperada confrontación y las trágicas noticias que llegaban a través de la prensa y en ocasiones de familiares o amistades que vivían en zonas de guerra, la gente en Nueva York se afanaba a sus quehaceres protegida por la neutralidad del país pero en vilo ya que, en cualquier momento, se podía producir una entrada en el conflicto armado. Los días para Mark Reber, aunque en medio de resultados profesionales realmente satisfactorios, transcurrían en la efervescente evasión de una época en la que una juventud neoyorquina privilegiada vivía el presente entre la ilusión por la esperanza de un futuro mejor y la alienación por los hechos que acontecían alrededor, configurando artificiales alegrías inmersas en un estado de vaga melancolía y, en su caso además, por el sentimiento de una nostalgia hacia aquellos seres queridos y lugares a los que no sabía si volvería a ver jamás. En cuanto a Evelyn el paso del tiempo y las revelaciones de Carol Dykinson habían hecho que apenas fuera un leve recuerdo sin especial trascendencia.

Las fiestas, quizás por todo ello, no dejaban de producirse, por un lado como medidas evasivas y por otro, precisamente, como formas de unir colectividades de personas en momentos en el que la especial sensibilidad afloraba los sentimientos y el compartir las emociones resultaba muy gratificante. Mark Reber auspiciado por Johan Middlesworth y otros compañeros del despacho se había ido introduciendo en determinados círculos económicos y sociales sin que le hubieran faltado, en esos meses, ligeros momentos de escaqueo amoroso. Sin embargo, cuál iba a ser su sorpresa cuando en una de esas fiestas, patrocinada por el Club de Economía Innovadora

de Nueva York al que asistían importantes miembros de la sociedad americana se encontraría de bruces con John Dykinson. Estaba hablando de pie con un pequeño grupo de personalidades del mundo de las finanzas, todos ellos con esmoquin y pajarita, mientras sostenían delicadas copas de champán entre sus manos que los atentos camareros se ocupaban de mantener a nivel.

—Señor Reber. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo usted por aquí?

Dykinson se había adelantado un par de pasos de su grupo al encuentro de Mark Reber que se cruzaba en ese momento.

—¡Vaya! Pues sí, no deja de ser una casualidad que nos volvamos a ver.

—Bueno, es usted el inesperado, yo ahora estoy en mi país y en mi ciudad. Aunque realmente sabiendo que usted es inteligente no me extraña que haya preferido usar su tiempo lejos de la guerra. ¡Ha hecho bien! ¿Cómo así? Cuénteme.

—Estoy seguro que ya sabe lo que ocurrió con mi situación en el banco.

—Lo sé. Pero nadie conocía su trayectoria posterior. Incluso —mintió— pregunté a su amigo Jean Rohan, pero al parecer no quiso ser indiscreto. En cualquier caso París, ahora, no es ni mucho menos lo que era... Esos ingenuos años de la que comienzan a llamar con anhelo *belle époque* —dijo conteniendo el aliento, suspirando—. En la actualidad la tristeza y el sufrimiento embargan la ciudad.

—Pero a usted le venía bien para el negocio.

—En efecto. Los negocios son los negocios. Si no crecen se mueren. Pero aún no me ha contado qué hace usted por aquí.

—Sigo en lo mío. Comprar y vender. Ya sabe.

—Claro que lo sé. Nunca olvidaré su destreza. No saben bien en ese banco lo que perdieron con su marcha... bueno lo saben, pero...

—Es ya tiempo pasado. Me centro en el presente.

—¿Y dónde está ahora? Me interesa mucho saberlo. Creo que es la única persona que ha rechazado una oferta mía... y desde luego no escatimé en la propuesta. —Su rostro devino, por vez primera, serio, esperando la respuesta de Mark Reber, quien ante tanta insistencia tuvo que revelar su situación.

—Trabajo como asociado de Johan Middlesworth...

—Middlesworth & Company Investment... *Ummh*, he oído hablar de ellos.

Fueron unos breves segundos de silencio en los que Dykinson intentaba recordar cualquier relación con la marca de la consultoría financiera mencionada cuando abruptamente cortó el pensamiento levantando el brazo hasta que Evelyn se percató.

—¡Querida, mira a quién tenemos aquí!

Una sutil sonrisa iluminó el rostro sereno y dulce de Evelyn pretendiendo enmascarar la enorme conmoción causada.

—Señor Reber, qué sorpresa —dijo al tiempo que, tímidamente, alargaba la mano que él recogía con galantería.

—El mundo es un pañuelo —contestó Mark mirando directamente a los ojos de ella.

La mano cogida por la suya, la cercanía de su presencia hasta el punto de sentir la fragancia de su perfume, de nuevo esa sonrisa, la belleza de su candorosa mirada, le volvían a hacer emerger sentimientos que había intentado olvidar.

—Señor Reber —cortó John Dykinson—, vamos a patrocinar una gala benéfica en el club

náutico de Nueva York, del que soy socio desde hace muchos años, la víspera de fin de año. Me gustaría que asistiera. Le enviaré un par de invitaciones a su nombre a la oficina de su consultoría. La verdad es que tanto Evelyn como yo nos quedamos apenados por nuestra rápida salida de París, sin tan siquiera podernos despedir, pero ya sabe cómo son estas cosas... En fin, contamos con usted en la gala.

28

NAVIDAD EN EL U-20

Y la Navidad de 1914 llegó a Nueva York. La ciudad se vestía adornada, coqueta y gozosa, engalanada con el ornato propio de esas fechas, dejando ese sabor especial en el que la gente salía a las calles abarrotadas con alegría y en múltiples rincones, Santa Claus hacía las delicias de los más pequeños que soñaban con sus regalos. Los mayores, en medio de los ecos de los cañones de la guerra que recibían a través de las noticias, ante todo pedían paz.

Lejos de allí, en ese mismo momento, surcando el mar del Norte, Walther Schwieger al mando del submarino alemán *Unterseeboot-20 (U-20)* del que era su capitán desde principios del mes de diciembre oteaba, con la debida cautela, los 360 grados de su horizonte visual a través del periscopio.

La vida, también la guerra, en un submarino era diferente a todo lo demás. El aire en su interior creaba un hedor insoportable. Una dotación de casi cuarenta hombres con todos sus pertrechos y avituallamiento viviendo en un espacio tan reducido con una sola letrina, sin que pudiera usarse la bomba de agua cuando el buque se hallaba sumergido, sin posibilidad de asearse, provocaba una molesta atmósfera que mezclada con el aroma de las comidas, el persistente olor a gasoil y las emisiones de oxígeno filtrado por compuestos de potasio la hacía insufrible. La temperatura en su interior ascendía con facilidad a 38 grados centígrados y con el contraste de las frías aguas de su exterior provocaba una terrible humedad por la condensación que hacía sudar de forma permanente y mantener mojadas todas las prendas existentes en su interior. Ascender, por tanto, a la superficie y poder respirar el aire fresco era siempre algo tremendamente reconfortante.

El *U-20* tenía 65 metros de eslora, 6 de manga y 8 de altura, pero la tripulación se hacinaba en un pequeño espacio central donde se encontraban las literas, la cocina, el comedor, la sala de control, la del operador de radio, dos motores eléctricos de 600 caballos con las grandes baterías que necesitaban y los de diésel de 850 caballos que utilizaban unos depósitos de 76 toneladas; todo ello además del espacio para 250 proyectiles del cañón de cubierta y el almacén para operar los 7 torpedos que se colocaban en los dos tubos de lanzamiento a proa y en los dos de popa. Su velocidad de crucero, en superficie, con los motores diésel era de 8 nudos, si bien era capaz de alcanzar los 15. Sumergido, con los eléctricos, la velocidad máxima posible era de 9 nudos, aunque lo normal es que lo hiciera a la mitad. Así pues, salvo por razones de ataque, evitar que los divisaran o por muy mal tiempo siempre procuraban navegar por superficie.

Los submarinos eran seguidos y especialmente controlados desde la secreta Sala 40, en

Londres. Cada submarino tenía el carácter que le atribuía su capitán, el cual era calificado por el servicio secreto británico en función de sus mensajes y acciones. Curiosamente, a George Stone, desde el primer momento le había llamado la atención, de una forma muy especial, la actitud del capitán del *U-20*.

Una vez fuera del alcance que permitía la radio, las decisiones del capitán del submarino eran absolutas. Era la única persona que disponía del *ojo* exterior del buque o periscopio. De esta manera había submarinos catalogados como atrevidos, otros lo eran como caballerosos o perezosos y así hasta una extensa retahíla de adjetivos más. El *U-20* tras la llegada de Schwieger al mando fue calificado como cruel.

Walther Schwieger acababa de cumplir 32 años pero era considerado uno de los más expertos comandantes de submarinos de la Armada alemana. Apuesto, alto y de figura proporcionada con claros ojos azules que eran capaces de transmitir tanto frialdad como buen humor. Con él, el submarino siempre contaba, al menos, con un perro de raza *dachshund*, también llamada *teckel* o perro salchicha. Llegó a tener hasta seis, cuatro de ellos cachorros, pues su querido macho *Petrus*, siempre a sus pies, pronto tendría pareja, *María*, fruto del ataque a un buque portugués, el *María de Molenos*. Esa vez Schwieger había permitido a la tripulación del barco atacado, siguiendo las normas del mar en conflictos bélicos, que se alejaran antes de ordenar a sus hombres encargados de los cañones del submarino que destruyeran el mercante portugués, — siempre que podía utilizaba los cañones de superficie, reservando los torpedos para los buques enemigos de mayor importancia y lo que más se valoraba, a efectos de méritos, era el tonelaje bruto hundido—. El barco tardó muy poco en desaparecer para siempre bajo las frías aguas del océano. Los pertrechos, maderas y demás objetos flotaban alrededor del contorno del pozo provocado por la succión del mercante hundido.

—Allí, señor —gritó un marinero de barba pelirroja y ojos rasgados que solía tocar el acordeón haciendo las delicias de la tripulación, indicando algo que se movía en el agua.

Una vaca se esforzaba en mantenerse a flote y cerca de ella sobre un tronco astillado una negra perrita *dachshund* con aspecto triste miraba sobresaltada a su alrededor. El capitán ordenó recogerla. La llamó *María* por el buque que acababa de hundir. Pronto sería la madre de cuatro cachorros que Schwieger repartiría a otras dotaciones.

Tampoco dudaba Schwieger, si era preciso para sus intereses, en saquear barcos de pesca u otros o de enviar una patrulla a tierra para hacerse con algún manjar, y eso venía a ocurrir siempre que necesitaban algo para hacer mejor la vida dentro del submarino y desde luego, que fuera posible llevarlo a cabo. En una ocasión habían obtenido un tonel de mantequilla pero el cocinero de a bordo no tenía nada especial para utilizarla, así que Schwieger se dirigió hasta una pareja de pesqueros que faenaban por la zona en la que transitaban. En cuanto los pescadores vieron acercarse al submarino alemán se asustaron pensando que habían llegado al final de su vida, sin embargo se aliviaron cuando les dijeron que solo querían el succulento pescado que habían capturado. No correrían la misma suerte, días después patrullando por la costa francesa, tres grandes vapores. Schwieger ordenó que los hundieran. Posteriormente, en esa cruel escalada, un gran buque blanco luciendo considerables distintivos de la Cruz Roja se salvaría por muy poco del salvaje disparo mortal de un torpedo del *U-20*. Se trataba del barco hospital *Asturias*.

No obstante para su tripulación Walther Schwieger era una persona adorable que hacía la dura vida en torno a un submarino más amable y llevadera. Era querido y respetado por todos y siempre procuraba tratar a sus hombres de manera que se sintieran de la mejor manera posible.

En la Nochebuena de 1914 el *U-20* había salido a patrullar por el golfo de Heligoland. Son esa clase de días en los que la nostalgia y el pesimismo hacen mella en la gente alejada de sus hogares, en medio de la nada del mar y en plena guerra. Eran las primeras navidades de la misma. A la mañana siguiente, 25 de diciembre, se encontraban en superficie. El aire era frío, helador, y el cielo se hallaba totalmente brillante y despejado, de modo que los vigías eran capaces de ver la humareda de las chimeneas de cualquier vapor a 16 millas náuticas de distancia. Sin embargo no avistaban nada, era un día señalado, muy tranquilo. Schwieger escribía en el libro de bitácora en su camarote, mientras sobre sus pies dormía hilarante *Petrus*, al son de acompasadas aspiraciones que eran apreciadas por su amo. Esa noche Schwieger ordenó sumergirse en un fondo de arena, a veinte metros. Era algo normal para los submarinos en el mar del Norte. Allí se sentían seguros donde, por aquel entonces, no podían ser descubiertos ni embestidos por los barcos de guerra enemigos.

—Ahora celebremos la Navidad —dijo el capitán.

Los marineros alborozados desplegaron sendas guirnaldas y colocaron cabos por encima y alrededor del comedor decorados con postales, dibujos y *christmas* hechos a mano con motivos navideños. A diferencia del resto de días los oficiales junto con el capitán se unieron para la cena al resto de la tripulación, 36 hombres en total. Schwieger se levantó solemne ante sus hombres y pronunció un emotivo discurso que a su término fue muy ovacionado. Nada importó que la comida fuera enlatada. Lo más importante era que había ron suficiente. Los brindis no tardaron en llegar, tampoco la música que el hombre barbitaheño de ojos rasgados ofrecía con su acordeón al compás de la mandolina y del violín de otros músicos coincidentes en la dotación del *U-20*. Luego llegarían los cánticos, incluso los bailes de algunos hombres que subidos a la mesa danzaban con frenesí al son de las risas, de las palmas y del jolgorio de la tripulación.

LA GALA DEL CLUB DE YATES DE NUEVA YORK

El magnífico edificio del Club de Yates de Nueva York (NYYC, por sus siglas en inglés) de la calle 44 oeste, en pleno corazón de Manhattan, abría las puertas a sus miembros y exclusivos invitados, todos de rigurosa etiqueta, al tiempo que el comodoro del club saludaba a los ilustres asistentes para la gala benéfica a favor de los huérfanos de la Marina estadounidense. El edificio de estilo *beaux-arts* se había inaugurado en 1901 como sede social tras ser donado por el entonces comodoro J.P. Morgan con el fin de que acogiera la misma, si bien la fundación de la sociedad se remontaba al año 1844 cuando John Cox Stevens y otros ocho amigos, todos ellos llevando agua de mar en sus venas, reunidos en su barco *Gimcrack*, anclado en el puerto de Nueva York, decidieron constituirlo. Sería unos años después, en 1851, cuando la goleta negra *America* de John Cox Stevens, primer comodoro, y otros miembros del club atraviesan el Atlántico para arribar a la isla de Wight, en Inglaterra, donde se daban cita renombradas competiciones entre los mejores veleros de la época para competir bordeando la isla por la jarra de plata valorada en cien guineas. El hermoso trofeo fue llevado y donado unos años después al club donde quedaba expuesto al tiempo que lo defendía cada vez que surgían nuevos competidores que lo retaban bajo unas previas reglas establecidas.

El 30 de diciembre de 1914, al mediodía, el precioso salón de modelismo se hallaba decorado con motivos navideños. Grandes carteles señalando con letras doradas «FELIZ AÑO 1915», rodeadas de estrellas de distintos colores, anunciaban dichosos el nuevo año que llegaba. Tras el comodoro, los patrocinadores recibían a los ilustres invitados; entre ellos, el señor Dykinson acompañado de una radiante y bella Evelyn que lucía un hermoso y largo vestido blanco ceñido al talle de su fina figura, de un solo hombro sobre el que brotaba un espectacular lazo a modo de flor; con el cabello recogido por una diadema cuyas piedras preciosas brillaban a los reflejos de la luz y una gargantilla ajustada, de oro macizo, que hacía aún más, si acaso eso era posible, destacar su particular belleza de forma esplendorosa.

La gala benéfica, en un marco sin par, pronto se convertiría en un presuntuoso escaparate de las más altas vanidades de la especie humana, ávida por mostrar sus mejores apariencias. Allí se encontraban diversas autoridades y las personas más conocidas y afamadas, también financieramente hablando, no solo de la sociedad neoyorquina sino además de muchos otros lugares de los Estados Unidos de América. El señor Dykinson acogió de manera efusiva con un fuerte apretón de manos a Mark Reber cuando llegó acompañado de Johan Middlesworth, luego Reber acarició de forma tímida la mano, cubierta por un largo guante, de Evelyn, a modo de

saludo.

Tras la comida llegaron los discursos. Dykinson, como patrocinador principal, se levantó de la mesa para decir unas palabras donde ensalzó a las autoridades y demás presentes, sin olvidar a los huérfanos de la Marina, motivo de la gala, a quienes irían a parar las aportaciones de los invitados y benefactores y tras entregar sendas placas de reconocimiento a dos de ellos, en representación de todos, anunciaba un futuro prometedor: «La guerra en Europa terminará en breve y quién sabe si ese dolor pasajero no será un nuevo edén de oportunidades para el ser humano. De hecho, la guerra ha hecho posible grandes avances en muchos campos científicos e industriales. Brindemos pues por el nuevo año que llega cargado de esperanza y Buenaventuras». Y puestos en pie los comensales, levantando sus copas de champán, procedieron a brindar y abrazarse con efusividad. La música comenzó poco después con un vals que en sus primeros compases hizo que Dykinson se levantara pidiendo la mano de Evelyn para que le permitiera un baile en el espacio existente frente a la orquesta. Evelyn sorprendida, queriendo recomponer su rostro serio con una lejana sonrisa se levantó ante las miradas de los convidados. Seguidamente otras parejas hicieron lo mismo. La felicidad se desbordaba de nuevo flotando entre las hilarantes burbujas de un rosado vino espumoso francés.

Aún se alargaría mucho la gala acompañada de bebidas, contactos y reuniones interesadas entre la gente, dispersada dentro de los confines y salones del magistral edificio, cuando Mark Reber, que hablaba apoyado en una barra con Johan Middlesworth, oyó una voz a su espalda:

—¿Qué tal lo estás pasando, Mark?

Era ella. Evelyn de nuevo frente a él, radiante y sonriente.

—Bien. Gracias. ¿Y tú?

—Bueno..., —dudó, y tras una breve pausa con una seductora mirada, dijo—: ¿Te apetece bailar?

Reber se quedó sorprendido. No sabía qué pensar. ¿Acaso pretendía jugar con sus emociones? ¿Quién y cómo era realmente tan bella y enigmática mujer?

—Sí. Aunque creo que he olvidado cómo se hace. ¡Tanto tiempo!

No tardó Dykinson, que se afanaba en sacar provecho de los interesantes contactos que la gala le proporcionaba para sus negocios, en observar a la pareja danzar sobre la pista al son de un romántico estribillo. En el exterior, sin embargo, una tormenta descargaba furiosa sobre la ciudad y los ecos de los truenos, que retumbaban en el interior, rompían la calma y placidez del lirismo que se vivía dentro. Eso provocó que la gente comenzara a retirarse con saludos precipitados y Dykinson que no estaba dispuesto a perder lo que consideraba una oportunidad, de esas que no se cruzan muy a menudo, se acercó a la pareja.

—Está jarreando ahí afuera. Querida, quisiera llevarte, pero tengo un compromiso con un antiguo socio. Voy a decir al chófer que te lleve. Bueno, señor Reber, espero volver a verlo pronto.

Tras un apretón de manos, el señor Dykinson se fue. Evelyn y Mark, se quedaron solos, uno frente al otro. Los músicos seguían tocando.

—Bueno Mark, he apreciado mucho este baile. Tendremos que volver a despedirnos.

—Despedidas sin posibilidad de reencuentro.

—¿Quién sabe?... Voy a retirar mi abrigo del guardarropa.

Ambos retiraron sus prendas. Ella un largo abrigo negro y él una gabardina *beige* y un

sombrero. Ninguno llevaba paraguas. Mark se despidió de Johan Middlesworth y salió hasta la puerta de entrada con Evelyn. Fuera, la tromba de agua llenaba las alcantarillas. De un coche estacionado enfrente se bajó el chófer de Dykinson, un hombre de color, uniformado, con un paraguas para recoger a la señora.

—Tengo un coche aparcado un poco más adelante. Te puedo acercar donde desees... En realidad no tengo, ahora, nada más que hacer —dijo Reber en un impulso casi inconsciente, cuando el chofer se acercaba hacia ellos.

—Gracias Tom, pero no va a hacer falta sus servicios. Voy a ir por mi cuenta.

—Pero señora, el señor Dykinson...

—No se preocupe, Tom. Me encargo yo.

—Tome al menos el paraguas, señora.

Evelyn lo cogió, esperó un rato bajo el alféizar a que el chofer se marchara, luego entregó a Mark el paraguas, este lo abrió y ambos se dirigieron hacia su automóvil.

La tarde había oscurecido demasiado rápido cubierta por grandes nubarrones entre los que, repentinamente, brillaban excesivos relámpagos que luego rompían con grandes tronadas, mientras la lluvia seguía sin cesar sobre la ciudad de Nueva York. Antes de llegar a un alto edificio de apartamentos Evelyn pidió a Mark que parase. Ambos se miraron en silencio. Apenas se veía el exterior tras las ventanillas y al ruido que provocaba el torrencial aguacero chocando con la carrocería del vehículo se unía el de la fuerte tormenta.

—Espera un poco a ver si para. Llueve demasiado —dijo Reber.

Ella puso su mano sobre la de él mirándole fijamente, Mark se fue acercando, como si de un fuerte imán se tratara, hacia aquel rostro cautivador. La besó, ella cerró los ojos sintiendo el momento como si no hubiera otro.

—¿Qué pretendes? ¿Disfrutas engañando? —preguntó Mark apartándose de repente, como si el rostro cautivador se hubiera convertido en el de una serpiente venenosa. ¿Hasta cuándo vas a seguir con este cuento?

La mirada de Evelyn tornó en perplejidad. Los labios se despegaron mostrando un semblante de sorpresa, indignación y extrañeza. Ambos se miraban a los ojos. La mirada de él ruda y enfurecida. Entonces Evelyn, con su mano derecha, lo abofeteó enojada y luego abrió la puerta para salir.

—¿Cómo puedes ser tan vil, capaz de hacerte pasar como la esposa de Dykinson? ¡He conocido a la verdadera!

Pero Evelyn había salido ya del coche y corría bajo la lluvia sin el paraguas que se había quedado en el vehículo. Mark por un momento dudó en salir a llevárselo, sin embargo algo le impidió hacerlo y a cambio golpeó con fuerza, dejando caer ambos puños, sobre el volante donde luego, abatido, apoyaba su cabeza, en medio de un grito ahogado.

30

EL AGENTE INGLÉS

Miércoles, 20 de enero de 1915.

A mediodía, tras una mañana fría y grisácea, había clareado en Nueva York cuando un coche de color castaño aparcaba en las inmediaciones del Hotel Wadorf-Astoria, en la Quinta Avenida. Un hombre corpulento de pelo al ras y gafas de cristal oscuro se bajó primero del asiento del copiloto y se apresuró a abrir la puerta trasera para que John Dykinson se apeara. Portaba sombrero, un abrigo negro y un maletín, y tras dar unas instrucciones al hombre corpulento y pelo al ras, se dirigió al restaurante de la planta primera del hotel. Fue directamente a una mesa, situada en un discreto recoveco, mientras con la mano hacía una indicación al camarero de recepción que venía a atenderlo. Un hombre de aspecto elegante, mediana edad, pelo claro y con un traje a rayas se hallaba sentado en la misma ojeando la carta. Nada más ver a Dykinson se levantó y ambos se estrecharon la mano. Tras las saluciones de rigor y elegir unos platos para la comida, en cuanto el camarero los volvió a dejar solos, entraron en el asunto que los reunía.

—Bien. El Alto Mando ha dado la orden para la compra del armamento. Es prácticamente todo lo que hablamos en Londres.

El agente secreto inglés sacó un periódico doblado de un elegante portafolio y, del interior de sus páginas, una carpeta que entregó a Dykinson. Este la abrió echando un rápido vistazo a su contenido: una lista con distintas filas y columnas donde se mencionaban las armas requeridas, las cantidades, así como otras especificaciones y observaciones. Dykinson la cerró afirmando con la cabeza cuando unas sopas de pescado humeantes eran servidas en su mesa.

—Debe estar todo en Liverpool dentro de la primera quincena de mayo —dijo el agente inglés.

—De acuerdo. Allí estará todo —aceptó Dykinson.

—Hay que ser muy cautos con el medio de transporte. Los submarinos alemanes cada vez están poniendo peor las cosas.

—Lo sé. Los vapores mercantes son atacados. Son un riesgo, incluso con pabellón de países no beligerantes.

—Exacto... En el Almirantazgo se piensa que hay que usar barcos que no levanten sospecha.

—¿De pasajeros? —preguntó Dykinson.

—Sí... Un lujoso crucero con pasajeros civiles saliendo de los Estados Unidos, un país neutral... No se atreverán.

—Bien. Saboreemos ahora la comida y brindemos por la operación.

En el periódico que había quedado plegado sobre la mesa se podía leer a cinco columnas: «Zepelines alemanes bombardean por primera vez Inglaterra. Al menos veinte personas muertas en las poblaciones costeras de Great Yarmouth y King's Linn». Había ocurrido el día anterior, cuando aún resonaban los ecos del hundimiento, por un submarino alemán, el pasado 1 de enero, del acorazado británico *HMS Formidable*, donde habían fallecido 547 tripulantes frente a las costas de Lyme Regis.

—En cualquier caso, seguro que no será tan complicado como el envío del tren con armas para el mexicano Carranza que usted preparó junto a su socio Martino —intervino relajadamente el inglés, tras saborear el buen vino de crianza californiana.

—¿El tren a Carranza?

—Sí. Nuestros servicios de información lo alagaron por la habilidad del suministro.

Dykinson tuvo que llevarse la copa de vino a la boca y esforzarse al máximo para no mostrar la sangre que hervía por sus venas en ese momento, en el que por casualidad se habían confirmado las sospechas por las que su socio en operaciones con el Gobierno norteamericano para el suministro de armas a los revolucionarios mexicanos que querían derrocar la dictadura impuesta, le había engañado y ocultado la operación del tren de armas para Carranza. Y no era la primera vez, pensó, pero esta sería la última.

—Martino... quizás habla demasiado.

—¿En nuestro pedido también serán socios?

—No —contestó tajante Dykinson—. Ya no somos socios.

El agente inglés levantó la vista a través de sus anteojos para mirar con cierta extrañeza a Dykinson. Este hizo un gesto abriendo las manos, como si fueran cosas normales que ocurren en la vida y el inglés volvió a degustar el rosbif. Al fin y al cabo tampoco le preocupaba demasiado.

—La verdad es que —dijo entonces el inglés con toda su parsimonia—, con la guerra hemos tenido que desatender un tanto nuestros intereses en los países de Centro y Sudamérica, pero preferimos que sean ustedes los norteamericanos quienes lo aprovechen. De hecho, Huerta está manteniendo contactos para regresar y prevé reunirse con agentes alemanes en esta ciudad de Nueva York. Intenta volver al poder.

En efecto, Gran Bretaña llevaba años, tras la caída del Imperio español, procurando mantener estrechas relaciones con esos países, entre otras cosas con el objeto de alejarlos del posible dominio norteamericano.

—Ustedes los ingleses son muy cerrados, isleños claro, pero al fin no saben vivir sin salir a controlar el mundo —concluyó Dykinson con su sutil e irónica elocuencia.

LA TRAVIATA DE VERDI

Un par de semanas después del encuentro con el agente inglés otro acto social reuniría a importantes personajes y en especial a industriales de Nueva York, en el que John Dykinson era reconocido por el Círculo de Empresarios como prohombre del año.

Un acto entrañable en palabras del propio Dykinson, en el mismísimo Metropolitan Opera House, en Broadway, y en el que en presencia del alcalde de la ciudad, John Purroy Mitchel, del Grupo Mixto, el decano de la congregación Advent-Quo le investía con una brillante y larga capa negra sobre sus hombros y le hacía entrega del cetro de plata de la misma. Luego, situado en un lugar prominente, los empresarios de la agrupación le rendían pleitesía en reconocimiento a su labor. En fila, uno detrás de otro, se detenían frente a Dykinson y tras una ligera inclinación de reverencia con la cabeza, estrechaban su mano y finalmente, con los más allegados se fundía en un abrazo. Abrazo que, tras una larga mirada directamente a sus ojos, prolongó cuando llegó el turno de su socio, Martino. Seguidamente y antes de estrechar la mano al siguiente, Dykinson miró a su hombre de confianza, corpulento, de pelo al ras y gafas de cristales oscuros, que se hallaba al fondo de la sala. Una mirada que bastó para que el hombre se diera por enterado y saliera del lugar. Al otro lado de la misma, también al fondo, se encontraba Evelyn observando, tan bella como siempre, con un lucido vestido largo blanco con ribetes de encaje de bolillo.

Tras un pequeño cóctel comenzó la ópera, a la que Dykinson era gran aficionado y desde su propio palco, acompañado por Evelyn, disfrutó de la interpretación de *Carmen*, con la soprano Geraldine Farrar en el papel de la protagonista y del tenor Enrico Caruso en el de don José, bajo la conducción de Arturo Toscanini.

Al terminar el acto un chófer no habitual de Dykinson lo esperaba. La pareja se subió al coche y aquel ordenó al conductor que los llevara al apartamento de Evelyn. Un trayecto en silencio. Cada uno mirando a través de la ventanilla de su lado. Dykinson había pensado quedarse esa noche en el apartamento, que en realidad era de su propiedad. Nada más subir se preparó un *whisky* con hielo. Luego puso un disco en el excelente gramófono que otrora había regalado a Evelyn para seguidamente deleitarse, vaso en mano, con la música mientras contemplaba Manhattan a través del amplio ventanal del ático.

Como Evelyn tardaba en aparecer fue a la habitación de esta.

—¿Qué haces? —preguntó, al tiempo que encendía la luz.

Evelyn se encontraba vestida, tumbada encima de la cama. Sobre la misma una pintura tan desgarradora como electrizante, relámpagos borrascosos entre grandes tinieblas, ángeles

endemoniados y demonios angelicales, con tonalidades duras y graves utilizando un moderno estilo expresionista, firmada por Mark Reber.

No contestó. Entonces Dykinson se acercó a ella, le separó la mano de la cara y la besó. Ella retiró la boca, lo que enfureció a aquel.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso te has cansado ya de mí? Recuerda que todo lo que tienes me lo debes a mí.

Evelyn seguía sin contestar y en un acto rabioso, enajenado y excitado, Dykinson separó violentamente los brazos de la mujer sobre la cama —del salón provenía con fuerza la voz de la soprano en *La Traviata* de Verdi—; luego le rasgó el vestido y la ropa interior con igual vehemencia, haciendo inútil la oposición de Evelyn, y finalmente la penetró.

En ese mismo momento, el coche en el que viajaba Martino accedía a una angosta bocacalle tras atravesar el puente de Brooklyn. Él se hallaba en la parte trasera en compañía de una rubia prostituta con la que se divertía; ambos reían y bebían en largas copas de fino cristal cuando el vehículo se detuvo tras un coche que obstaculizaba la calzada con el capó abierto. El guardaespaldas de Martino que iba delante, al otro lado del conductor, se bajó despoticando, chillando al individuo que se encontraba tras el capó levantado, cuando como una exhalación este apareció con un fusil Springfield M1903 disparando sin cesar al cuerpo del escolta, al tiempo que otros tres hombres, bien trajeados y con sombrero como el del capó, aparecían rodeando el vehículo de Martino, abriendo sus largos abrigos y disparando con sus fusiles a los tres integrantes del automóvil. El coche, en cuestión de segundos, quedó como un colador, agujereado por multitud de balas y todavía antes de que los cuatro individuos se volvieran a su vehículo, el hombre de Dykinson corpulento, pelo al ras y gafas de cristales oscuros, sacó un revólver S&W modelo 3, miró al cuerpo ensangrentado de Martino tumbado sobre el de la rubia y le descerrajó un tiro final a bocajarro. Luego, como si nada, los cuatro hombres se introdujeron en su coche y salieron raudos. Poco después oían las sirenas de las ambulancias y coches de la policía que se cruzaban en sentido contrario.

En el apartamento, Dykinson apaciguado tras la cópula se levantó, se anudó debidamente la corbata y finalmente se colocó el sombrero con ambas manos, mirándose satisfecho en el espejo del lavabo y tras volver a activar el disco de Verdi en el gramófono del salón, se marchaba cerrando suavemente la puerta de la vivienda, dejando en su interior a Evelyn tumbada encima de la cama. Sobre la misma, los ángeles endemoniados y demonios angelicales, la miraban poseída al tiempo que parecían resonar implacables los relámpagos de la pintura intrigante entre la ópera verdiana. Unas lágrimas caían de sus ojos bonitos.

LA JOVEN PORTORRIQUEÑA

En una lluviosa mañana, acercándose la primavera, Mark Reber se hallaba en la Gran Central Terminal despidiendo a un buen cliente con el que acababa de desayunar cuando se quedó observando a una escuálida mujer, morena y de rostro enjuto cubierta por un largo vestido negro que portaba una maleta de viaje. Esa imagen detuvo la atención de Reber como buen fisonomista que era. «¿Dónde la he visto antes?», se preguntó, pues parecía enlazarla con algún momento relevante.

Tras despedirse del cliente la siguió, casi inconscientemente, mientras ella subía las escaleras que salían del andén con dirección al exterior, haciendo un esfuerzo por recordar la escena que representaba aquella pequeña y delgada mujer joven. Finalmente, como una aparición, logró dar con el misterio. Se trataba de la asistenta portorriqueña que acompañaba a Evelyn en París el día en que se encontraron casualmente cuando esta se hallaba absorta con la intrigante pintura bizantina. «Es ella, sin duda», pensó. Una vez en la calle se detuvo siguiéndola con la mirada intrigado en conocer dónde se dirigía, hasta que vio cómo entraba en una oficina postal cercana. «Bueno, ¿qué hago yo aquí?, —volvió a pensar Reber—, sigamos nuestro camino»; pero poco después retornó tras sus pasos. La esperó en la salida de la oficina de correos hasta que la mujer reapareció, luego la abordó cortésmente.

—Buenos días, señora. Perdome mi atrevimiento, pero en cuanto la he visto he recordado que usted acompañaba a Evelyn en París. ¿No me reconoce?

La portorriqueña, en principio sobresaltada, estuvo a punto de deshacerse del varón que había detenido sus pasos; sin embargo, sin saber muy bien por qué, quizás por sus buenos y refinados modales que aportaban una sensación de confianza, se detuvo mirando al caballero.

—Sí, señor. Claro que lo reconozco. Usted trajo la desdicha de mi señora.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Sí, señor. Desde entonces mi señora no fue la misma y ocurrieron cosas desagradables. Y ahora, si no le importa, quisiera continuar por mi camino.

—Puedo llevarla, si lo desea, a su destino. Desearía que me explicara lo que está afirmando —dijo él, mirando la abultada maleta que portaba la mujer.

—Gracias, pero ya trajo bastante su aparición en nuestra vida como para que siga.

—Al menos, permítame que la acompañe un rato mientras le llevo la maleta..., por favor, necesito que se explique —dijo con una cara de súplica, a la que la mujer no se pudo oponer.

Durante unos segundos, Mark Reber, siguió los pasos de la joven sin atreverse a pronunciar palabra, pues no quería romper el débil lazo con esa persona que tanto sabía sobre Evelyn.

—Créame si le digo que me duele muchísimo escuchar lo que me ha dicho. No deseo sino lo mejor para Evelyn —dijo por fin Mark.

Pero la mujer seguía imperturbable sin aparente intención de contarle nada más.

—¿Sigue trabajando con la señora? Me gustaría que le pudiera trasladar un mensaje.

—Lo siento. Ya le he dicho que me deje en paz.

—De acuerdo —concluyó, dejando la maleta en el suelo—, pero si verdaderamente aprecia a Evelyn creo que podría ayudarla. Tome, por favor; admita esta tarjeta y si en algún momento desea que hablemos estaré encantado en hacerlo. —Reber extendió la mano sujetando entre sus dedos una tarjeta de visita con sus datos de contacto. La mujer, tras unos instantes de duda, cogió la tarjeta volviéndose sin decir nada más sobre sus pasos.

Al cabo de unos días, cuando Mark Reber salía al mediodía del edificio de oficinas donde trabajaba, se topó con la agradable sorpresa de ver a la enjuta joven portorriqueña que le estaba esperando en un recoveco cercano al portal. Antes de que ella dijera nada, Reber se adelantó:

—¿Puedo invitarla a almorzar conmigo... o al menos, a tomar alguna cosa?

Ella se encogió de hombros así que Reber se dirigió a un bar situado en una calle adyacente, donde se sentaron y ambos pidieron un rápido refrigerio.

—Dígame, ¿qué le ha traído por aquí?

—La señora no está bien.

—¿Cómo?

—Está sufriendo mucho. La conozco bien. Y aunque no cuenta nada, lo sé.

Reber puso toda su atención sin querer interrumpir a la mujer, instando con su mirada a que continuara contando lo que acababa de empezar.

—... Apenas sale de su apartamento salvo para ver a su madre.

—¿A su madre?

—Sí.

—Y... ¿el señor Dykinson?...

—Hace tiempo que apenas se ven. Creo que ha empezado a salir con otra mujer.

—¡Ah, claro! Ese será el motivo de preocupación de Evelyn.

—No. Tenga por seguro que eso no es lo que preocupa a la señora.

—¿Entonces?

—Su madre.

—¿Cómo?

—Es una anciana, enferma desde hace años, que ya no reconoce ni a su hija, su único familiar en este mundo. Vive atendida y recluida en una residencia privada pagada por el señor Dykinson. Ciertamente que la señora vivía con el señor... Creo que me estoy sobrepasando contando todo esto —dijo nerviosa la mujer.

—No por favor. Se lo agradezco. Y dice que el señor Dykinson ahora sale con otra.

—Así es. Aunque muy a su pesar, esa ha sido la solución últimamente. Desde que usted apareció el señor sintió que la señora se apartaba de él. Y por más que hace, la señora desde entonces ya no desea interpretar ese papel. El señor es una persona que sabe todo lo de los demás

y desde luego de su señora... Y tiemblo pensando que conozca que le estoy contando todo esto a usted.

—No se preocupe. Este lugar es muy discreto.

—Usted no le conoce bien. Se dice que hasta las paredes más íntimas de esta ciudad le cuentan lo que ocurre al señor.

—¿Dónde está recluida la madre de Evelyn?

La mujer sacó una nota del bolso, la puso sobre la mesa, se levantó y se fue. A Mark Reber apenas le dio tiempo para darle las gracias; la joven portorriqueña salía rápidamente, ocultando en lo posible su rostro con el largo pañuelo que rodeaba su cuello.

EDITH Y EL PRESIDENTE

El presidente norteamericano Woodrow Wilson había comenzado a ver la luz del túnel de su depresión desde el mismo momento en que apareció en su vida Edith Bolling Galt, una atractiva mujer, cuya mirada resplandecía a través de unos ojos azul violeta, dieciséis años menor que él. Era amiga de su prima Helen, entonces viviendo en la Casa Blanca y, en ocasiones, sustituyendo a la fallecida primera dama; y de su médico personal, el doctor Grayson.

Edith había nacido en el seno de una familia de Virginia y contaba con once hermanos. Siendo adolescente había comenzado a frecuentar Washington D.C. pues su hermana mayor se había casado con un importante joyero de esta ciudad. Más tarde conocería a un primo de este, quien acabaría haciéndose con la propiedad del negocio de joyería, y con quien terminaría casándose, de ahí su apellido Galt. El infortunio, sin embargo, hizo acto de presencia en su vida: al cabo de unos días de nacer su hijo moría y más tarde ocurría lo mismo con su marido. El negocio de joyería, con muchas deudas, lo puso en manos de un experto y así su vida pudo transcurrir plácidamente: paseaba, leía, jugaba al golf y fue la primera mujer en obtener el permiso de conducir en Washington. Con Helen, la prima del presidente, había hecho una gran amistad y los días devenían apacibles. Edith habitualmente recogía a Helen en su coche eléctrico y se dirigían al magnífico Rock Creek Park, para acabar volviendo a su casa donde tomaban el té, hasta que un día Helen apareció en un coche oficial y tras terminar su recorrido por el parque sugirió a su amiga que tomaran el té en su morada, la Casa Blanca. Edith en principio se había excusado alegando que no estaba en condiciones, con los zapatos embarrados y sin preparar; sin embargo, Helen la convenció diciendo que nadie las iba a ver. Pero, cosas del destino, al salir del ascensor se toparon con el presidente Wilson y con el médico Grayson que volvían de una partida de golf. Ella, que a pesar de los embarrados zapatos vestía siempre de forma impecable, llevaba en ese momento un bonito traje de chaqueta negro diseñado y confeccionado por la casa de Charles Worth de París y un jersey que completaba un favorecedor atuendo. Así las cosas, Wilson invitó a las mujeres a que tomaran el té con ellos, quedando, desde entonces, totalmente prendado por Edith Galt. Días después envió su coche Pierce-Arrow a recogerla así como al doctor Grayson, para que cenaran en su compañía y en la de Helen. Algo que repetirían en muchas ocasiones a partir de entonces. Tras la cena, se juntaban en la Sala Oval, en la segunda planta, donde tomaban café, conversaban y el presidente Wilson leía, en voz alta, poemas o libros que le apasionaban.

A pesar de esa luz de esperanza y en medio de la tranquila neutralidad en una guerra que, de

momento, parecía distante, las noticias que llegaban rompían esa calma. Ya, el 4 de febrero de 1915, Alemania había emitido una declaración designando las aguas que rodeaban las islas británicas como zona de guerra, en la cual, los buques enemigos podían ser atacados sin advertencia previa, mas también los de países neutrales, pues alegaban el uso de pabellones falsos o de conveniencia, usando buques mercantes o de pasajeros en los que transportaban material de guerra. Se amparaban en que Gran Bretaña hacía lo mismo en sus costas. Y lo que es más, quedaba al arbitrio del capitán del submarino. En fin, una resolución que aunque reconocida como de alto riesgo por «posibles errores», finalmente fue amparada por el káiser Guillermo.

El presidente Wilson, en consecuencia, había contestado enérgicamente a tal declaración, a sus ojos incomprensible, señalando que Estados Unidos respondería con firmeza ante cualquier ataque a sus ciudadanos o intereses. Sin embargo, el 28 de marzo de 1915, el *Falaba*, un buque mercante británico transportando carga y pasajeros, con 242 personas a bordo, había sido hundido en 8 minutos, por un submarino alemán; 104 personas, entre ellas el capitán, habían perecido. Un ciudadano norteamericano se hallaba entre los desaparecidos. Wilson temía que su ansiada paz podría romperse por hechos de esta naturaleza.

Ese mes de marzo, también, los nervios del capitán del *Lusitania* Daniel Dow habían llegado al límite cuando mientras transitaba en su ruta hacia Liverpool, eran hundidos dos cargueros. A su llegada se dirigió a hablar con los directivos de la Cunard, armadora del buque, para indicarles que no podía seguir al mando del barco en esas condiciones y menos portando en sus bodegas armamento para el Ejército británico, lo que suponía un gran riesgo para tripulación y pasajeros, responsabilidad que no estaba dispuesto a seguir manteniendo. La Cunard lo consideró incapacitado y procedió a relevarlo del mando.

ENCUENTRO EN LA PLAZA CIRCULAR

Mientras tanto, Mark Reber intentaba coincidir con Evelyn en las inmediaciones de la residencia donde se encontraba la madre de esta. En diferentes días y horarios. No quería levantar sospechas y perjudicar a Evelyn por lo que no contaba, al menos de momento, con otra estrategia. Normalmente esperaba sentado junto a una pequeña mesita de un café, donde a través de su amplia cristalera podía ver la entrada de la residencia, una recia construcción de aspecto noble británico. Entre dicho edificio y el inmueble en el que se encontraba, una amplia plaza circular los separaba; sin embargo, día tras día, se iba decepcionado por no poder verla, hasta que por fin, cambió su suerte. Desde su mesa del bar, mientras hojeaba la prensa y tomaba un café, levantando de vez en cuando la vista hacia la puerta de la residencia, vio que de un auto con un chillón color amarillo, de la New York Taxi Cab Company, se apeaba Evelyn. A pesar de la distancia y de lucirse tocada por una amplia pámela blanca la reconoció enseguida. «Ese estilo y elegancia. Solo puede ser ella», pensó. Tras bajarse del vehículo se dirigía directamente hacia las escaleras que subían a la entrada de la residencia, defendida por un enrejado de hierro forjado, donde previamente tocó el timbre y luego esperó hasta que un vigilante apareció, abrió la verja y permitió que accediera a su interior. Mark Reber, alterado, dejó el periódico sobre la mesa, pagó de inmediato al barman y salió al exterior. No se podía acercarse demasiado. No quería que le vieran, así que esperó recostado a cierta distancia. A pesar del día fresco el cielo estaba brillante y a esa hora, el sol lo tenía enfrente. Se cerró el abrigo, se subió el cuello del mismo y bajó el ala delantera del sombrero de fieltro para protegerse de los rayos solares que lo cegaban. Aunque estos eran reconfortantes optó por moverse con el fin de tener mejor visibilidad, acercándose demasiado al acceso de la residencia. Casi una hora después un coche negro se paraba frente a las escaleras que subían a la verja. Al poco rato aparecía Evelyn y entonces, el chófer de color del señor Dykinson —al que Reber reconoció enseguida del día de la tromba de agua a la salida del Club de Yates—, se apresuró a salir para abrir la puerta trasera del vehículo. Mark Reber se adelantó, el coche tendría que pasar por delante del lugar donde se encontraba tras el giro que tenía que dar en la plaza circular. En el auto no había nadie más. Evelyn se encontraba en la parte por donde se cruzaría con él. Fue justo en ese momento, cuando no sabía si levantar el brazo para detener al vehículo o gritar su nombre, que algo lo contuvo; manos en los bolsillos horizontales del abrigo y Evelyn pasó cerca, la vio abstraída en sí misma, pero como un fulgor que hubiera surgido de su imagen ante ella, esta volvió la cabeza, poniendo la mano sobre el cristal al tiempo que Mark levantaba levemente la suya en señal de un tibio saludo. El coche se alejaba y pronto

desapareció de su vista.

Mark siguió retornando al mismo lugar con la esperanza de poder verla, al menos una vez, para intentar volver a hablar con ella. Una vez, sí, con el fin de buscar la comprensión necesaria para seguir o cortar para siempre con esa historia que no le dejaba el sosiego necesario. Seguía yendo al café frente a la plaza circular y a la residencia donde se encontraba la madre de Evelyn, hasta que por fin, un día volvió a verla. Rondaba por la acera de la plaza. Levantaba un parasol floreado con su mano derecha protegiéndose del suave sol primaveral, también queriendo disimular su presencia solitaria. Apenas había tráfico y pocos peatones deambulaban por la zona. Mark salió aceleradamente del bar. Uno frente al otro, a unos noventa metros, se acercaban lentamente pero algo hizo que los pasos se agilizaran, cada vez con más vigor hasta que ambos corrieron a juntarse. Nada les importó abrazarse en medio de la calle. Quizás era un error que podían pagar caro.

—Te quiero Evelyn.

—Y yo a ti Mark, pero debemos esperar.

—Esperar a qué.

—Mi madre depende de Dykinson.

—Eso lo puedo arreglar yo.

—No. No lo entiendes.

—Pues no. Desde luego.

—Debo terminar debidamente y zanjar este asunto para siempre.

—¿Cómo?

—Es cosa mía, Mark. Confía en mí.

—Toma. Por si quieres contactar conmigo —dijo Reber entregándole su tarjeta de visita. Ella le dio un beso en la mejilla y se fue a paso rápido.

EL DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE ARMAS

John Dykinson había trasladado su sede central, desde donde controlaba todas las compañías de su grupo empresarial, al brillante edificio de su amigo Woolworth en Broadway, una verdadera joya arquitectónica; inaugurado dos años atrás por el presidente Wilson. Su despacho personal ocupaba un espacio, en la planta 41, cercano a los doscientos metros cuadrados decorado con plantas naturales, donde finas esculturas de arte clásico griego emergían por doquier, las paredes se magnificaban con obras pictóricas de conocidos artistas —allí se encontraban los Braque, Picasso, Léger y Gris—; de los techos caían hermosas lámparas de lágrimas cristalinas y los suelos se hallaban revestidos con enormes alfombras, ora persas, ora de lugares exóticos. A un lado, bajo un enorme óleo de Paul Cézanne, una amplia mesa de roble tallado recogía algunos papeles, una estilográfica de oro, un artístico reloj, dos teléfonos candelabro Western Electric de metal pulimentado, uno de ellos último modelo de la época y el otro un clásico de primeros de siglo y junto a ellos, un interfono de la misma marca, negro, de armazón metálico, con 24 pulsadores de líneas internas, le permitía hablar directamente con su secretaria y con otros departamentos. Sobre un ángulo izquierdo el escritorio soportaba una preciosa lámpara en bronce esculpido que daba una suave luz amarillada. Dos grandes sillones de piel confidentes miraban hacia la mesa y detrás de esta, en otro presidencial, se sentaba Dykinson. En una esquina del despacho destacaba una elegante barra delante de unas vitrinas bien surtida con botellas de todo tipo y cerca del espacio bar, formando en «L» alrededor de una mesa baja de salón, se reunían dos extensos sofás de color granate oscuro. Finalmente, en el frontispicio, tres grandes ventanales mostraban la grandeza de ver desde su altura esa parte de la ciudad majestuosa al tiempo que permitían el acceso de la luz natural, que entrando a raudales iluminaba toda la estancia.

Una voz femenina, a través del intercomunicador de sobremesa, le anunciaba a Dykinson que Rick Stalvon esperaba en el recibidor. «Bien. Hágale pasar», dijo aquel.

Rick Stalvon dirigía la estructura de producción armamentística del grupo. Era un destacado ingeniero al que Dykinson había fichado hacía cuatro años. Ahora, como era frecuente en las últimas semanas, le había hecho llamar para interesarse de primera mano por el estado del pedido para el Ejército británico. Cuando la secretaria abrió la puerta de la estancia apareció Stalvon, quien al tiempo que saludaba a su jefe, entregaba el paraguas y el sombrero de bombín a aquella e iba directamente a sentarse a uno de los sillones confidentes frente a la mesa presidencial, una secuencia automática que mostraba la asiduidad de la misma. La secretaria antes de cerrar

preguntó si deseaban algún café. Stalvon miró a Dykinson quien contestó por los dos de forma afirmativa. Luego este abrió la entrevista.

—Bueno. ¿Cómo va el pedido?

—En orden. Todo controlado. Cumplimos los plazos. Podrá embarcarse en el *Lusitania* que partirá el próximo 1 de mayo hacia Liverpool.

—Sí —afirmó Dykinson al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia uno de los grandes ventanales, manos unidas a su espalda, buscando quizás la sensación de superioridad que la altura proporcionaba mirando a los diminutos viandantes—. Fue buena la idea propuesta en la reunión anterior. Estos británicos se las saben todas.

Unos días antes, él mismo junto a Stalvon y su director de logística de armamento se habían vuelto a reunir con el agente inglés en Nueva York, quien ahora, de manera más concreta, había sugerido la idea del *Lusitania*. Un crucero de lujo de pasajeros, una parte de ellos americanos y de otros países neutrales. Nadie osaría atacar al mayor símbolo en esos momentos del progreso de la humanidad en el mar, que además, decía, sería escoltado por destructores británicos a su paso por las aguas declaradas por los alemanes como zona de guerra.

—¿Ya han pensado cómo introducirán el material? —preguntó Dykinson.

—Sí. La parte que acordamos que sea declarada en el correspondiente manifiesto se transportará en barriles y cajas especiales. El resto lo pasaremos entre alimentos. Rondaremos las 200 toneladas. Se contratará personal especial para la estiba. Estamos para todo ello en contacto con nuestra *gente* del muelle y de la Cunard.

—Perfecto. Veo que está todo listo.

—Falta una cosa...

—¿Qué cosa? —preguntó seriamente Dykinson volviendo la cabeza hacia Stalvon.

—Nos falta la persona que lleve los documentos encriptados con las claves del armamento secreto, a quien certifiquen la entrega... Alguien que no levante sospechas, claro —contestó Stalvon.

Tras unos escasos segundos de silencio, reflexionando con la seguridad del dominio del bien y del mal que daba observar el movimiento de los pequeños seres afanándose en la calle en sus quehaceres como metódicas hormigas, Dykinson sentenció con tranquila frialdad:

—Tengo a esa persona.

La secretaria entró con unos humeantes cafés sobre una bandeja de plata, que su jefe sin dejar de mirar a la calle a través del ventanal, ordenó dejara sobre la mesa de trabajo.

—Bien, bien, bien... Falta poco, pues. No hay que dejar ni un solo cabo suelto.

—Así es. No lo dejaremos, señor.

EL TRATO POR LA LIBERTAD

Los días y las semanas del mes de abril se hacían largos y tristes para Evelyn desde que tras la reunión en la plaza circular con Mark se hubiera decidido a escribir a Dykinson solicitándole terminar, debidamente, con la relación que mantenían. Había sacado valor para hacerlo de esa forma, por escrito, pero ahora esperaba que en algún momento tendría que enfrentarse a él personalmente. Era duro reconocer un incierto y probablemente infausto futuro sin ingresos, sin medios, pues todo cuanto tenía era de John Dykinson. Habían pasado seis años desde que trabajando como una mera oficinista en una de sus empresas este se encaprichara de ella y obstinado en hacerla suya no había cejado hasta lograrlo y era tanta la atracción que acabó dándole a conocer como si fuera su consorte. Para que no quedara duda alguna ante nadie, a pesar de ser conocida la existencia de su verdadera esposa.

Habían sido años para Evelyn viviendo en la élite, sumida en el encanto del poder y la riqueza, años de dulces sueños que se materializaban con solo insinuarlos. Y aunque a pesar de su innata y deseada discreción había tenido que representar el papel de la nueva princesa de la sociedad americana, danzando en medio de la vanidad, la arrogancia y la altanería, había logrado mantenerse intacta a ciertos principios, quizás recordando su humilde procedencia, un hermano adolescente poco mayor que ella muerto ahorcado en circunstancias desconocidas y un padre del que apenas supo nada, alcohólico, que una noche no regresaría para cenar mientras madre e hija lo esperaban. Nunca más volverían a saber nada de él. Abandonadas a su suerte, cuando ella tan solo contaba la edad de cinco años, su madre tuvo que luchar lo indecible para conseguir lo necesario para que pudieran comer, pagar el alquiler del modesto piso en el que residían y darle una educación por la que su madre se desvivía, pues ella no había podido obtenerla cuando de niña llegó con su familia desde Irlanda a Nueva York, como tantos otros de múltiples procedencias, buscando una vida mejor.

Hacía tiempo que lo que más le preocupaba era su madre. Con John Dykinson había llegado la tranquilidad deseada. La enfermedad avanzaba año tras año hasta que había dejado de reconocerla. Una gran tristeza se había apoderado de Evelyn pero Dykinson la había llevado a la mejor residencia para el cuidado de la anciana que ahora Evelyn, en estos días largos de abril, visitaba casi a diario, le daba de comer y estaba un rato sentada a su lado, mientras le leía en voz alta alguna de las obras que, años atrás, fuera su propia madre la que le leyera a ella. A veces se detenía en la lectura y la miraba con pena, un rostro que arrugaba facciones que otrora fueron bellas y unos ojos claros absortos en la luz que entraba por la ventana en una mirada inexpresiva;

pero en ocasiones, sin saber el motivo, los labios se movían y sonreían un largo rato hasta que desaparecía de nuevo la sonrisa y regresaba el semblante inexpresivo. Evelyn, en esos momentos, también sonreía deseando averiguar en qué estaría pensando en ese momento su madre. Con esos instantes de muestra de felicidad se iba satisfecha y contenta a su apartamento, hasta que una mañana el chófer de Dykinson apareció para llevarle el mensaje de que su jefe quería verla al día siguiente, de modo que él llegaría sobre las once de la mañana para llevarla hasta su despacho.

Cuando llegó a las oficinas centrales del edificio Woolworth en Broadway, no faltaron ciertas miradas recelosas e inoportunas a las que seguían insidiosos cuchicheos. A pesar de no haber prodigado mucho las visitas a esas oficinas, tiempo atrás las puertas se abrían a su llegada y sin espera alguna pasaba, con una mera señal a la secretaria personal de Dykinson, directamente a su despacho, donde este dejaba cualquier cosa por atenderla. Ahora, mientras esperaba en la antesala, veía salir a una joven y guapa de cabello dorado, sonriente y feliz, del despacho de Dykinson y a quien la secretaria saludaba efusivamente. Las últimas semanas había dejado de asistir a las citas sociales de este y el eco de la presencia de alguna otra mujer junto a Dykinson había llegado a sus oídos, lo que por otra parte nada le había importado, incluso lo había estimado favorable de cara a la decisión de ruptura que había tomado.

—Cariño, ¡cuánto tiempo sin verte! —exclamó John Dykinson—. Siéntate ahí por favor —dijo señalando un sofá del espacio bar—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Bueno, si no me quieres acompañar lo tomaré yo solo.

Evelyn no pudo por más que levantar la cabeza y mirar los cuadros que colgados en las paredes le recordaban el día en que los compró ayudado por Mark en la galería Aubarion de París y que, desde luego, nunca habían llegado a sus habitaciones.

—¿Para qué querías verme?

—Es en relación con tu carta —dijo Dykinson desde la barra mientras echaba unos cubitos de hielo a un vermú—. ¿Lo has pensado bien, verdad?

—Sí, claro. Creo que es lo mejor para los dos.

—Si tú lo dices. Por lo que veo te ha gustado demasiado nuestro común amigo el poeta y pintor financiero.

Dykinson se sentó en el otro sofá dejando su copa sobre la mesita baja.

—No se trata de él. Se trata de nosotros, de nuestras vidas. La tuya y la mía.

—Ya.

El rostro del poderoso magnate especulador se había tornado serio y tras beber de su copa volvió con la conversación.

—Durante estos años te he dado mucho, más de lo que nunca hubieras sospechado, pagando toda tu existencia y el cuidado de tu madre. ¿Seguro que lo has pensado bien?

—He reflexionado mucho sobre todo ello. Agradezco mucho lo que has hecho por mí, pero creo que yo también te aporté felicidad.

Dykinson lanzó una carcajada y luego dijo:

—Eso no tiene valor alguno. Felicidad, qué es la felicidad. Normalmente todo lo que compramos es para eso, para darnos felicidad. Y si algo no te la produce, compras otra cosa y en paz.

—Yo intenté darte lo mejor de mí.

—No me has dado nunca nada. Yo lo compré —dijo ahora furioso levantándose y yendo hacia el gran ventanal—. ¿Acaso me crees tan estúpido como para dejarlo así?... ¿Porque te hayas encaprichado de otro? ¡Has de devolverme lo que te di si quieres seguir viendo a tu madre con vida!

Evelyn no pudo en ese momento reprimir el avance de una lágrima cayendo por su bonito rostro a pesar del esfuerzo en impedirlo.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué quieres que haga?

—Eso está mejor, cariño. Así podremos entendernos —dijo Dykinson volviéndose hacia su mesa escritorio—. Necesito me hagas una cosa.

Evelyn respondió afirmativamente con un gesto.

—Irás en el crucero de lujo *Lusitania* a Liverpool. Este es tu pasaje... En el fondo siempre lo deseaste, la pena es que no pueda acompañarte... —dijo irónicamente, sentado en su sillón tras la mesa de trabajo, mostrando el billete—. Necesito una persona de mi total confianza que lleve un documento a cierta persona de Londres. ¿Lo harás por mí, cariño?

—Lo haré si luego prometes que seré libre.

—¡Pues claro!

—Y que hasta que regrese seguirás pagando el cuidado de mi madre.

—Eso está hecho.

—¿Cuándo parte el *Lusitania*?

—El próximo 1 de mayo.

Evelyn se levantó, fue hasta el escritorio donde seguía sentado Dykinson y cogió el pasaje.

—¿Y el documento que he de llevar?

—Te lo entregaré poco antes de partir con las indicaciones del destinatario.

Evelyn se ató el cinturón de la fina gabardina y se despidió fríamente.

EL GRAN LUSITANIA

El *RMS Lusitania* lucía ya, espléndido, una semana antes de su partida en el muelle 54 de la compañía Cunard. Impresionante, enorme y majestuoso. Con su casco negro de acero, diez cubiertas y cuatro imponentes chimeneas, era en ese momento el barco más grande, lujoso y rápido existente en el mundo. Un verdadero palacio flotante con 240 metros de eslora, 26,70 de manga y un calado de 10,24 metros. Cuatro hélices de tres palas, cuatro turbinas de vapor Parsons y 25 calderas que consumían 840 toneladas de carbón al día para mover un desplazamiento de 38.000 toneladas a una velocidad de hasta 26 nudos, lo que le había hecho obtener la Banda Azul, una condecoración al buque que lograba hacer la travesía del Atlántico en el menor tiempo.

La Cunard Line en su carrera por el cada vez mayor mercado del transporte de pasajeros transatlántico, donde el lujo y la comodidad iba unido a la velocidad para hacer más rápidas las travesías, había mandado construir el *Lusitania* y su gemelo el *Mauretania*, los cuales contaban con algunos detalles que los diferenciaban. Para ello, el proyecto había sido apoyado por el Gobierno británico con la condición de que pudieran ser usados como buques en servicio para la guerra en caso de ser necesario. El *Lusitania* fue botado el 7 de junio de 1906 con el fin de unir la ruta entre Liverpool y Nueva York; tal fue el éxito de su primera travesía, realizada en septiembre de 1907 arribando en Nueva York, que unos años después, en 1912, la naviera competidora White Star Line, inspirándose en los lujosos interiores del *Lusitania* para el *Titanic*, el cual en su primera travesía, una aciaga noche, se hundiría a causa del choque con un iceberg.

El *Lusitania*, sin embargo, siguió describiendo su ruta entre las dos ciudades separadas por el océano Atlántico, y si de hecho su robusta construcción contaba con los últimos medios de seguridad en el mar: compartimentos estancos, detectores de incendios, potente central de telegrafía; el fatal desenlace del *Titanic* había hecho que aún mejorara más en cuanto a los botes salvavidas y su disposición en caso de alguna contingencia. Contaba, en 1915, con una capacidad para 850 tripulantes y 2.165 pasajeros distribuidos en tres clases. Siendo como era un transatlántico de lujo y el más rápido, no faltaban en cada travesía famosos y ricos personajes que eran capaces de pagar sumas muy elevadas por alguna de sus *suites*, amén de por las reservadas para el personal de su propio servicio. No era extraño por tanto, que todos los periódicos de la época recogieran páginas y noticias permanentes sobre los movimientos y la actualidad marítima. Un local cercano a Battery Park, en el bajo Manhattan, junto a la terminal

del ferry para Staten Island, repleto de escritorios, teléfonos y cable, reunía a los cronistas que informaban en sus periódicos acerca de la actualidad de los barcos, sus llegadas y salidas. Y cuando veían en la lista de pasajeros, que el sobrecargo les entregaba, nombres de personajes conocidos corrían a entrevistarlos.

Evelyn se dedicaba los días anteriores a su partida, además de a visitar a su madre, a preparar su salida y a dejar todo en orden para su vuelta en espera de retomar una nueva vida. Cada día su pensamiento la llevaba hacia Mark Reber con mayor ansiedad y determinación y soñaba con reunirse con él al regreso de su viaje de Inglaterra. El miércoles anterior a su partida, no obstante, escribió a Mark para comunicarle la noticia de su marcha. Unas breves palabras que lo explicaban todo:

Querido Mark:

Siento que cada día está más cerca del momento en que podamos juntarnos y expresar así nuestro amor con libertad. He pactado, para terminar, con John Dykinson, llevar unos documentos que necesita entregue en Londres, por lo que viajaré el próximo sábado en el Lusitania. Apenas estaré una semana en el destino, luego regresaré para estar junto a ti. Deseo, que siento con todas mis fuerzas. Hasta pronto, Evelyn.

Al día siguiente, cuando Mark recibió la carta, se encontró con sensaciones enfrentadas. Por una parte contento de saber que pronto podían, por fin, estar juntos. Por otra, dudaba de la sinceridad de Dykinson, en que este admitiera que fuera ella la que pusiera fin a su relación sin poner precio a semejante afrenta. Además, estaba al corriente de las últimas noticias y conocía que el viaje podía ser muy peligroso. Y esto le intranquilizó demasiado.

CUARTA PARTE

SÁBADO, 1 DE MAYO DE 1915

Había amanecido con el cielo nuboso e incluso fresco lo que hacía recordar la fecha que correspondía a pesar de los últimos días con una temperatura superior a lo normal. Mark Reber apenas había podido conciliar el sueño esa noche por lo que se levantó antes de que sonara el despertador yendo, como tenía por costumbre muchas mañanas, a desayunar a una cafetería cercana a la oficina. Allí hojeó el *New York Times* de la primera edición de la mañana. Fue entonces cuando algo sobresaltó su ánimo ya de por sí, ese día, exaltado. Un anuncio pagado por la Embajada del Imperio alemán reflejaba una severa advertencia. Aparecía justo debajo del publicado por la compañía naviera Cunard dando publicidad a la inminente salida, a las 10 de la mañana, del *Lusitania* vía Liverpool. La advertencia decía así:

¡AVISO!

A los VIAJEROS con intención de embarcar para cruzar el Atlántico se les recuerda el estado de guerra existente entre Alemania y sus aliados y Gran Bretaña y sus aliados; que la zona de guerra incluye las aguas adyacentes a las islas británicas; que en concordancia con el aviso dado por el Gobierno del Imperio Alemán, los buques navegando con pabellón de Gran Bretaña o de cualquiera de sus aliados, serán responsables de su destrucción en dichas aguas y por tanto, los viajeros que naveguen en la zona de guerra en barcos de Gran Bretaña o de sus aliados, lo hacen por su propia cuenta y riesgo.

EMBAJADA DEL IMPERIO ALEMÁN
Washington D.C. 23 de abril de 1915.

El mismo periódico había podido incluir un comentario de última hora en relación con la citada advertencia, en el que destacaba algunas palabras del gerente de la oficina de Cunard en Nueva York, Charles Sumner, tranquilizando a la población y en concreto a los viajeros: «La Marina de Gran Bretaña escoltará a todos los buques británicos y en especial a los de Cunard». Además señalaba que no había que preocuparse de los submarinos, que la velocidad del *Lusitania* era un buen seguro.

Algo pasó en ese mismo momento por la cabeza de Mark Reber. Un presentimiento. Miró su

reloj de pulsera. Eran las ocho de la mañana. Debía correr si quería hacer lo que estaba pensando.

A esa misma hora Evelyn acababa de ducharse y se terminaba de acicalar preparándose para salir. Las dos grandes maletas que iba a llevar ya las tenía prácticamente hechas del día anterior. Había quedado en que a las 8:40 pasaría el chófer de Dykinson a recogerla. Y con la puntualidad que acostumbraba, a las 8:38, aquel tocaba el timbre de la puerta. El hombre recogió ambas maletas y Evelyn, que lucía un gran sombrero adornado con flores, se encargó del bolso de mano, de la sombrilla y de un abrigo que portaba en su brazo. Un brillante coche negro aguardaba aparcado a la puerta. Dentro, en la parte trasera, con un sobretodo ligero, guantes de verano de seda y sombrero esperaba John Dykinson.

—Cada día estás más bella —dijo este como bienvenida, mirándola detenidamente.

—Buenos días.

Fue toda la respuesta de Evelyn y el vehículo se puso en marcha en dirección a la terminal del muelle donde esperaba el *Lusitania*.

—Este sobre lacrado contiene un documento por duplicado que has de entregar. Un agente del Gobierno británico te estará esperando a tu llegada a Liverpool. El mismo que te conducirá a Londres donde harás entrega del sobre a su destinatario, el coronel Charles Cloud. Te hospedarás en el hotel que verás indicado en este otro sobre con la reserva. Serán tres, quizá cuatro días, en los que harán sus comprobaciones, luego te devolverán el duplicado del documento firmado y sellado en otro sobre lacrado a mi atención. Entonces, a la semana siguiente, regresarás. Dentro tienes también el pasaje para la vuelta.

Una larga fila de taxis aparecía por la Undécima Avenida cuando llegaban a la terminal. Dykinson se acercó para darle un beso en la mejilla a modo de despedida. Evelyn de forma refleja apartó en lo posible la cara pero aquel, con fuerza, la contuvo hacia sí y ella sintió los labios sobre su piel. El hombre mostró una sonrisa cínica que contrastaba con la cara seria de la mujer.

—Buen viaje, cariño.

Evelyn se puso el abrigo nada más salir del coche, el tiempo fresco del exterior se dejaba notar, el chófer se bajó para sacar las maletas, pero ya, en cuestión de segundos, un hombre de aspecto fuerte, con gorra y una chaqueta abierta se acercó a recoger el equipaje. Evelyn levantó la cabeza al ver cómo se alejaba el coche; desde la ventanilla trasera advirtió que Dykinson la miraba y le pareció que todavía seguía sonriendo.

El *Lusitania* sobresalía majestuoso muy por encima del muelle, inmune, firme, aparentemente indestructible. Un humo gris brotaba de sus chimeneas señal de que los fogoneros azuzaban las calderas preparando la salida. Muchos espectadores y curiosos se habían acercado al puerto. Las tribunas, desde donde se divisaban los barcos y muelles que surcaban ambas orillas del río Hudson, se hallaban llenas para ver embarcar a los viajeros, en especial a los famosos que con seguridad se darían cita, y desde luego para ver la imponente partida del buque.

Un marinero, a instancia del sobrecargo, acompañó a Evelyn hasta su camarote de primera clase. El trasiego de pasajeros era fenomenal. La gran mayoría no se habían enterado de la advertencia alemana aparecida en la prensa de esa misma mañana. Ella tampoco. Los periodistas se hallaban, más que nunca, afanados por lograr las mejores entrevistas de rostros conocidos en un día tan señalado, máxime tras la citada advertencia.

Un rumor se extendió entre los espectadores. Alfred Gwynne Vanderbilt I, un hombre muy elegante, aventurero, deportista y sobre todo extremadamente rico, aparecía. Siempre era noticia

por lo que los reporteros se apresuraron. El mayor heredero tras el fallecimiento de su padre Cornelius Vanderbilt II, con muchas participaciones en compañías, principalmente del ferrocarril, había protagonizado muchas de esas páginas que el público devoraba con interés. En especial tras el *affaire* por el divorcio solicitado por su primera esposa alegando adulterio con la mujer del agregado cubano en Washington, Agnes O'Brien Ruiz, que había acabado con el suicidio de esta. Ahora viajaba por cuestión de negocios acompañado solamente por su ayuda de cámara, habiendo dejado en su mansión de Nueva York a Margaret, su nueva esposa.

Otros conocidos personajes también iban llegando y a su paso nuevamente se extendía cierta agitación entre el público de las tribunas, así fueron pasando, entre otros, el productor teatral Charles Frohman, quien había llevado con éxito obras como *Peter Pan* o *Sherlock Holmes*. Caminaba despacio ayudándose de un bastón por su cojera. Poco después aparecía su amiga, la actriz de 25 años Rita Jolivet. Tampoco faltó a esa cita el conocido como el Rey del Champán, George Kessler, un adinerado comerciante de vinos con el rostro cubierto entre las gafas y una gran barba. Famoso por las sonadas fiestas que organizaba como la que había dado por su aniversario en el Hotel Savoy de Londres, donde había llenado el patio de agua, con todos los invitados vestidos de venecianos a quienes había ofrecido la cena a bordo de una góndola; la gigante tarta de cumpleaños, no obstante, había aparecido a lomos de un elefante. Poco después entraba otro personaje famoso acompañado de su mujer, el escritor y editor Elbert Hubbard. Tras su exitoso negocio en la venta de jabones había fundado el movimiento artístico Roycroft, pero su obra más conocida era *Un mensaje a García* un libro sobre la determinación y superación personal; también había escrito una narración sobre el desastre del *Titanic*.

Entre la algarabía de las tribunas al paso de personajes conocidos, a las 9:42, un taxi paraba junto al bordillo, frente a las taquillas de la Cunard en el muelle. Un apuesto joven con un traje gris, camisa blanca de cuello y puntas alzadas, recubierta por una gran banda de corbata, en tono beis, bien trazada, sujeta por un pasador de oro y tocado por un sombrero Stetson gris bordeado con una cinta negra, se apeaba con una gran maleta y se dirigía con prisa al despacho de billetes; preocupado por si no quedaban plazas estaba dispuesto a coger el camarote de la clase que fuera. Mark Reber tuvo suerte, la clase tercera y la segunda estaban completas pero quedaban plazas para la primera.

Sin embargo, cuando dieron las 10 de esa mañana el gran buque seguía amarrado sin señal alguna de zarpar. Minutos antes, el capitán de otro vapor, el *Cameronia*, que también tenía previsto salir a esa hora en su ruta hacia Liverpool y Glasgow había recibido una orden del Almirantazgo británico por la que requisaba el barco para uso militar, de tal modo sus cuarenta pasajeros y cinco mujeres de su tripulación fueron trasladados al *Lusitania*. «Bueno —pensaron estas personas—, mejor, se trata de un barco lujoso y más rápido. Llegaremos antes».

A mediodía, por fin, un marinero se apresura a izar una bandera blanca sobre el puente de popa a babor, luego también a estribor. Unos hombres retiran la pasarela, el *Lusitania* comienza a retroceder sobre sí, los pasajeros se agolpan a estribor saludando, muchos de ellos con sus pañuelos blancos. Y junto al alerón del puente se podía observar la figura del capitán William Thomas Turner, controlando la complicada maniobra, de pie, con su habitual firmeza y su uniforme azul oscuro, con solapas y doble botonadura, abrochados cuatro de sus cinco botones a cada lado como especificaba el manual de Cunard, las mangas ribeteadas con cuatro galones dorados y la gorra con el león de la naviera y una diadema bordada en oro.

El buque zarpaba con un total de 1.959 personas, entre pasajeros y tripulantes, de ellos 95

eran niños y 39 bebés. Hombres y mujeres, en muchos casos familias enteras, que partían hacia Europa por distintos motivos, preocupados pero esperanzados. El *Lusitania* tras ser remolcado, aproado ya hacia la desembocadura del Hudson, ponía en marcha avante sus propios motores y poco a poco se iba perdiendo para los espectadores de las tribunas, entre la bruma y el humo gris que surgía de sus chimeneas, dirigiéndose hacia su destino.

PASAJEROS DISTINGUIDOS

La vida a partir de entonces, dentro del buque, se desarrollaba como en una ciudad: personas que ves, a las que no conoces, compartiendo los distintos espacios, separados por las diferentes clases, también sociales. Para muchas de ellas viajar en el *Lusitania* era una oportunidad de acercarse a una vida lujosa y glamurosa que nunca habían podido imaginar, como le ocurría a Eleanor, una joven madre, que viajaba en tercera clase acompañada de sus dos hijos, un niño de siete y una niña de cinco años. Había enviudado por el accidente de su marido, obrero de la construcción, que fatalmente había caído de una altura considerable cuando trabajaba en el levantamiento de un nuevo rascacielos. Un mero aviso a su desconsolada esposa y un nuevo sustituto que se unía al resto de obreros daban por concluido el suceso. Eleanor con la liquidación de la paga de su difunto marido había decidido volver junto a su familia a Limerick en Irlanda, el lugar de donde, precisamente, había salido hacía cinco años, animada por su esposo, en busca de un futuro mejor. Los niños, ahora, se movían felices recorriendo los recovecos del barco, al margen de las amenazas bélicas, impresionados por tanto lujo, descubriendo un mundo nuevo, fantástico para ellos.

Una cubierta más arriba, en un camarote de segunda clase, viajaba Abel Sinclair, un animado estudiante de medicina en la Universidad de Nueva York (NYU), de 26 años, al que la vida le había proporcionado un físico con un encanto especial: cuerpo atlético, medía 1,79 metros, aunque él siempre dijera 1,80, ojos azules, labios carnosos, un marcado hoyuelo en la barbilla y el pelo castaño oscuro del que una onda caía, con gracia, sobre su amplia frente; todo ello, unido a su amable carácter, facilidad de oratoria y persuasión, le permitía relacionarse con facilidad con las personas de su entorno y lograr acceder a cuanto se proponía. Aunque de familia humilde se había propuesto ir a la universidad y terminar su carrera de medicina para lo que se aplicaba con denuedo sin ahorrar esfuerzos, lo cual no era óbice para que, como a cualquier joven de su edad, le gustara divertirse y pasarlo bien. Como otras personas pertinaces que, sin medios, aspiraban a lograr sus sueños, en este caso, pasando primeramente por la universidad, debía obtener previamente recursos para ello en trabajos de cualquier clase; sin embargo, en su caso, los lograba a través del desarrollo de sus aficiones: por un lado la fotografía y por otro las señoritas, a las que no le costaba demasiado seducir para hacerles sesiones de fotos, con demasiada poca ropa o incluso, con la única piel con la que vinieron al mundo; lo que le proporcionaba unos estupendos ingresos como *freelance* para diversas publicaciones para hombres, de dudosa reputación, aunque él siempre explicaba, y sus modelos así lo entendían, que en el fondo no era

sino una búsqueda de las formas que ofrecía la belleza femenina a través de una expresión artística. Tampoco dudaba, en los casos en los que las modelos lo necesitaran y desearan, repartir con ellas parte de las ganancias obtenidas. Precisamente, en este momento, se dirigía a Londres con el fin de retratar a unas chicas que estando en el comienzo de su incipiente carrera en el mundo del teatro querían dar el salto del Atlántico; para lo cual, su agente había contactado con una de las publicaciones eróticas, con la que colaboraba Abel Sinclair, y, pensando que se trataba de una oportunidad, que podía concluir en menos de un mes, había aceptado el encargo. Junto a él, viajaba su amigo inseparable, Dino Acosta. Se conocían de la calle, del barrio, en el condado del Bronx, nada más ni menos de cuando apenas habían cumplido los doce años. Cuando Abel salía de la escuela, Dino, que no tenía padres conocidos y vivía en casa de un pariente lejano que trabajaba en las obras del ferrocarril, tan aficionado a la bebida que pocas veces se hallaba cuerdo, lo estaba esperando para enseñarle el último sitio que había descubierto para ver a las chicas del barrio mientras se cambiaban antes de la sesión de baile. Desde entonces siempre estaban juntos, a pesar de las grandes diferencias educacionales, y especialmente de su forma de ser y de los continuados enfados entre ellos. Los que les conocían no sabían cómo podían mantener su larga amistad, sabiendo que Abel, en el fondo, era una persona seria, trabajadora y tenaz en la consecución de sus objetivos, mientras que Dino no era sino un juerguista, jugador, tramposo, estafador y mangante, sin oficio duradero. También era un empedernido mujeriego; lo cual, algunos pensaban, era el lazo de unión entre ambos, aunque Abel no pensara así, pues simplemente explicaba que su amor por las mujeres bellas era siempre con el máximo respeto hacia tales como personas. A Dino, más bien, le daba igual que fueran bellas o no y todo lo demás, lo que a él le interesaba era el roce, cuanto más profundo mejor. A otros, visto el aspecto de cada uno: elegante y educado de Abel y el de Dino, con sus grandes espaldas, su cara de boxeador y un cuello que parecía una columna griega en el eje de su enormidad, con más de 1,90 m de alto y cerca de cien kilos de peso, lo confundían como el guardaespaldas del seductor. Sin embargo, no era así, a pesar de la temeridad que pudiera representar un primer vistazo de Dino, en el fondo solo era eso: un pequeño estafador y mangante de poca envergadura en cuanto a su alcance, sin más malicia que poder sobrevivir pasándose lo mejor posible cerca de las chicas.

Evelyn, que no se había movido de su camarote desde su llegada, se dispuso a salir para la cena en el comedor de primera. Antes paseó un poco por la cubierta A, la más alta de las que acogían camarotes, justo bajo la de navegación, y allí tras la gran escalera que bordeaba los dos ascensores de caja dorada y que unían las seis cubiertas destinadas al alojamiento de los pasajeros, se detuvo un rato a escuchar al pianista que tocaba en un hermoso y acogedor salón de estilo georgiano con paneles de caoba e incrustaciones que rodeaban una enorme alfombra verde jade con una estampación floral en amarillo. Se fijó en lo alto, en las enormes vidrieras de su techo abovedado que representaban los meses del año; luego en el fondo, en una gran chimenea en la que las chispas bullían crepitando sobre el fuego. Una mujer de mediana edad, con un turbante de terciopelo, sentada en un sillón cercano al calor de la lumbre, que sujetaba una copa y escuchaba atentamente al pianista, la miraba. Al cabo de un rato, viendo que estaba sola, la mujer de pequeña estatura pero de aspecto solemne, se acercó hasta Evelyn.

—Me llamo Ada Niro. Perdona mi intromisión, pero al verla sola no he podido dejar de acercarme para ofrecerle mi ayuda en cuanto a la estancia en este buque que conozco bien.

—Ah, gracias. No se preocupe.

—No es ninguna molestia. Todo lo contrario, me alegra hacer amistades femeninas. ¿Quiere

tomar alguna cosa?

—Iba hacia el comedor.

—Es un poco pronto. Aún no ha comenzado el servicio —dijo mirando el reloj de la pared—. Dentro de veinte minutos podremos ir.

—Bien, pues entonces pediré algo.

Las dos mujeres se sentaron juntas donde antes se hallaba Ada Niro, delante de una mesa circular baja.

—En estos momentos tan tensos, nada mejor que conversar y hacernos compañía. ¿Qué piensa de la advertencia germana, aparecida en la prensa esta mañana? —preguntó la señora Niro.

—Si le soy sincera, no la he leído. He oído comentarios de otros pasajeros, sin más, pero me ha preocupado.

—Sí. Se oye de todo. En general no se le da credibilidad —puntualizó Ada Niro—. Poco después de embarcar el servicio de telegramas no daba abasto. Muchos viajeros, entre los que me encuentro, hemos recibido mensajes de familiares o amigos, comunicándonos el anuncio e instándonos a que abandonáramos el barco... Yo no creo en nada de esto. A pesar de la maldad del ser humano no es posible que puedan atentar contra un transatlántico como este, lleno de civiles, muchos de los cuales, norteamericanos o de países neutrales.

—Eso espero.

—¿Viaja usted por negocios o por placer? —preguntó la señora Niro.

—Bueno, digamos que voy por un compromiso a realizar un encargo rápido.

—Yo hago este viaje varias veces al año. Soy espiritista. Bueno, en realidad soy arquitecta, diseñadora en Connecticut, pero dedico parte importante de mi tiempo en el espiritismo. Viajo junto a un amigo, también espiritista, para unas sesiones de calado en Londres. ¿Le gusta a usted?

—¿El espiritismo? —preguntó Evelyn.

Ada Niro afirmó sonriente con la cabeza.

—Bueno... Siempre atraen esas cosas del más allá, pero a decir verdad, nunca he participado en nada de ello.

—Le gustará. La invitaré, resulta fascinante poderse comunicar con seres que se han ido de esta vida... ¡Vaya! Ahí está... —exclamó la señora Niro, al ver aparecer a su amigo, Joseph Dalton. Veinte años menor que ella, de aspecto jovial, poco pelo y largas patillas, rechoncho y con cara de buena persona.

Tras las presentaciones de rigor por parte de la señora Niro los tres fueron al comedor de primera clase. Era la estancia más grande del barco; situado entre las cubiertas C, también llamada *Shelter*, y la D, o *Saloon*, de forma transversal, en la parte central del buque, la de mayor manga. Una cavidad circular se abría en su núcleo, la cual, en su parte superior, era coronada por una cúpula decorada con frescos al estilo de Boucher y Louis XVI. La planta inferior tenía capacidad para 323 comensales y la superior para 147. Las mesas que se repartían por ambas plantas, entre columnas de estilo corintio, estaban ya dispuestas y cada pasajero tenía reservado su sitio, lo que hizo que se separaran.

Un camarero, ayudado por una lista, condujo a Evelyn hasta su mesa. Una ovalada para ocho comensales, muy bien preparada con exquisita mantelería, cubertería y cristalería. A la derecha

del asiento de Evelyn un caballero se hallaba sentado. Este, educadamente se levantó, le dio la mano y se presentó:

—Mucho gusto señora, me llamo Charles Lauriat —dijo, al tiempo que le entregaba una tarjeta comercial—. Viajo con un amigo y vecino —añadió mostrando el asiento vacío al otro lado del suyo—, pero ha preferido quedarse en el camarote. No se encontraba muy bien.

Lauriat era un conocido librero de Boston, con una librería muy activa, donde eran frecuentes las presentaciones de libros y las conferencias de autores. Viajaba, también, muy a menudo a Londres, donde adquiría ediciones que luego vendía en su librería. En esta ocasión el viaje entrañaba, además, un especial compromiso. Llevaba consigo un importante objeto de gran valor: un raro ejemplar del *Cuento de Navidad* de Charles Dickens, de 1843, que había pertenecido al propio autor y que contaba con anotaciones manuscritas de este entre sus páginas, relativas a unos procesos judiciales acaecidos en 1844 por una edición y venta sin su consentimiento. Se lo llevaba para unos trámites pasajeros a un abogado londinense muy interesado por el asunto y para ello había tenido, previamente, que ir al domicilio, en la Quinta Avenida de Nueva York, del cliente al que en su día había vendido el libro para pedírselo. Este se lo había prestado a regañadientes y, desde luego, bajo la confianza de que Lauriat le garantizaba que la obra iría con el mejor trato y la mayor seguridad.

Los otros comensales de la mesa comenzaron a llegar. Al otro lado de Evelyn, se sentó la señora Pearl que venía del brazo de su marido, un cirujano que había desempeñado gran parte de su labor en el ejército y después se había asociado en distintas empresas. Se hallaba embarazada del que sería su quinto hijo. Los otros cuatro viajaban también con ellos para lo que llevaban dos jóvenes niñas. Ocupaban tres camarotes en primera clase. Uno en exclusiva para el matrimonio, otro para el niño mayor que contaba con cinco años y una pequeña de solo tres meses, acompañados por una de las cuidadoras y finalmente, en el otro camarote, se alojaba la otra niña junto a las dos niñas de dos y un año respectivamente. Su destino era la Embajada americana en Londres.

Al otro lado de la mesa, siguiendo este orden, junto al señor Pearl, se acababa de sentar William B. Cloete, inglés, con importantes minas de carbón y plantaciones en México, se dirigía con intención de pasar el verano a su casa, en las afueras de Londres. Todavía venía con la sonrisa en la boca, tras hablar largo rato con Vanderbilt de una afición común, los caballos, pues ambos eran importantes criadores y mantenían cuadras de renombre.

A su izquierda se sentaron el señor y la señora Hubbard, quienes concluían los últimos asientos de la mesa de Evelyn. Elbert Hubbard, americano de 58 años, era un personaje cuando menos especial. Había emprendido bastantes cosas en la vida, desde que con apenas 19 años, siendo socio minoritario de una fábrica de jabón, innovara un método de venta directa que le había proporcionado jugosos beneficios. Con su primera esposa, con la que había tenido cuatro hijos, se había trasladado a East Aurora en Nueva York donde fundó un importante movimiento artístico; sin embargo, en 1903, se divorciaron tras mantener Elbert una relación con Alice, colaboradora en East Aurora, fruto de la cual había resultado un hijo. Un sonado y conflictivo divorcio en el que no había faltado de nada. Finalmente, un año después, se casaba con Alice con quien ahora viajaba hacia Europa. Sus manifiestos y escritos abogaban, ya en esa época, por el feminismo, la igualdad de derechos y por leyes liberales. En 1913 había sido condenado a pagar una multa por usar el correo postal para el envío de material *indecoroso*. El objetivo de su viaje era cubrir la guerra en Europa y entrevistar al káiser Guillermo, para lo que contaba con pocas

posibilidades, máxime tras haberle detestado en un artículo reciente en *El Filisteo*, un periódico protesta. Desde su embarque en el *Lusitania* había ya dejado claro en una entrevista, al responder a un periodista que le preguntaba acerca de la advertencia alemana, con toda tranquilidad, mientras comía gozoso una manzana, que si se hundía el *Lusitania*, él también se iría al fondo con el barco. Muchas de sus frases e ideas se habían hecho famosas, quizás por su propia contundencia, como cuando venía a decir que había que morir de viejo o por accidente, que lo malo era hacerlo por enfermedad.

40

EL DETECTIVE

Mark Reber se dirigía por el pasillo hacia la entrada del comedor cuando una persona, al que acompañaba un marinero adscrito a la seguridad del barco, se interpuso en su camino.

—Buenas tardes. Soy el detective William Pierpoint. ¿Sería tan amable de acompañarme?

—¿Acompañarle? ¿Adónde? ¿Cuál es el motivo?

—Ahora lo sabrá. Por favor... Tenga la bondad —dijo el detective.

Reber siguió a los dos hombres hasta un pequeño compartimento que hacía las veces de oficina. El detective Pierpoint, de 51 años, era un policía de Liverpool, alto, delgado, de rostro enjuto y alargado y aspecto correoso; el sombrero no permitía verle los ojos y la sombra, bajo la luz superior lateral que indefectiblemente se mostraba, pronunciaba un apéndice nasal sobresaliente. Viajaba a bordo del *Lusitania* en una misión secreta, que si bien trataba de salvaguardar la seguridad de los pasajeros y del vapor ante cualquier tipo de delito, su verdadero y principal objetivo era perseguir cualquier atisbo o sospecha de espionaje, neutralizando posibles agentes alemanes infiltrados. Acababa de detener a tres polizontes germanos, presuntos espías, y el segundo capitán, Anderson, le había pasado los datos de Mark Reber.

—Siéntese ahí, por favor —dijo el detective, mientras el marinero se quedaba afuera, vigilando la puerta.

—Mire no sé de qué se trata. Soy un pasajero con mis derechos y me dirigía a cenar, por cierto algo que he pagado con el pasaje.

—Lo comprendo, pero debo hacerle antes unas preguntas. Espero ser muy breve. ¿Puede mostrarme su documentación?

—Claro, aquí tiene... Usted dirá.

—Bien, ¿cuál es su nombre?

—Mark Reber.

—Es alemán. ¿No es así?

—Nací allí y soy hijo de padre prusiano. Si bien, llevo muchos años fuera. Londres, París y ahora, Nueva York.

—Ya... ¿Y cuál es el motivo de este viaje?

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Puede explicarme algo más? —preguntó el detective.

—¿Acaso debo hacerlo?

—Le convendría. De lo contrario podría retenerle hasta que tuviéramos claro que no viaja por motivos... Ummm, digamos... ilegales. Compréndalo, es por la seguridad.

—¿De qué motivos ilegales habla?

—Solo le pido que me dé una explicación coherente de la causa de su viaje.

—Ya le he dicho. Una mujer.

—Si no me dice más, creo que se va a perder la cena.

—Me escribió hace unos días para decirme que venía en este barco por una gestión que debía hacer en Londres. Esta misma mañana, mientras desayunaba, he leído en el *New York Times* el aviso de la Embajada del Imperio alemán. Me he preocupado. Lo he dejado todo y me he dirigido a la terminal a coger un pasaje.

—Loable intención... Mucho debe apreciar a esa mujer, pero... ¿no hubiera sido mejor, ante tal preocupación, que simplemente la hubiese convencido para que desistiera del viaje?

—Es probable —contestó Reber, tras una breve pausa.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Evelyn...

—¿Qué más?

—...Dykinson.

—Muy bien. —El detective se dirigió por una frecuencia de radio para comunicaciones internas, a un oficial de control a quien pidió comprobaran la existencia de una pasajera con ese nombre.

—¿No sabe qué camarote tiene? —preguntó el detective volviéndose hacia Mark Reber.

—No.

Al cabo de unos instantes le devolvían la llamada asegurándole que no había registrada ninguna mujer con ese nombre. La efigie altiva que ofrecía en relieve una lámpara de queroseno adicional que se balanceaba —«una imagen muy apropiada para interrogatorios», pensaba Mark —, del detective sobre la silla atornillada al suelo, quedo, salvo la mano derecha que acariciaba suavemente el prominente resalte nasal, miraba con recelo a Reber, que también había escuchado el mensaje.

—¿Y bien?

—Puede ser que no esté registrada con ese apellido.

—Pues usted me dirá. ¿Con qué nombre puede estar?

—No lo sé. Solo sé que se llama Evelyn.

—¿Me está diciendo que se embarca en este viaje por una mujer que no sabe ni cómo se llama?

—Se la ha conocido por Evelyn Dykinson.

—¿Su nombre de casada?

—No está casada.

—¿Entonces? Me empiezo a poner nervioso... y soy una persona tranquila.

—No creo que sea difícil dar con ella. Estoy seguro de que viaja en primera clase.

El detective volvió a llamar para que comprobaran si había alguna Evelyn entre los pasajeros

de primera clase.

—Creo que sería más fácil que me dejara buscarla... Puede estar tranquilo, al fin y al cabo no creo que pueda irme de aquí demasiado lejos.

Nuevamente una llamada del oficial de la sala de control comunicaba al detective que había una tal Evelyn Davis, que ocupaba el camarote A-39 de primera clase y que viajaba sola.

—... Además —prosiguió Reber—, ella no sabe nada de mi presencia en el barco, preferiría un impacto más agradable entre nosotros, sin que mediara la policía.

El detective lo pensó, luego dio su consentimiento, «pero eso sí —aseguró—, de momento estará *acompañado* por alguna persona de seguridad del barco». Mientras tanto él pediría informes sobre su persona, por telegrafía, a distintos lugares. Mark Reber salió de nuevo hacia el comedor seguido por el marinero a instancia de Pierpoint.

Cuando el camarero le iba a llevar a su mesa, en la planta superior del comedor, Mark aprovechó para preguntarle por el lugar en el que se encontraba la señorita Evelyn Davis. Aquel volvió a mirar la lista:

—Se encuentra en esta misma planta al fondo, a la derecha, ¿quiere que le lleve hasta ella?

—No gracias. —Reber cogió una hoja en blanco con el membrete del *Lusitania*, de un taco que se hallaba sobre la mesa del camarero de recepción del comedor y con una pluma que sacó del interior de su americana procedió a escribir una nota, luego la dobló, tomó un billete de su cartera y junto a la nota se lo dio al camarero—. Tome, lleve esta nota y entréguesela a la señorita.

Las comidas en el *Lusitania* eran realmente exquisitas y abundantes, incluso en el comedor de tercera clase, donde eran habituales menús con guisantes secos y quesos de Wiltshire, así como mucha fruta variada, fresca y enlatada. A pesar del retraso en llegar al comedor Mark Reber se encontró, junto a sus platos, con una copiosa carta para la cena que comenzando con variados tipos de sopas, entremeses y diversos entrantes recomendaba el fletán en salsa de Orleans, la lubina a la parrilla con salsa *Choron*, costillas de ternera, buey a la bordelesa, solomillo también de buey, pato asado con apio, jamón de Virginia asado, silla de cordero, pintada asada..., además de cinco postres, entre pasteles, tartas y helados, todo ello regado por vinos franceses de once años, un tinto Chambertin y un Chablis blanco que hacían las delicias de los comensales.

Mientras Mark, con intención de tomar una cena frugal, ojeaba la carta y un camarero le sugería diferentes combinaciones, el marinero adscrito a la seguridad, de forma discreta, a cierta distancia lo vigilaba, y Evelyn leía la nota manuscrita:

Evelyn: Estoy aquí, en el Lusitania junto a ti, para acompañarte en este viaje. Nos vemos después de la cena en el Verandah Café. Un beso. Mark.

Impresionada levantó la vista del papel recorriendo con su mirada todo lo que podía ver desde su sillón, pero Mark no aparecía en su visión. La agitación interior que sentía era tan grande que tuvo que coger la copa de agua para enjuagar su mente bloqueada por la emoción. Volvió a mirar y remirar el escrito. Lo dobló en varios pliegues, sonrió y lo guardó con fuerza entre su mano, sin soltarlo, al tiempo que se añadía a la conversación que en ese momento proponía el señor Lauriat.

LA NOCHE INOLVIDABLE

A popa del espacio de primera clase de la cubierta “A”, tras la sala de fumadores, se hallaba el Verandah Café, un lugar acogedor en el que con buen tiempo se abría el mamparo dejando una espléndida vista marítima desde la terraza. Ahora, la Cunard lo había redecorado con mucha planta verde, hiedra y mimbre que le dotaban un agradable aspecto que invitaba a lo sociable.

Cuando Mark Reber, que apenas había aprovechado la cena, recostado sobre la baranda del pasillo que daba acceso al café, contemplando la luna rodeada de estrellas en una noche caprichosa, sintió unos pasos de tacón cada vez más acelerados que se acercaban hacia él, se volvió y vio a Evelyn que corría ya, con la mano sujetándose la pámela. Se abrazaron, se besaron, sin mediar palabra, con tal ímpetu y frenesí que el propio impulso los hizo girar sobre sí, en un carrusel de pasión. El marinero de seguridad, boquiabierto, disimuladamente presenciaba la escena. Algunos pasajeros que en ese momento deambulaban por el pasillo miraban a la pareja sonriendo graciosamente. Desde entonces se referirían a ellos como «los amantes del *Lusitania*». Había sido un verdadero estallido de emociones, brotando en libertad, tras tantos meses reprimidas desde que sus miradas, en París, se hubieran juntado por vez primera.

Se sentaron a una mesita en el Verandah, donde Mark tomó una copa de *whisky* Black & White y Evelyn un café con leche descafeinado. Justo en una mesita frente a ellos, Ada Niro charlaba animadamente con su compañero de viaje que escuchaba atento, fumando en pipa, mientras rellenaba su vaso, ya provisto de agua, con una botella Canadian Club. Ada la saludó con la mano y un gesto sonriente que bien podía interpretarse de sentida aprobación por la grata compañía. Mark contó a Evelyn su preocupación tras la lectura del aviso de la Embajada. No quería dejarla sola en un viaje tan enigmático.

—Si ocurriera algo malo, preferiría que no estuvieras —dijo Evelyn.

—Si ocurre una tragedia, que no lo espero, nunca me hubiera perdonado que hubieras estado sola. Estando juntos, en cualquier caso, será mejor.

Mientras los pasajeros disfrutaban, unos bebiendo y charlando, otros entretenidos con juegos diversos, en especial jugando al *whist* o a las porras por las millas náuticas que el barco alcanzaría en las siguientes 24 horas y los niños correteaban sin querer acostarse, haciendo amigos, el *Lusitania* avanzaba, abriendo el surco de una estela profunda en un mar bravío, a una velocidad inferior a su máximo posible, al haber dejado una caldera sin actuar, con motivo del ahorro de costos, necesario en tiempos de guerra, por lo que por una de las cuatro chimeneas del

buque no salía humo. Aunque los pasajeros lo desconocían, la Cunard había transmitido órdenes, con el fin de ahorrar 1.600 toneladas de carbón por viaje. Utilizando solo tres de las cuatro calderas se reducía la velocidad a una media de 21 nudos, lo cual suponía un día más en la travesía transatlántica.

La noche era bella e incitaba al amor. Evelyn rodeaba el brazo de Mark, apoyándose en él, cuando paseando por el contorno del buque, el detective Pierpoint se cruzó con ellos, y con un gesto de galantería, tocando el ala del sombrero e inclinando la cabeza los saludó a su paso; luego, más atrás, hizo una seña al marinero de seguridad para que dejara de seguirlos. No surgían indicios negativos de los informes recibidos sobre Reber.

Al paso de los distintos salones donde se concentraba la gente, Mark y Evelyn oían risas y clamores. Entraron en el salón de la música. Un cuarteto instrumental tocaba dulces melodías. Mark miró a Evelyn y la llevó consigo hasta el salón donde algunas parejas bailaban y así danzaron hasta la madrugada.

La noche parecía eterna, no podía tener fin. «¡Oh, Dios mío!... ¿Por qué no dejas que todos los minutos en la Tierra sean así?... ¡Tan maravillosos!... ¡Sí!...», se susurraban. Acabaron en el camarote de Evelyn. Se desnudaron e hicieron el amor como dos cuerpos que se necesitaban y se buscaban desde su nacimiento, sintiendo ese momento indefinido como si fuera la única noche de toda su existencia. Y de esa forma ¿acaso puede importar cualquier otra cosa?

EL U-20 SURCA LOS MARES

Mientras tanto, en Old Building, la sede del Almirantazgo en Londres, y más concretamente en la secreta Sala 40, los descodificadores y demás personal mantenían una actividad frenética. La desinformación lanzada, días antes, por el capitán Hall a través del servicio de contraespionaje nacional británico MI5, acerca de una concentración inusual de tropas en el oeste y sur de Inglaterra con salida hacia el continente, había causado efecto: seis submarinos alemanes partían con órdenes de destruir cualquier cosa que portara tropas o armamento. George Stone seguía, particularmente, a uno de ellos, el temido por sanguinario, *U-20*, que había salido de su base en Emden, al noroeste de Alemania. El día 30 de abril, a las 14:00 GMT, había sido captada su transmisión por radio indicando su ubicación, pasando por el golfo de Heligoland. Desde entonces lo había venido haciendo cada dos horas, lo que permitía a Stone detallar su posición en el mapa así como su velocidad. Sin embargo, la mañana del sábado 1 de mayo, había perdido la señal con el submarino. Momento en el que eran precisas otras acciones para poder seguirlo.

Esa mañana, el capitán Walther Schwieger al mando del *U-20*, había ordenado sumergirse a la profundidad de crucero, 22 metros. La niebla era muy intensa y cerrada, dificultando la visibilidad, por lo que era una medida de prudencia. A mediodía la niebla se fue disipando por lo que ordenó salir de nuevo a superficie. Los motores diésel, ahora, permitirían recargar las baterías para nuevas inmersiones. Los hombres aprovechaban, por turnos, para salir a fumar a la torreta.

—Intente contactar con el *Ancona*. Estará ya de vuelta en la base —ordenó Schwieger al radiotelegrafista.

A 45 millas náuticas de la estación de radio de la isla de Borkum habían perdido la conexión con esta; sin embargo la podían seguir manteniendo con el *Ancona*, buque de la Marina germana que se encontraba en la bahía de Emden, provisto con equipos de radio de larga distancia.

—No es posible, señor —dijo el operador al cabo de un rato y varios intentos infructuosos.

El capitán entonces se concentró en la carta de navegación que tenía sobre la mesa, acababan de sobrepasar las 235 millas de la base, donde se hallaba el *Ancona*. Tomó el compás de puntas y las reglas y comenzó a trazar un rumbo.

—Estoy detectando, muy cerca, gran actividad enemiga por radio, señor —volvió a decir el radiotelegrafista.

—Bien. Deje de emitir señales para que no capten nuestra presencia —ordenó el capitán. Schwieger llamó a su segundo.

—Nos encontramos a la altura de Edimburgo, del estuario del Forth —explicaba señalando con el compás la posición en la carta—. Rodearemos Escocia, a unas treinta millas de la costa. Luego bajaremos hacia el sur, por la costa occidental de Irlanda, para adentrarnos, finalmente, por el canal de San Jorge hacia Liverpool.

—Interesante. Seguro que tenemos caza —dijo el segundo oficial, comprendiendo que a pesar de realizar un gran rodeo para tal destino, sin embargo, la derrota sería mucho más segura—. Transmito la orden y el rumbo, señor.

La pérdida de comunicación con la superioridad dotaba al capitán del submarino para tomar todas las decisiones con total discrecionalidad. Sin embargo las órdenes entregadas a Schwieger eran muy concretas. Tras dar credibilidad a los informes sobre la partida de tropas hacia Alemania desde puertos del sur o del oeste de Inglaterra, se debía dirigir a las inmediaciones de Liverpool, mantenerse en posición mientras el abastecimiento y demás provisiones lo hicieran posible, y atacar cualquier buque con suministro de tropas o armamento enemigos.

Schwieger subió a lo alto de la torreta, en la parte central del submarino. La luz diurna que comenzaba a reducirse, brindaba su silueta recortada, con su gorra de visera y su abrigo de cuero impermeable, mientras oteaba el horizonte con unos prismáticos. Nada relevante. Bajó. Pidió un café caliente, bien cargado, y se encerró en su camarote donde lo esperaba *Petrus*, su pequeño perro salchicha, que en cuanto su amo se sentó, para redactar el cuaderno de bitácora con los últimos acontecimientos, se acurrucó a sus pies.

Esa tarde los vigías en la torreta avistaron algún buque, pero la visibilidad comenzaba de nuevo a empeorar, por lo que Schwieger decidió continuar, sin atacarlos. Cuando la niebla marina ocultó totalmente la visión volvió a ordenar la inmersión. Sería la noche del sábado cuando comenzó a despejar aclarando el cielo y entonces el submarino irrumpió con ostentación, entre las olas, del fondo del mar, como una gran ballena saltando a la superficie. La noche estrellada y la proa apuntando hacia Fair Isle, en las Shetland, al norte de Escocia.

En el *Lusitania*, ajeno a todo ello, no habían llegado todavía, otras noticias preocupantes como el bombardeo del *Cushing*, ni menos aún, que ese mismo sábado el petrolero *Gulflight*, con bandera americana, había sido torpedeado por el *U-30* frente a la costa de Cornualles, en el Reino Unido. A George Stone, en la Sala 40, sin embargo le preocupaba otra cosa, al tiempo que iba atando cabos. Había perdido la posición del *U-20*, pero conocía el historial y trayectoria mortífera de su capitán. Tenía claras las órdenes e intenciones que portaba y hacía cábalas, mediante cálculos de estima, pensando en su posible rumbo inusual y su destino letal. También estaban al corriente en la Sala 40 del aviso de la Embajada alemana en los medios americanos ante la salida del *Lusitania* y por si fuera poco habían interceptado comunicaciones por radio de la Marina alemana que desde la estación de Norddeich detallaban el rumbo, velocidad y derrotero del mismo. Todo ello lo expuso a su jefe Hope quien le contestó, con un gesto indicador del más arriba:

—Siga controlando, de momento hay otras prioridades y preocupaciones para el Almirantazgo.

Sin embargo a George Stone la mente de Schwieger, su posición y estrategia y, en especial, su siguiente movimiento en el aparente tablero de ajedrez que representaba el mapa que tenía frente a él, comenzaba a obsesionarlo.

43

LOS PASATIEMPOS

Además de las comodidades propias de un crucero transatlántico de lujo, como el *Lusitania*, eran precisas un sinnúmero de actividades de todo tipo para que los pasajeros pasaran entretenidos una travesía de una semana de duración, en la batalla contra el tedio que podría devenir, de lo contrario, en tales situaciones. La Cunard lo sabía bien y por ello en cada viaje contrataba mujeres jóvenes para el cuidado de los niños que organizaban juegos, tanto en salones de interior como en el exterior de las cubiertas, y en especial a las horas de los almuerzos y cenas de los adultos lo que posibilitaba a los padres degustar con tranquilidad las comidas. Del mismo modo otros monitores se encargaban de las actividades para los mayores. Y no faltaban todo tipo de ocurrencias, desde carreras de sacos hasta concursos gimnásticos o de distintas habilidades, como los de saltos de la comba o el juego de la cuerda en el que distintos grupos participaban en un tira y afloja con el límite de una raya de separación. Tampoco faltaban las porras, en las que se apostaban determinadas cantidades de dinero sobre las millas náuticas que el buque recorrería en las 24 horas siguientes; ni desde luego, las actividades propiamente de salón con distintos juegos de mesa, entre ellos, algunos de cartas en los que se jugaba mucho dinero, por lo que la empresa armadora prevenía de la existencia de jugadores profesionales que aprovechaban las travesías.

Cada cubierta, A, B y C, según las clases, contenía una sala de lectura y escritura de uso exclusivo para las damas y un salón de fumadores para los hombres. La sala de lectura de la cubierta A, de primera clase, se hallaba decorada con grandes alfombras rosas, cortinas de raso y tapicería en Rose du Barry; las paredes recubiertas de brocados de seda en gamas de colores cremosos y grises y el mobiliario con variados escritorios de recia caoba, se iluminaban en los días brillantes con la luz diurna que atravesaba sus hermosas vidrieras a través de su contorno y especialmente por la luciente cúpula de cristal de su parte superior. Si bien dicha sala se reservaba exclusivamente a las mujeres, la parte correspondiente a la biblioteca era de uso común. Tras la sala de la música, en esa misma cubierta, se hallaba la sala de fumadores de primera clase, decorada en estilo reina Ana, con paneles de nogal y muebles italianos en color rojizo.

Y las tertulias. Tampoco faltaban las tertulias, en ocasiones acaloradas, sobre las más diversas materias, que tarde o temprano acababan indefectiblemente en la guerra que en esos momentos sacudía con especial contundencia a Europa, la cual, dramáticamente se iba extendiendo. Y cómo no. En el fondo todas las personas que viajaban en el *Lusitania* llevaban

por dentro un cierto, digámoslo así, cosquilleo en el estómago, algo vago pero perceptible, continuo, pues no se extinguía, lo mismo de día como de noche. Tan solo el sueño, cuando — bendito sea— aparecía, lo apaciguaba, pero a la mañana siguiente, seguía ahí, en el mismo sitio, en el interior de cada uno. Por ello, cómo no, al final, tras la guerra devenía siempre algo relacionado con los submarinos y la advertencia alemana. Sin embargo, existía de forma generalizada una creencia de seguridad en su viaje por varios motivos y muchas veces, incluso, quizás obviando aquella extraña sensación interior (o tal vez, precisamente por ella), era fácil que acabara la conversación en el chiste fácil relacionado con ello.

El domingo, al mediodía, una jornada gris y desapacible, tomando un aperitivo en el Verandah, con anterioridad a la comida y alrededor de la barra, se fueron juntando distintos pasajeros, uno de ellos era Richard Smiley, comerciante, de cara redonda y ojos desenfocados tras unos gruesos vidrios en gafas de fina montura; más bien bajo y regordete, vestía un traje beige muy claro, casi blanco, como el sombrero panamá que lucía. Una corbata granate, de seda, anudada de forma mayúscula y vistosa, ilustraba su figura. Disponía de varios comercios de variedades en Nueva York, Boston y Filadelfia, pero mantenía una seria ilusión en expandirse y, por eso, a pesar de la guerra, se dirigía a Europa, donde pensaba tratar con diferentes suministradores e inversores, con los que mantenía largas relaciones comerciales. Hablaba en voz alta, como era normal en él, quizás para compensar su estatura. Había terminado su segundo coctel de champán. Junto a él se encontraban su esposa y otro matrimonio con el que se acababan de topar tras conocerse el día anterior en el comedor. Habían comenzado una conversación de manera trivial, acerca del tiempo inclemente, cuando se dirigió al barman, cuya chaqueta blanca llevaba cosida una plaquita que señalaba el nombre de Luca.

—Luca, ¿crees que llegaremos sanos y salvos?

El barman, sorprendido, sonrió. Luego contestó:

—Por supuesto, señor.

Entonces, Smiley, sacó del bolsillo de su americana un telegrama que había recibido esa misma mañana, mostrando su contenido al camarero.

—Tenemos al país en vilo. La prensa se hace eco del petrolero americano torpedeado y se pregunta sobre si los pasajeros del *Lusitania*, tras la advertencia germana, estaremos seguros.

El señor Pearl, que también se encontraba en la barra había escuchado las palabras de Smiley lo que hizo que entrara en la conversación:

—Sí señor. Yo también he recibido otro telegrama de mi familia muy preocupada, en similares términos.

—A mí me ha pasado lo mismo —dijo otro caballero desde la esquina opuesta.

—Bueno. No se preocupen, señores —dijo William Cloete, entrando también en escena, levantándose del sillón que ocupaba cercano a la barra, con un grueso y largo puro encendido sujetado en su mano izquierda—. Acabo de hablar con el segundo capitán Anderson. Me ha trasladado la máxima tranquilidad. La velocidad del *Lusitania* dobla la de cualquier submarino alemán, más no solo eso, sino que me ha asegurado que en cuanto entremos en zona de guerra seremos escoltados por destructores británicos, como lo vienen haciendo habitualmente con los barcos de pasajeros.

—No creo de ninguna manera —dijo Mark Reber, que acababa de entrar en la cafetería—, que nadie sea tan cruel de atacar un barco de pasajeros y menos si estos pertenecen, en gran número, a países neutrales.

—Luca, ¡saca unas botellas de champán y sirve a todos los presentes, invito yo. Hoy cumpla 60 años y esto hay que celebrarlo! —exclamó Richard Smiley.

El barman sirvió las copas de las personas alrededor de la barra que se encontraban en plena algarabía. Smiley levantó la suya solicitando un brindis y todos hicieron lo mismo. Tras ello, en un breve silencio, mientras bebían, Elbert Hubbard, dijo:

—En cualquier caso señores, si nos torpedean tengan seguro que no nos iremos a pique, ¡en todo caso saltaríamos por los aires, pues se dice que las bodegas se hallan atestadas de material armamentístico!

La bebida ayudó a que las risas tomaran la exclamación de forma chistosa.

PATRULLEROS EN LAS ISLAS ORCADAS

Un grito sobresaltó a Walther Schwieger a temprana hora de la mañana cuando aún se encontraba en su camarote. Un vigía, desde la torreta del submarino, había avistado algo. El capitán ascendió rápidamente. Tomó los prismáticos. Se encontraban cerca de un lugar extremadamente vigilado: el archipiélago de las Orcadas, al norte de Escocia, y a escasa distancia la importante base británica de Scapa Flow. A solo tres millas náuticas, por estribor, pudo distinguir Fair Isle. Dos destructores patrullaban la zona. Había mar gruesa.

—¡Inmersión inmediata! —ordenó, cerrando la escotilla de acceso a la torreta.

Una operación siempre arriesgada, máxime en determinadas condiciones y urgencias. En tan solo setenta y cinco segundos el *U-20* era capaz de encontrarse a profundidad de crucero, pero se hacían eternos. La sumersión provocaba a su vez un movimiento en el mar que podía ser avistado y, en tal caso, ser embestido o impactado por un proyectil de artillería que hiciera imposible la inmersión. Requería, asimismo, gran destreza técnica y conjuntar todos los elementos.

—¡Ajusten los hidroplanos para inmersión máxima!

Los encargados de los timones horizontales de profundidad colocaron los hidroplanos de proa hacia abajo y los de popa hacia arriba. El agua fluía por encima. Buena señal. Los tanques succionaban el agua de mar en la medida necesaria. Los cálculos de flotabilidad eran muy complicados y debían hacerse sin demora. Las variables, en cada caso, podían ser muy diferentes. Dependían de muchos factores cambiantes: peso, temperatura, salinidad, etc. y afectaban otros, no menos importantes, como las corrientes o el estado de la mar. De repente un rugido procedente de los hidroplanos. La tripulación en esos momentos controlaba hasta el ruido de su propia respiración. Eran todo *oídos*. Parecía que los hidroplanos no absorbían debidamente el agua de mar.

—¡Todos a proa! —ordenó Schwieger buscando apoyo con el peso de la tripulación.

El submarino comenzó a caer en picado. Los hombres fueron lanzados, despedidos. Schwieger se tuvo que sujetar al periscopio y los marineros, con dificultad, trataban de bascular la nave con su peso. El manómetro mostraba parpadeante una luz roja.

—¡Llenen de aire los tanques! —gritó Schwieger.

El submarino finalmente se estabilizó. Los motores de succión actuaron, entonces, correctamente. Las válvulas superiores expulsaban el aire y por las inferiores entraba el agua. La tripulación en total silencio. Los tanques rugían. Todos prestaban atención a cualquier sonido

que provocara alguna fuga. El segundo oficial no quitaba los ojos de los manómetros de control.

Al tiempo de la inmersión los encargados de la sala de máquinas accionaban los motores eléctricos y detenían los diésel. Una vez en el interior del mar aparecía una nueva dimensión, la magnitud vertical, la altura de la profundidad a la que podían navegar. El *U-20* había de confiar en las cartas náuticas que mostraban el *datum* y calidad de los fondos. Lo cual no dejaba de ser muy arriesgado. Un error por un bajío o un pecio no señalado podía ser fatal. La zona por la que transcurrían tenía calados elevados pero en la cercanía de un archipiélago podían aparecer elementos no controlados. Sumergidos, a través de las escotillas cerradas y bien selladas, no era posible tener una visión perceptible del exterior. Por eso era tan importante el sentido del oído. El *U-20* no contaba con sonar electroacústico.

Al mediodía de ese domingo Schwieger ordenó ascender. Otro irritante momento. Había que hacerlo en su medida justa. No se sabía con qué se podían encontrar en superficie. Si aparecían cerca de un destructor sería su fin. La salida, con buena mar, aunque solo fuera del periscopio podía crear la espuma suficiente para que los vigías de los barcos cercanos lo divisaran. A distancia, sin embargo, con el periscopio tenían la ventaja de ver el humo de las chimeneas de los buques de superficie sin ser vistos. Eran momentos, pues, de gran conmoción somática para todos los tripulantes del submarino. El silencio perturbador era absolutamente necesario. Cualquier sonido de una hélice o de un casco *cortando* el mar podía devenir fundamental. No existía otra cosa para detectarlo.

A más de uno, en esos momentos, le vino a la cabeza lo que habían pasado cuando meses atrás pensaron que había llegado el fin de sus cortas vidas, al caer en una trampa, cuando tras un violento impacto escucharon el desgarrador sonido estridente de un objeto metálico rozando el casco de acero y de repente, comenzaron a caer. Los timones horizontales de inmersión no respondían y el submarino zozobraba hasta que tocaron fondo —en esas aguas, a treinta metros—. Habían quedado atrapados por una enorme red metálica. No había tiempo que perder. Son esos momentos en los que la mente revisa aceleradamente todas las alternativas de actuación en base a experiencias vividas y a riesgo de no acertar. La vida de toda la tripulación estaba en serio peligro. El silencio desgarrador de los hombres empapados por un sudor frío dejaba oír, por encima, el característico ruido de motores en la superficie. Los rostros atormentados de la tripulación reflejaban el miedo del momento, al tiempo que pasaban por sus pensamientos fugaces imágenes de sus hogares y seres queridos como si fueran a perderse para siempre. «¡Atrás, toda!», ordenó el capitán. Los motores eléctricos funcionaron. La red metálica chirriaba de forma ensordecedora y denterosa aprisionando el casco. El submarino comenzó a retroceder. Lentamente. Parecía que iba a estallar en cualquier momento. La tensión iba en aumento hasta que de pronto se sintió una liberación. Se había logrado soltar. El silencio volvió a ser profundo y total. «Noventa grados a babor», ordenó Schwieger, mientras el oficial encargado miraba ansioso los indicadores de control, empapados por las gotas de sudor que caían de su frente, transmitiéndoselos al capitán. Siguieron otras maniobras hasta que por fin pudieron ascender, pero entre el silencio, acongojados, seguían percibiendo el insistente ruido de motores de algún destructor que en superficie seguía sus pasos. Si bien no habían comenzado a usarse cargas de profundidad destructivas de submarinos, la tripulación temía a los destructores enemigos capaces de alcanzar velocidades de hasta 35 nudos: el disparo certero de un torpedo u otro proyectil de superficie sería mortífero o su enorme y potente proa podía embestirlos y partir la nave submarina literalmente en dos. Pero a pesar de las continuas bordadas y cambios de rumbo el

destructor los seguía. Hasta que llegó la noche y el insistente runruneo de las hélices del buque de guerra británico comenzó a alejarse. Extenuados, por fin emergieron. El capitán abrió la escotilla y salió al exterior. Sería entonces cuando pudieron comprender el motivo de la persistente persecución: con el retroceso para desembarazarse de la red se habían enganchado al cabo de una boya la cual arrastraban guiando al destructor hasta que la oscuridad de la noche hizo que la perdieran de vista. Esa vez habían tenido suerte, pero ¿qué sucedería la siguiente? Se decía que los británicos estaban colocando explosivos en las redes para destruir los submarinos.

Ahora el océano, sin embargo, se hallaba encrespado, el mar de viento producía muchos *borreguillos* de blanca espuma. El mar de fondo provocaba una ola de noroeste de varios metros. La mar, en suma, los zarandeaba como un minúsculo elemento ante la fuerza de la naturaleza. Schwieger observó rápidamente girando 360 grados su periscopio. No parecía haber, en principio, nada preocupante.

—¡A superficie! —repitió el segundo, tras la orden de Schwieger.

Sin embargo las primeras apariencias habían sido engañosas. Tras emerger se podía ver que entre Fair Isle y North Ronaldsay, en las Orcadas, un cordón de buques antisubmarinos se hallaba dispuesto, y a cierta distancia, a su popa, los dos destructores que habían visto antes, seguían al acecho.

—No es posible pasar de día y con esta visibilidad —dijo Schwieger a sus oficiales —
¡Inmersión!

Nueva navegación submarina. Schwieger sabía que llevaban muchas horas bajo el mar lo que significaba un sobreesfuerzo para sus hombres. El aire dentro del submarino se hacía denso y el calor no dejaba respirar. Siguieron otras cuatro horas hasta que volvió a pedir subir a altura de periscopio. Eran las 16:30 GMT. Un patrullero aparecía a estribor por lo que de nuevo ordenó inmersión y avance a la mitad de la velocidad de crucero sumergido. Ahora la preocupación estribaba en las baterías. Los oficiales sabían que apenas tendrían energía a esa velocidad para otras cuatro horas más. El silencio volvía a ser aterrador solo roto por esos sonidos característicos dentro de una caja metálica que avanza por el interior del abismo marino. La tripulación esperaba la orden del capitán para ascender. El límite se acercaba. Las baterías crujían. Todos sabían que si se agotaban tendrían que emerger estuvieran o no las patrullas, y siendo la velocidad de esos buques muy superior a la que ellos podrían lograr con el submarino, acabarían por ser alcanzados. Por otra parte, tampoco podían apoyarse en el fondo a la espera de un momento mejor. El calado era muy superior a la presión que dentro del submarino podrían soportar a tanta profundidad.

Por fin, a las 19.00 GMT, pronunció las esperadas palabras:

—¡Altura de periscopio!

Los nervios a flor de piel. Schwieger giró el periscopio, despacio, conteniendo la respiración.

—¡A superficie!

Fue un clamor espontáneo. El que salió de las bocas de todos los tripulantes, rompiendo la enorme tensión, algunos lanzando las gorras al aire. Habían sido horas agotadoras en las que apenas habían avanzado 50 millas náuticas.

El capitán ordenó separarse de la costa. A lo lejos, por su popa, todavía podía distinguir el humo de las patrullas.

Una vez fuera, en alta mar, viraron hacia el sudoeste. Hacia las islas Hébridias Exteriores, en la parte occidental de Escocia. El estado del mar comenzaba a aminorar. Aún faltaban tres días

para llegar al destino en las inmediaciones de Liverpool y todavía no habían atacado ni destruido ningún objetivo.

LOS ESPIRITISTAS

Los días iban pasando entre los pasajeros del *Lusitania* mientras avanzaban hacia su destino. Y conforme transcurría el tiempo algunas relaciones se estrechaban. No era fácil dar con las personas que una deseaba tratar, como ocurre al cabo de la vida, pensaba Ada Niro mientras paseaba, a media tarde, junto a su amigo Joseph Dalton. Ella se consideraba feliz junto a él, pues era una persona culta, con gran conocimiento de la doctrina espiritista, algo que apasionaba a ambos. Doctorado por la Universidad de Harvard, a pesar de su juventud, Dalton había dado clases en Princeton, Harvard y Berlín. Portaba en la mano el libro *Matière et mémoire* de Henri Bergson. Un tratado sobre la relación del cuerpo con el espíritu. Ella disfrutaba escuchándole, mientras él se lo leía y traducía del francés al mismo tiempo, en esos momentos en los que, como unos instantes antes, se hallaban plácidamente recostados en unas tumbonas, uno junto al otro.

Ada Niro había dimitido de la junta directiva del Instituto de Investigación Psíquica de Nueva York, al cual había contribuido a fundar con la donación de una importante cantidad de dinero, cuando Dalton, que era editor del periódico de la citada organización, fue destituido de su cargo por discrepancias con el presidente por su línea editorial. E iba más allá, hasta el punto de que, en el fondo, su viaje a la capital londinense no solo consistía en meras reuniones de espiritismo, sino que viajaban con la idea de reunirse con importantes miembros de la Sociedad Británica para la Investigación Psíquica, de la cual ella también era miembro, pues estaban dispuestos a crear una nueva organización en los Estados Unidos.

Entraron en el salón de la música y allí, alrededor de una mesita baja, junto a la chimenea, tomando el té, mientras un pianista tocaba suaves melodías, se hallaban sentados Mark y Evelyn. Cuando los vio, Ada Niro se acercó a ellos.

—¡Qué casualidad! —exclamó, dirigiéndose a Evelyn—. Esta mañana hemos coincidido en el desayuno, luego en el salón de lectura y ahora aquí.

—Bueno, no es tan difícil coincidir dentro del barco —dijo Evelyn.

—No es mera coincidencia. Ahí aparece el poder de la mente y la telepatía. Se lo aseguro —replicó Ada Niro—. ¿Podemos...? —comenzó a preguntar señalando los sillones vacíos junto a la mesa.

—Sí. Por favor. Siéntense —contestó Evelyn, mirando a Mark que afirmó con gesto sonriente.

—Pues sí —repitió Ada—, la fuerza de la mente puede ser arrolladora. Dominarla es uno de los objetivos de nuestra pasión. ¿No le parece interesante? —preguntó mirando directamente a

Mark Reber, mientras Dalton pedía unas consumiciones al camarero que se había acercado.

—Lo es. No cabe ninguna duda —contestó Reber.

Tan solo se conocían de una previa y rutinaria presentación, cuando ambas parejas de forma casual habían tropezado a la salida del comedor.

—Como también lo es establecer contacto con los espíritus —continuó Ada, mirando con fijeza a Mark.

—Supongo que sí —dijo este.

—¿Solo lo supone? —preguntó Ada Niro.

—Imagino que tener una experiencia semejante ha de ser algo muy... impactante, excitante desde luego —alegó Mark—..., pero permítame, con el debido respeto y también quizá por mi ignorancia en el tema, dudo mucho que eso pueda ocurrir.

—Probablemente si asistiera a una reunión donde una médium hace, ante sus ojos, levitar la mesa que tiene delante, cambiaría de opinión —intervino Dalton.

—Es probable... pero me cuesta creer todo aquello que no sigue una metodología científica —alegó Reber.

Dalton lo miró a los ojos con esa sonrisa de aquel que se cree sabedor de la verdad. Fueron unos segundos en los que meditó su respuesta:

—Desde los estudios y recopilación de Kardec hasta hoy se ha avanzado mucho. A muchas personas como a nosotros mismos, señor Reber, nos ha dado la respuesta coherente al enigma mismo de nuestra vida como existencia corporal. —Luego, sacando un sobre abierto de entre las páginas del libro que portaba, de donde extrajo una hoja manuscrita, continuó—: Mire usted, llevo conmigo esta carta de una señora inglesa, madre de tres jóvenes muchachos. Los tres fueron alistados. Dos enviados, hace unos meses, al frente de Ypres. Uno de ellos en cuanto salió de su trinchera cayó abatido por una granada, su hermano lo vio y salió detrás a interesarse por él. Otra bomba los aplastó y allí quedaron sus cuerpos abrazados y sepultados por el fango, pues no los pudieron recuperar. El tercer hijo, se encontraba como marinero en el acorazado *HMS Cressy* cuando fue torpedeado por un submarino alemán. Su cuerpo tampoco ha aparecido. Ahora la única esperanza de esta desconsolada madre —decía levantando la carta—, es poderse comunicar con los espíritus de sus hijos y ese es el único, también, motivo que la mantiene viva. Esperamos reunirnos con ella en Londres.

—A veces me pregunto, señor Dalton —dijo Reber—, si no será la enorme debilidad de nuestro ser, la angustiada sensación de entender nuestra limitada capacidad; de llegar a comprender como seres inteligentes que no somos nada... y que desde el comienzo de la humanidad misma, nos haya preocupado tanto el destruirnos, el destruir al contrario o simplemente al otro... Si no será, que ante dramas como la guerra, esa debilidad nos lleva a buscar y crear formas imaginarias e irreales como única manera de escapar de nuestra propia tragedia.

Un silencio profundo, solo roto por las notas al piano, se tornó entre las dos parejas. Finalmente, al cabo de unos largos segundos, intervino Ada Niro:

—El cuerpo, señor Reber, no es nada más que el recipiente donde se encarnan los espíritus que permanecen en un estado invisible. —Luego, dirigiéndose a Evelyn, con una sonrisa, preguntó—: ¿Y usted qué piensa? Está muy callada.

—Estoy a gusto escuchándoles, pero creo que es momento de salir a estirar las piernas y

tomar el aire fresco marino.

Todos decidieron que eso era lo que había que hacer. Afuera, en la cubierta, un grupo de marineros hacía prácticas de seguridad y emergencia con los botes auxiliares que colgaban de los pescantes por los costados de algunas cubiertas del buque. Un buen número de pasajeros los rodeaban mirando cómo hacían las maniobras. Diariamente otro grupo inspeccionaba los chalecos salvavidas y demás elementos de seguridad. Los chalecos de primera y segunda clase eran los más modernos del mercado. Los de tercera eran antiguos. Sin embargo, alguien recriminó a unos tripulantes que hacían la inspección que debían preocuparse por mostrar y hacer prácticas con los pasajeros en el uso de los chalecos.

—Tiene en la puerta del camarote las instrucciones, señor.

—Ya, pero eso no es suficiente. Nadie hace prácticas de por sí. Sería conveniente que algunos marineros lo ensayaran con los pasajeros.

—Eso señor, debe decírselo al capitán.

Además, cada día también, los encargados de mantenimiento se encargaban de lucir las partes metálicas, pintar o corregir desperfectos. El *Lusitania* debía mostrarse como era: un enorme transatlántico de lujo, hermoso, rápido, y seguro.

Los niños, al cabo de unos días, ya habían hecho sus amigos y ahora disfrutaban de todo tipo de juegos vigilados, a cierta distancia, por las niñeras mientras estas charlaban de sus cosas entre ellas.

El cielo aún encapotado comenzaba a desvelar algunos claros dejando atrás los días grises y lluviosos que habían hecho despejar las cubiertas de pasajeros. El cambio de tiempo hacía que estos se animaran a salir de los salones y camarotes para disfrutar en el exterior. Esto también había incitado a Abel Sinclair, «el fotógrafo guapo», como así se le había comenzado a conocer entre las damas viajeras que habían coincidido con él, a llevar a cabo una sesión de fotos, aprovechando los hermosos contrastes que ofrecía la luz natural, a dos chicas jóvenes que lucían sus encantos en distintos ángulos del *Lusitania* con espectaculares fondos celestes y marinos; mientras, su amigo Dino Acosta, envuelto en la nube de humo provocada por los cigarrillos, en una sala de juego, se encontraba en medio de una partida de póker jugándose una importante cuantía de dinero. Y otros pasajeros, simplemente, leían con avidez el *Cunard Daily Bulletin* donde, a bordo del *Lusitania*, se venían a enterar de las noticias que llegaban de los distintos frentes de la guerra.

Más tarde, Evelyn y Mark, que se habían despedido de Ada Niro y Joseph Dalton, disfrutaban de su amor, abrazados, en el espejo de popa de la cubierta A, mirando embelesados con la luz tenue cada vez más apagada del día que restaba, dejando aparecer ya una brillante luna, la belleza de la estela blanquecina provocada por el desplazamiento del buque *cortando* el océano en su camino.

Mientras tanto, en Nueva York, la Cunard entregaba en la oficina de aduanas un suplemento al manifiesto previo presentado antes de la salida, con la carga que el *Lusitania* transportaba. Eran 24 páginas en las que venía a declarar aproximadamente 300 objetos, y entre artículos dentales, maquinaria para ascensores de la compañía Otis, 157 barriles llenos de caramelos, obras de arte de importantes y reconocidos artistas y otros objetos de lo más variado, esta vez incluía también 50 barriles y 94 cajas de polvo de aluminio, 50 de polvo de bronce, todo ello muy inflamable, así como 1.250 cajas de proyectiles de artillería con metralla y 170 toneladas de munición para rifles Remington. Material de guerra que, entre otro, el Ejército británico esperaba

con urgencia.

46

BUSCANDO PRESAS

El *U-20* seguía su rumbo suroeste con cierta tranquilidad, navegando en superficie, sin ningún tipo de avistamiento, cuando a uno de los vigías le pareció divisar algo en el horizonte. Una vez se hubo asegurado debidamente con su compañero de guardia informó al capitán:

—¡Señor! ¡Barco a la vista!

Schwieger salió rápidamente. En efecto, parecía un carguero que iba directamente hacia ellos.

—Inmersión de periscopio —ordenó el capitán.

Conforme se iba acercando pudo comprobar que se trataba de un vapor con bandera danesa de unas 2.000 toneladas.

—Compruebe la existencia del barco en el libro de buques —dijo a su segundo, quien con Lanz, el oficial especializado, llegaron a una conclusión:

—Ese pabellón es falso. Es un barco británico que por su trayectoria ha salido de Edimburgo.

—Preparen torpedo de bronce para disparar por proa —ordenó el capitán.

La orden se extendió entre toda la tripulación. Era un nuevo momento delicado. Los timoneles debían actuar sincronizados para mantener la posición tanto vertical como horizontal. La tripulación debía colocarse de forma que el buque se estabilizara. El submarino se situó formando un ángulo recto entre su demora y la del carguero. Los cálculos algebraicos y de trigonometría requerían fórmulas complicadas por cuanto las distintas variables podían no ser exactas a pesar del telémetro del periscopio. El *U-20* disponía de 7 torpedos, unos de bronce, de 1.400 kilos y otros de giro denominados G6 más grandes y modernos, los cuales Schwieger prefería reservarlos para mejores objetivos. Además, también quería dejar al menos dos torpedos para el viaje de regreso. Según estudios de la Marina alemana esos proyectiles no eran muy fiables. El 60% fallaban. Justo antes de que el carguero hubiese llegado al punto calculado para el impacto, el capitán dictó la orden esperada por toda la tripulación:

—¡Disparen!

Cuando el torpedo salía lanzado de su tubo de proa, esta se levantaba, acompañada de un potente estruendo que provocaba una convulsión en toda la nave, de modo que los hombres de los timones horizontales debían compensarla de inmediato, sin embargo el torpedo se había quedado encasquillado al no soltarse el mecanismo de cierre. El mercante de pabellón danés se había salvado y su gente siguió sin enterarse de que había estado a punto de saltar por los aires.

Contrariado, Schwieger conminó a sus hombres de guardia a que estuvieran muy atentos en la búsqueda de nuevas *piezas* a las que disparar. Estaba malhumorado de pensar que todavía no hubieran cazado ninguna desde que habían salido de su puerto base.

El *U-20* seguiría rumbo al sur dejando a babor la costa occidental irlandesa. Aún distinguirían los vigías sendos barcos, uno de pesca, de quilla corrida, con muy poco calado lo que determinó que Schwieger renunciara a atacarlo pensando que el torpedo pasaría por debajo de la obra viva del pesquero; otro, un mercante de bandera sueca. Lo estuvo siguiendo durante un buen rato, parado, silencioso, como un gran felino esperando agazapado a su presa, a que se pusiera en el punto óptimo para lanzar el ataque y asestar el golpe mortal; sin embargo, cuando parecía que se dirigía a tal punto, el mercante viró inesperadamente, a gran velocidad. Schwieger nunca supo el motivo, como luego escribiría en su cuaderno de bitácora.

La niebla cerrada hizo que se sumergieran lo que suponía navegar muy lentamente con los motores eléctricos. De vez en cuando, el capitán levantaba el periscopio para ver si las condiciones cambiaban. Pasaron así toda la noche. Al amanecer las condiciones habían empeorado, sin embargo a mediodía la visibilidad se hizo de nuevo patente y entonces Schwieger ordenó emerger. Fue entonces cuando, al fin, divisaron Fastnet Rock, un islote en medio del océano, a poco más de tres millas náuticas del extremo suroeste de Irlanda. Un lugar mítico donde los haya, rodeado de misterio y naufragios entre fuertes corrientes y grandes temporales llegados del oeste. Sobre el peñasco un faro de granito en cuya vivienda, alejado del mundo, el farero mantenía vivos los quemadores de parafina que emitían su destello entre un mecanismo giratorio flotante de mercurio. Los irlandeses lo llamaban «el faro de las lágrimas» al ser el último que veían al emigrar a América. Allí, Schwieger ordenó virar noventa grados a babor, adentrándose en lo que unos años después, esa área del océano Atlántico, vendría a conocerse como mar Céltico, rumbo hacia el Canal de San Jorge. Una zona de mucho tráfico marítimo a la que el *Lusitaniase* estaba acercando.

Sería ahí, frente a la costa del condado de Cork, navegando en superficie a través de la neblina, cuando avistaron a lo lejos un barco de vela de tres mástiles. Schwieger ordenó preparar el cañón de cubierta. Sin embargo, cuando se acercaron al velero, comprobó que las apariencias le habían engañado en la distancia. Se trataba de la *Earl of Lathom* de Liverpool, una goleta de tres palos de apenas 90 toneladas; algo que no merecía la pena. Viendo que no había peligro se acercaron a su popa. Transportaban piedras de Limerick y Schwieger en un arrebato misericorde, no habitual en su concepción de la guerra, dejó marchar a la tripulación. Ordenó a los cinco tripulantes de la goleta que cogieran sus pertrechos necesarios y salieran raudos en el bote auxiliar a remo.

—¡Disparen! —mandó luego el capitán a sus marineros artilleros.

Los artilleros del cañón de superficie se emplearon a fondo pues la bella goleta se resistía. Fueron necesarios doce cañonazos en su casco para hundirlo.

Unas horas después, todavía con la neblina y con la luz diurna confundiendo ya la separación del horizonte, divisaron un vapor. Llevaba pabellón noruego y Schwieger calculó que tendría 3.000 toneladas, una pieza mucho más atractiva que la anterior. Ordenó a su segundo que comprobaran los datos del buque. Este lo comprobó con Lanz, el especialista. Algo no cuadraba. Schwieger se posicionó para el ataque. El vapor, al ver al submarino, se detuvo, esperando según las normas internacionales, que les instaran a abandonar el barco, pero en eso, Schwieger ordenó disparar el torpedo de bronce de proa, tras haber sido reparado el mecanismo que había fallado la

vez anterior. De repente, cuando el personal del vapor observó las burbujas producidas en superficie del torpedo dirigiéndose contra ellos, viró repentinamente saliendo con fuerza todo avante. El torpedo pasó rozando la popa del vapor. La niebla y la noche ocultaron cualquier rastro y el submarino se sumergió en la profundidad del océano.

A la mañana siguiente, jueves 6 de mayo, entre bancos de niebla y ratos de visibilidad moderada, navegando en superficie, en paralelo a la costa sur de Irlanda, se toparon con otro vapor. A esa distancia no podían identificarlo, tampoco divisaban su pabellón.

—Que suban a sus puestos de combate los artilleros del cañón de superficie y se prepare la tripulación para atacar —dijo el capitán a su segundo, quien transmitió la orden.

Cuando los hombres y el submarino se encontraban dispuestos para el ataque, el barco giró inesperadamente escapándose con rapidez.

—¡Avante a toda máquina! —ordenó Schwieger.

El *U-20* se lanzó en alocada persecución tras el vapor. Schwieger pronto se dio cuenta de que su velocidad era superior por lo que acabarían dándole caza. Junto a él, los oficiales ayudados con sus prismáticos disfrutaban viendo cómo a pesar de los esfuerzos del carguero por intentar esfumarse, haciendo una ruta zigzagueante, buscando la espesura de los bancos de niebla, se iban acercando en un hostigamiento que duraba ya dos horas. Finalmente un proyectil impactó de lleno en el casco del mercante. Como una presa herida de gravedad se detuvo, tumbándose sobre su costado de babor. Sus tripulantes lanzaron cuatro botes salvavidas con premura. Uno se hundió, los otros tres se alejaban con dificultad. Schwieger ordenó hundirlo. Entonces pudieron ver las letras repintadas del nombre del barco. Lanz lo comprobó en el libro de identificación. Se trataba del *Candidate*, de la compañía Harrison de Liverpool. 5.000 toneladas más que sumar al currículum de trofeos.

El día comenzaba bien para el *U-20*. Poco después de la línea del horizonte surcaba un nuevo objetivo. Schwieger se excitaba como el cazador o el pescador cuando divisa su posible presa. Toda la tripulación lo sentía de esa manera.

—Parece enorme, señor —dijo el segundo mientras oteaba el objetivo, aún lejano, a través de los prismáticos.

La niebla por momentos se hacía más persistente.

—Inmersión a profundidad de periscopio —ordenó el capitán.

A pesar de intentarlo y de ponerse en posición para coincidir con su trayectoria, la velocidad del transatlántico era muy superior a la que podía lograr el *U-20*, máxime sumergido, de modo que acabó perdiéndose a su alcance. Cuando Schwieger supo que se había tratado del *Arabic* de la compañía White Star, que había sido también la armadora del *Titanic*, no pudo ocultar su enojo.

Apenas una hora después un nuevo carguero volvía a cambiar el ánimo de Schwieger. Era el *Centurion*. Un primer torpedo de giro G6 impactó sobre el mercante que quedó tocado gravemente ladeado en la superficie. El capitán ordenó el lanzamiento de un segundo torpedo. Tras el estallido, una inmensa columna salomónica negra de humo, acompañada de enormes borbollones de agua de mar, causada por la disrupción provocada por el ingenio humano para destruir, precedió al engullimiento del buque por el océano con la ductilidad con que una gran serpiente devora a sus víctimas.

La niebla se echó encima. Schwieger anotaba más toneladas a su hoja de ruta. Ordenó inmersión. Le quedaban tres torpedos y dos los quería reservar para el viaje de regreso. El

combustible comenzaba a escasear y Liverpool aún se encontraba a un día de distancia. Una zona demasiado vigilada. Quizá —pensó por ello—, era mejor patrullar, hasta que el combustible lo permitiese, por donde ahora se encontraban, hasta la entrada del canal de Bristol, y regresar siguiendo la misma ruta, más segura, realizada en el viaje de ida.

EL ÚLTIMO BAILE

En el *Lusitania* esa noche, tras la cena, se anunciaba un *show* de magia y un espectáculo de variedades con concursos de todo tipo para los espectadores. Luego un concierto y baile de gala con orquesta.

A pesar de las circunstancias el tiempo pasaba y los pasajeros procuraban llevarlo lo mejor posible, aunque no era fácil evitar esa terrible sensación de incertidumbre por los momentos cruciales que se avecinaban. Felices por un lado pues se sabían cercanos a su llegada a Liverpool, pero por otro, entraban en la denominada zona de guerra del aviso de la Embajada germana donde podían encontrarse con algún submarino alemán con intenciones poco amigables. El cosquilleo en las entrañas de cada persona, desde luego, era diferente. Los había más animados y quienes dormían vestidos ante una posible e inevitable contingencia durante el sueño, o incluso quienes lo hacían con el chaleco salvavidas puesto. Otros, sin embargo, confiaban en el destino, en la seguridad de la travesía, los cuales a su vez, irradiaban esa tranquilidad a las personas de su alrededor.

Mark Reber, en particular, no sentía miedo. Se hallaba mejor que nunca, junto a la mujer por la que cada día que pasaba se encontraba más enamorado. Cada jornada le sorprendía algo nuevo de ella. Y cada día la veía más hermosa. Había oído, a algunos amigos pintores en París, decir que el amor hacia una persona hacía verla más atractiva. No sabía si esa percepción venía directamente de la vista o era producto de su reproducción en el cerebro. El caso es que era así. Evelyn era mujer de pocas palabras, al contrario que él. Era una mujer que, sin embargo, tenía la gran propiedad de saber escuchar y una enorme capacidad de empatía, de modo que pronto Mark entendió que su ser se desdoblaba en dos, que ambos eran una misma persona, aunque con apariencias exteriores e interiores muy distintas. La forma en que Evelyn transmitía sus sentimientos era fácilmente perceptible para Mark. Y desde luego el amor que irradiaba hacia su ser le había hecho comprender que ella era feliz por el solo hecho de verle a él así.

—Quiero que sepas que te quiero mucho, Evelyn.

—Y yo a ti también.

Mark era sincero. De hecho nunca había llegado a decir tal afirmación a ninguna de sus conquistas femeninas. Sí que había dicho, en múltiples ocasiones, a más de una mujer, que le gustaba y habían hecho el amor, pero nunca había manifestado a ninguna que la quería, nunca había sido de esa manera. Sentía que, por fin, había encontrado el amor que siempre había buscado para vivir y morir tranquilo.

Aquella noche, tras la cena, no quisieron quedarse al espectáculo, prefirieron pasear por las cubiertas. La noche marina comenzaba a mostrarse bella y estrellada. De un tiesto grande sobresalía un lindo rosal amarillo que florecía con todo su esplendor. Mark se acercó corriendo llevando de la mano a Evelyn. Cortó dos rosas hermosas. Una se la entregó a ella, la otra se la quedó; luego se asomaron a la barandilla de estribor portando cada uno en su mano la rosa amarilla. En eso, el viento fresco aparente provocado por la velocidad del barco se llevó volando la bonita pámela azul celeste de ella. Se echaron a reír, sin poder hacer más que ver cómo planeaba por la brisa hasta quedar tendida, nadando sobre el mar; apenas visible, iluminada escasamente, de soslayo, por las luces reflejadas por el propio barco.

—Evelyn. Ahora, cerremos los ojos. Pensemos en un deseo y lancemos las rosas al mar. El deseo se cumplirá.

—Sí.

Así lo hicieron. Con los ojos cerrados, durante unos segundos en silencio, agarrados por una mano, lanzaron con la otra, por encima de la borda del *Lusitania*, la flor que cada uno mantenía a las aguas del mar. Luego abrieron los ojos y se besaron largamente, en la oscuridad del pasamanos, bajo la media luna iluminada y las estrellas como testigos. Nada ya podría romper ese momento mágico, pues quedaría en sus mentes para siempre.

Después fueron al concierto y bailaron... y bailaron, hasta que al término de una pieza musical apareció el capitán Turner, quien cogió el micrófono de la orquesta y dijo, tras saludar a los presentes:

—Mañana entraremos en la denominada por Alemania, zona de guerra. Esta misma tarde hemos recibido una comunicación por radio de cierta actividad de submarinos al sur de la costa de Irlanda. Deben estar tranquilos...

Un leve runruneo se fue incrementando, hasta el punto de que alguien, con una voz potente, pidió silencio para que continuara el capitán:

—... Deben estar tranquilos y lo digo porque así lo creo, sinceramente. No solo por nuestra velocidad muy superior para que nos dé alcance un submarino alemán, sino porque nos estarán esperando para escoltar al *Lusitania*, como así ha ocurrido en otros casos, los destructores de la Royal Navy. No obstante, a partir de medianoche apagaremos las luces que puedan verse del exterior. Por favor, bajen las persianas y sobre todo, mantengan todas, absolutamente todas, las escotillas cerradas. Eso es todo. Muchas gracias. Pueden seguir divirtiéndose.

Algunas personas se abalanzaron hacia el capitán con el fin de expresar sus dudas y preguntas, pero Turner se excusó. No eran su fuerte las relaciones sociales, de hecho siempre que podía las delegaba en el segundo capitán Anderson. Dos oficiales le ayudaron para retirarse.

Precisamente Anderson en ese momento estaba coordinando los grupos compuestos por distintos oficiales y marineros para la inspección total del buque, comprobando todos los elementos sensibles y desde luego, el cierre de todas las escotillas y aperturas al exterior. Era preciso mantener una estanqueidad total.

Mark y Evelyn salieron tranquilamente agarrados de la mano y se dirigieron al camarote de ella para pasar juntos la noche.

48

SEGUIMIENTO DE LOS BUQUES POR LA SALA 40

No demasiado lejos de allí, entre la niebla, tres botes auxiliares ocupados por hombres con semblantes desencajados por el frío, la humedad y la desesperación de momentos tremendamente difíciles, se hallaban a la deriva cuando fueron avistados por un pesquero de Milford Haven. En cuanto fueron recogidos contaron que eran los supervivientes del *Candidate*, hundido por un submarino. Hasta que el pesquero, que carecía de radio, no llegó a su puerto no pudieron comunicar lo ocurrido.

Pasada la medianoche el telegrama del comandante naval de Milford Haven para el Almirantazgo llegaba también a la Sala 40. Poco después, el Centro Naval de Queenstown informaba del avistamiento de un submarino en las proximidades de Daunt Rock a las 9:45 de esa mañana del día 6 de mayo.

En el servicio secreto de la Sala 40, en Londres, los telegramas con los últimos incidentes y avistamientos protagonizados por un submarino se acumulaban. George Stone los tenía sobre su mesa y en un mapa anotaba las posiciones. El día anterior había recibido dos telegramas de la estación del Old Head en Kinsale. El primero informaba de cañonazos al sur, entre la bruma, a las 5:43. El segundo sobre el hundimiento de la goleta *Earl of Lathom* y el rescate de sus tripulantes. El Centro Naval de Queenstown también había enviado sendos telegramas al Almirantazgo comunicando el lanzamiento de un torpedo junto a Fastnet Rock al barco *Cayo Romano* y el posterior avistamiento de un submarino a poco más de diez millas náuticas de Daunt Rock.

George Stone estaba seguro de que se trataba del temido *U-20*, y en ese momento lo situó a 51°19'12" N y 8°13'12" W. Al sudeste de Kinsale. Fue entonces cuando con su vista fija en el mapa, donde aparecían colocados, en su posición, en pequeños modelos gráficos con sus nombres, todos los buques que navegaban por la demarcación controlada, vio horrorizado que el *Lusitania* se dirigía a 21 nudos, directamente, hacia la zona donde se encontraba el submarino del terror. Cuando esa misma tarde del 6 de mayo llegaba a la Sala 40 la interceptación del mensaje número 48, transmitido por la emisora alemana de Norddeich a toda su flota en el mar, indicando las fechas de las nuevas salidas y destinos del *Lusitania*, del *Tuscania* y del *Cameronia*, comprendió, si aún quedaba alguna duda, que estos transatlánticos eran un evidente objetivo militar para la flota armada alemana; y el *Lusitania* concretamente, se estaba metiendo en la misma boca del lobo..., si antes no lo impedían.

Sin embargo, al contrario de otras ocasiones, no se estaba haciendo absolutamente nada por

salvaguardar al *Lusitania*. La preocupación del Alto Mando seguía centrándose en ese momento, como en días anteriores, de forma clara y absoluta, en el *HMS Orion*, uno de los buques de guerra insignia de Gran Bretaña. El acorazado se hallaba vigilado y protegido ante la amenaza de los submarinos, primero retrasando su partida de Davenport al 4 de mayo en que, no pudiendo retenerlo más, se había planificado su salida rumbo a Scapa Flow, acompañado y escoltado por cuatro destructores hasta encontrarse libre de amenazas en su ruta hacia el norte. «Ahora, ya de vuelta los escoltas —pensaba Stone—, puede ser un momento propicio para que al menos uno, o dos, de los destructores que han custodiado al *Orion*, alcancen al *Lusitania* y lo escolten al paso de la zona más peligrosa de su travesía». Así se lo comunicó a su jefe, el comodoro Herbert Hope, a quien hizo entrega de un informe detallado, quien a su vez lo transmitió al director del servicio secreto, William Hall y al primer *lord* de Mar, Jacky Fisher. Una copia del informe se dejó en la mesa del despacho de Churchill, quien en ese momento seguía en su viaje por Francia.

A pesar de todo ello la respuesta había sido totalmente decepcionante para Stone:

—El *Lusitania* se las tendrá que valer por sí solo —dijo Hope.

—Señor, no podemos dejar a 2.000 almas indefensas a su suerte. Es claro que es un objetivo de guerra para el *U-20*, conocemos cómo actúa su capitán y sabemos que dispone de torpedos y proyectiles suficientes para acabar con cualquier buque. Si no hacemos nada seremos responsables de lo que ocurra —dijo, sonrojado, Stone, sin medir debidamente sus palabras.

—Al traspasar la puerta de entrada de esta sala, como usted debiera saber muy bien, las emociones se dejan aparcadas... No existen. Límitese a cumplir las órdenes. Ese es su deber —dijo Hope seriamente, poniéndose de pie—. Ahora, puede retirarse.

Cuando se encontraba a punto de atravesar el umbral de la puerta de la oficina de Hope, Stone se volvió al oír de nuevo a su jefe quien, ya más calmado y reflexivo, con las manos enlazadas a su espalda, espetó:

—Todo, muchacho, tiene siempre una explicación. En un servicio secreto todo vale en razón al *interés* general —remarcó—. Las decisiones del Alto Mando, siempre han de estar guiadas por ese *interés superior* —volvió a recalcar, al tiempo que hacía una seña con el índice derecho hacia arriba—. No corresponde al soldado o al agente hacer preguntas sobre ello. Solo debe comprender que es así.

La preocupación y el desasosiego de Stone ese mismo día se acrecentarían cuando examinando una carpeta con contenido del servicio secreto relativo al tráfico marítimo se topó con una carta de Winston Churchill, de ese mismo año, remitida a Walter Runciman, presidente de la Cámara de Comercio de Inglaterra, en la que entre otras cosas le decía que era «muy importante atraer buques neutrales a nuestras costas, con la esperanza de enemistar a Estados Unidos con Alemania... Por nuestra parte, queremos tráfico..., cuanto más mejor, y si alguno de esos barcos se mete en problemas, mejor todavía».

Esa noche, ya de madrugada, cuando George Stone llegó a su casa, no quiso cenar, tampoco pudo conciliar el sueño. Una imagen fatídica del *Lusitania* le venía constantemente a la cabeza.

UN RADIANTE Y SINIESTRO DÍA

El viernes 7 de mayo de 1915 algunos pasajeros del *Lusitania* se levantaron muy temprano con el fin de ver el amanecer, sin embargo una tupida niebla impedía contemplar la belleza de ese momento tan especial.

Lo mismo le ocurrió a Walther Schwieger quien entonces se alegró de la decisión que había tomado de no seguir rumbo a Liverpool. La niebla era peligrosa. No tenía visibilidad para atacar un objetivo. Por el contrario, se podía encontrar de bruces con un destructor inesperado. De modo que dijo a su segundo que transmitiera la orden para comenzar el viaje de regreso.

Por su parte, el capitán Turner ordenó reducir la velocidad del *Lusitania* a 15 nudos, hacer sonar la sirena en intervalos de un minuto y poner vigilancia especial desde la cofa. Un par de vigías especiales ayudados con prismáticos se encargaron de la misma. No obstante, el capitán sabía que a pesar del peligro que en circunstancias normales suponía la densa niebla que impedía la visibilidad, en ese momento era una especie de velo providencial que les protegía. Absorto en ese pensamiento se encontraba, cuando un marinero entró por la puerta de la sala de control donde se hallaba, para entregarle un telegrama del Almirantazgo que avisaba de submarinos activos avistados al sur del canal de Irlanda, y más concretamente, a unas 17 millas náuticas del buque faro de Coningbeg. Lugar hacia el que se dirigían.

Pero como si unos ángeles hubieran pasado un paño por un cristal en el que la condensación cercenaba la visión con cerradas partículas que invadían con un manto gris cualquier escena ante sus ojos, de pronto comenzó a disipar mostrando el lucido esplendor, con todo su realce, en plena naturaleza. Y el sol comenzó a brillar radiante y el mar calmo, apaciguado, ofertaba una tranquilidad que empapaba los sentidos de bienestar y relajación.

Fue una ayuda para que los pasajeros del *Lusitania* saliendo a las cubiertas y a los puentes pudieran disfrutar en su último día de viaje de un momento maravilloso y confortable en medio del mar. Al fondo, a babor, con esa buena visibilidad, comenzaba ya a percibirse el contorno moldeado de la costa irlandesa. Aun así, el viento aparente que provocaba la velocidad del barco hacía ponerse una ropa de abrigo. Las gentes vistiendo sus mejores indumentarias, los unos jugando al tejo, los otros siguiendo el resultado de las porras sobre las millas náuticas recorridas en la última singladura y los demás dedicados a los más diversos entretenimientos. Las niñas saltaban a la comba, los chicos jugaban y se divertían a todo tipo de juegos con los amigos que ya habían hecho, sin importarles las clases; algunos muy pequeños, bebés que apenas podían ser capaces de dar un par de pasitos seguidos, querían sumarse a la fiesta, pero se caían y luego se

esforzaban por levantarse, chupete en boca, mientras sus madres o niñeras los miraban felices. El viaje estaba a punto de llegar a su fin. El ánimo ascendía y el sol, ahora, ¡qué fuerza psíquica tiene para ello!, irradiaba sensaciones muy satisfactorias.

Mark abrazó a Evelyn, todavía tumbados en la amplia cama del camarote. La besó. Besó su espalda clara, lechosa, manchada de pecas graciosas, mientras cerraba los ojos sintiendo percibir el aroma que desprendía el desnudo cuerpo de su amada. Se tenían que levantar, susurró a Evelyn. Los días anteriores se había levantado temprano, incluso el lunes a las cinco de la mañana para ver el amanecer, pero las nubes aquel día habían impedido mostrar toda la belleza del momento. Ambos se encontraban muy a gusto, yaciendo juntos, abrazados en la cama. Hacía tiempo que estaban despiertos. Ojos abiertos. Caricias y sensaciones. Pensamientos fugaces. Pasado... Futuro. «El presente no existe —pensaba en ese momento Mark—: solo es una ficción del tiempo detenido, pues este, en verdad, no se para y cada segundo, cada décima de segundo que se vive, es ya simplemente pasado». «El minuto que está por venir es futuro y por eso se desconoce —solía decir—. Cuando llega, como una exhalación es ya pasado. Entonces, si estás vivo, podrás hablar de él».

Y así estaban los dos, sumidos en una aureola de paz y amor, también por qué no decirlo, de pereza.

—Hay que levantarnos Evelyn. Son las doce. Ya es mediodía.

—Sí... Se está tan bien...

A la una de la tarde comenzaba el comedor de primera clase. El de segunda tenía dos turnos. Otro telegrama llegó al *Lusitania*.

—¿Qué dice? —preguntó Turner al marinero de radio que lo traía, sin dejar de mirar por los prismáticos.

—Avistados submarinos a las diez horas de esta mañana a 4,3 millas náuticas al sur del cabo Clear. Se dirigen hacia el oeste —leyó el marinero.

—Bueno ya hemos sobrepasado ese cabo —dijo Turner, mirando a Anderson—. Ahora aparecen submarinos por todas partes y todavía no hemos recibido escolta alguna. ¡Malditos sean!

En la Sala 40 se habían recibido los últimos informes del hundimiento del *Centurion*, pero también a esa hora el público en tierra, a ambos lados del Atlántico, conocía los últimos ataques. El *Washington Times* la noche anterior los informaba con detalle. Los vendedores de periódicos de Liverpool habían despertado a sus lectores con los recientes hundimientos por submarinos. El pensamiento de las gentes se centraba ahora en el *Lusitania*. El presidente de la armadora Cunard, Alfred Booth, tras leer con enorme preocupación las noticias, mientras desayunaba, se desplazó para ver y presionar al oficial naval de mayor rango en Liverpool, quién le manifestó que haría lo que pudiera para avisar al capitán Turner del peligro.

Mientras tanto, en alta mar, en ese mismo momento en el que la claridad cambiaba radicalmente el panorama, Schwieger vio que un pesquero se acercaba hacia ellos.

—Inmersión a profundidad de periscopio —ordenó.

Así siguieron un largo rato cuando, de repente, el ruido de potentes motores se hacía cada vez más cercano.

—Inmersión a veinte metros —dijo entonces.

El fuerte rugido de los motores confirmaba que se trataba de un buque grande y poderoso.

Toda la tripulación del submarino contenía en esos momentos la respiración. Al faltar el sentido de la vista, el oído se hacía imprescindible para detectar qué estaba pasando en esos mismos momentos por encima. En cuanto comenzó a alejarse, el capitán Schwieger ordenó subir a altura de periscopio. Entonces pudo ver al acorazado británico *HMS Juno* que se perdía en zigzag. Un exabrupto salió en forma de grito contenido de la garganta de Schwieger, al tiempo que golpeaba con fuerza sobre la pared de hierro que tenía delante. Pero ya no podía hacer nada. La velocidad del acorazado era superior a la que ellos podían alcanzar. Tenían mucho más que perder que ganar si salía ahora a la superficie, pero sintió que habían perdido 6.000 toneladas de un buque de guerra enemigo que le hubieran reconfortado todo el viaje de regreso a Emden.

Apenas había pasado media hora cuando, ya en superficie, sobre una mar llana, como si estuviera dormida, el capitán Schwieger desde la torreta, mirando con sus prismáticos Zeiss al curioso horizonte que esta vez se unía en un azul intenso, tanto del cielo como del océano, sintió una especie de descarga eléctrica recorriendo todo su cuerpo al ver un punto oscuro, al fondo, que aparecía delante de ellos. Conforme se adelantaba, y el punto se hacía más grande, se comenzaban a insinuar lo que, con seguridad, tenían que ser imponentes mástiles y chimeneas de varios barcos, ¿o podría, quizá, ser un transatlántico enorme? Además venía hacia el *U-20*, su rumbo era perfecto para ponerse a su alcance en posición de tiro, si nada cambiaba.

—¡Inmersión! —gritó Schwieger exaltado—. ¡Profundidad de periscopio!

Tal fue el sentimiento que puso al dar la orden, que toda la tripulación supo que algo *gordo* se acercaba, aumentando la consiguiente tensión que de por sí, esos momentos suponían para todos.

Poco después, una exclamación de infortunio del capitán acompañada de un golpe con la mano abierta sobre el tubo del periscopio hizo presagiar a la tripulación que la presa se había vuelto a escapar.

En efecto, el capitán Turner acababa de ordenar virar para poner al *Lusitania* en un rumbo paralelo a la costa irlandesa.

En la sala de control del puente, Turner, acompañado del segundo capitán Anderson y del primer oficial John Piper, manifestaba sus dudas.

—Los telegramas recibidos no sirven sino para hacerme dudar más —dijo, mientras miraba el frente azul luminoso del claro mediodía—. Según señalan tenemos submarinos por delante y por detrás. Un día como hoy sería mejor y más apropiado ir bastante más cerca del litoral. El Almirantazgo, no obstante, avisa de que se circule, como medida de seguridad, por medio del canal de San Jorge... Sin embargo, por otro lado, indican avistamientos a 17 millas náuticas de costa, lo que en la parte más estrecha del canal viene a ser casi la mitad de este... ¿En qué quedamos? ¿Pretenden que naveguemos hacia los mismos submarinos?

Miró a los altos oficiales que le escuchaban, por si alguno tenía algo que decir, pero solo se limitaron a hacer gestos de afirmación. Luego, tras un ligero paréntesis en silencio, Anderson tomó la palabra:

—El caso es que tenemos que tomar una decisión. Nos quedan solo..., aproximadamente, 250 millas náuticas para llegar a Liverpool.

—Así es. Y además hay que prever la marea alta para poder sobrepasar la barra de Mersey. No podemos estar allí parados, expuestos como el blanco de una diana ante cualquier submarino —señaló Turner.

—Lo que nos obliga a recortar la velocidad en... —dijo Piper, mirando la tabla de mareas del

puerto de Liverpool—... unos tres nudos, con el fin de llegar para la marea de las nueve y cinco de la mañana.

Tras un breve momento en silencio. Turner dijo por fin:

—Bien. En principio tomaremos varias marcaciones para lo que nos pondremos paralelos a costa durante unos treinta minutos. Una vez tengamos exactitud de nuestra posición, volveremos a virar 45 grados a estribor. Vamos a pasar el canal de San Jorge de noche, es peligroso acercarnos demasiado a costa y no sé si se nos echará la niebla. La velocidad, por tanto, la reduciremos desde este momento a 18 nudos con el fin de retrasar la llegada para coincidir con la marea de la mañana. Transmita las órdenes Piper. Estaré en mi camarote. En cuanto conozca la posición haga que me la comuniquen.

—De acuerdo, señor —dijo Piper, mientras el capitán Turner salía mirando a Anderson en un gesto que denotaba preocupación.

Media hora después, cuando Walther Schwieger ya daba por perdida la enorme presa del transatlántico de las cuatro chimeneas, que tan cerca había tenido, y al que desde entonces no había quitado el ojo de encima a través del periscopio, volvió a estremecerse cuando, de nuevo, vio que el gran vapor procedía a cambiar el rumbo, y en esta ocasión lo hacía en dirección a donde él se encontraba agazapado y a la espera.

—¡Preparen torpedo G6! —La orden retumbó en los oídos de la tripulación, con el eco de la repetición de la misma por el segundo.

Entonces llamó a Lanz, el piloto especializado en buques, para que echara un vistazo al vapor. Este lo observó y dijo:

—El *Lusitania*. No hay duda.

—¿Cómo puede ser que venga hacia nosotros? —Se cuestionó Schwieger en voz alta.

—¿Sin escolta? —preguntó el segundo.

—Sin escolta —confirmó Schwieger.

—Parece extraño. En esta zona... habiendo sido hundidos otros barcos recientemente... — Volvió a reparar el segundo.

—Es muy raro, sí —musitó Schwieger.

El *Lusitania* avanzaba firme y confiado como un gigante hacia una posición inmejorable para ponerse a tiro de los mortíferos torpedos del *U-20*. Schwieger situó al submarino en un ángulo de 90 grados de la derrota del transatlántico y ordenó colocar el lanzamiento a tres metros de profundidad. Hizo unos cálculos sobre la velocidad estimada del objetivo y la del torpedo con el fin de que el impacto fuera preciso y efectivo, y cuando el *Lusitania* apareció en su visor a la distancia de 700 metros, mientras toda la tripulación respiraba profunda y lentamente, emitió la fatídica orden:

—¡Disparen!

Eran las 14:10 del 7 de mayo de 1915.

Estimó con los cálculos previos —aunque erróneamente había considerado la velocidad del transatlántico cuatro nudos superior a la que en realidad llevaba— que el torpedo tardaría treinta y cinco segundos en impactar en el casco del *Lusitania*. Treinta y cinco segundos en los que podría pasar cualquier cosa.

Era un día precioso. El más bonito en toda la travesía. Radiante de luz el *Lusitania* transitaba por un mar que parecía una alfombra que se desplegara amablemente a su paso, tan acogedor que

invitaba, a esa hora, al sosiego y a la paz. Era momento, también, de cambio de turnos en las diferentes tareas de la tripulación. Los pasajeros de primera clase, los del primer turno del comedor de segunda y los de tercera, paseaban por las cubiertas tras haber comido. Aún se encontraban en el comedor los del segundo turno de la segunda clase.

Algunos seguían con el juego del tejo, otros simplemente paseaban. Se oían las voces en alto de niños por doquier, felices y contentos, ora brincando a la comba, ora corriendo tras otros, risas y jolgorio entremezclado con algún lloriqueo de bebé, cuando el vigía de estribor del puente de proa vio cómo una enorme burbuja salía del mar a unos 700 metros y a continuación el trazo de una línea blanca y tenebrosa, como el de una tiza sobre una pizarra azul que era el mar, que se dirigía rauda y segura hacia el *Lusitania*. Conforme se acercaba la visibilidad era mayor, también la certeza de que se trataba de un enorme torpedo que venía a impactar en el casco del vapor. Cogió el megáfono y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Torpedo!

Otras tantas personas antes de escuchar el grito desesperado del vigía, también habían percibido la ruta macabra del proyectil seguido por su blanca estela. Mark pasaba el brazo por los hombros de Evelyn, apoyados en una baranda de popa, a estribor, cuando lo vio llegar. Fueron segundos que se hicieron tensos y largos.

—¿Pero es que nadie va a impedir el impacto? —se preguntó.

Evelyn se incorporó llevándose las manos a la boca.

Eran momentos en los que uno ve el fin, pero todavía tiene esperanza: los ángeles custodios. Era solo cuestión de una maniobra rápida. Una virada. Quizá detener la marcha invirtiendo el sentido de la misma hacia atrás. ¡Algo que pudiera impedir la colisión!

Nadie hizo nada y el torpedo de 6 metros de largo y 50 centímetros de diámetro, con 160 kilos de TNT y un explosivo de hexanita, que se acercaba a una velocidad de 35 nudos a 3 metros de profundidad, impactó en el costado de estribor, a proa de la obra viva del buque.

La explosión fue tremenda.

50

¡HUNDIDOS!

Con la tremenda explosión devino el horror.

Y, seguidamente, por alguna caldera, por el carbón o quizá por la munición o armamento que se almacenaba en sus bodegas, se produjo otra, vibrante, que hizo temblar las 35.000 toneladas de la nave. Una enorme y violenta erupción de agua acompañada de restos desintegrados de todo tipo, se abalanzó muy por encima del *Lusitania* cayendo con inusitada fuerza sobre el barco, empapando a quienes se encontraban desprotegidos en las zonas próximas al impacto, arrastrándoles como meros objetos inanimados hacia los imbornales.

El caos fue inmediato: gritos y confusión. El buque seguía avanzando por la inercia de su propia velocidad pero rápidamente comenzó a escorar por estribor, a 15 grados, y conforme la proa se hundía en el mar se alzaba la popa, siendo complicado mantenerse de pie con tan pronunciada inclinación, pues por el gran boquete abierto bajo la línea de flotación estaban penetrando cien toneladas de agua de mar por segundo a las que había que añadir la que entraba a través de las escotillas que cercanas al lugar del impacto habían estallado. Las carboneras en la amura de estribor, casi vacías en ese momento del viaje, comenzaron a inundarse. La inclinación del barco cada vez era mayor. El pánico entra en escena y el escenario resulta dantesco. Personas, algunas con niños pequeños en sus brazos, rodaban por las cubiertas cayendo a otras inferiores o al mar. Gritos, chillidos, lloros por doquier. A otros pasajeros les cogió desprevenidos en el interior. De los ascensores provenían voces desesperadas y angustiosas de personas atrapadas cuando aquellos se detuvieron por falta de electricidad. Lámparas, jarrones, cuadros, la cristalería del comedor, todo rodaba o se hacía trizas contra el suelo o las paredes. Padres torturados al no saber dónde se encontraban sus hijos, o lo que resultaba dramático: conocer que uno de ellos se encontraba en un lugar muy diferente a donde estaba el otro, lo que hacía tener que optar por ir a por uno o a por otro y el tiempo apremiaba, los segundos pasaban, el barco se hundía. El controlador indicaba ya una escora de 25 grados a estribor.

A cierta distancia un periscopio se sumergía en las profundidades.

—Inmersión y avante toda —ordenó Schwieger.

La tripulación del *U-20* se sentía satisfecha, sabían que habían atacado la joya del señorío civil británico naval.

El capitán Turner, sin embargo, veía decrepito lo inenarrable. Sacando todas sus fuerzas para mantenerse como se supone debe un capitán mostrarse en tales momentos y mientras intentaba transmitir calma, pensando que aún podía salvar al *Lusitania*, mandó al timonel virar hacia la

costa, con el fin de acceder a calados inferiores y hacerlo embarrancar, pero antes pidió a este:

—¡Intente controlar la escora con la rueda del timón!

Mas el timonel, ayudado por un oficial, empleando todas sus fuerzas, veía que no respondía:

—¡No es posible, señor!

—¡Cierren el control de estanqueidad! —pidió a otro oficial, con el fin de cerrar desde el puente las puertas y mamparos esenciales.

En la sala Marconi los radiotelegrafistas emitían telegramas y mensajes de socorro de forma continua, indicando la posición a 10 millas náuticas al sur de Kinsale.

—¡Arrien los botes, para que puedan acceder los pasajeros! —seguía, a su paso por el barco, dando órdenes el capitán a sus hombres. Muchas resultaban infructuosas.

—Señor, ¿nos hundimos? —le preguntó una señora de avanzada edad con voz entrecortada, mientras intentaba colocarse, sin conseguirlo, el chaleco salvavidas.

—No señora. El *Lusitania* no se hunde —contestó el capitán—. ¡Harris! —llamó a un marinero—, ayude a la señora a ponerse el chaleco.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Los botes de estribor, colgados de sus pescantes, por efecto de la escora se alejaban un par de metros desde las cubiertas, lo que hacía muy difícil acceder a ellos. Muchos caían al mar, desde una altura de 20 metros, al intentarlo. Las escenas dantescas seguían por todas partes. Botes llenos de pasajeros se precipitaban por la borda con estrépito, quedando sumergidos con la barca del revés. Algunos no saldrían con vida. Los botes de babor, por el contrario, caían demasiado al interior, chocando contra las paredes de la cubierta. En uno de esos, repleto con 40 personas, adultos y niños, un marinero lo retenía por el citado peligro, cuando un hombre de fuerte complexión, de aspecto huraño y solitario, con un moderno chaleco salvavidas de su propiedad, que se acababa de subir al bote, se dirigió al marinero increpándole:

—¡Suelte este bote inmediatamente!

—Lo siento, señor, es orden del capitán. Es muy peligroso.

—¡Ni capitán ni mierda!... ¡Ya no hay capitán!... ¡Que hubiera impedido antes esto! —Y sacando un revolver le conminó—: O suelta este bote inmediatamente o le pego un tiro.

Se oyeron gritos a su alrededor. Las circunstancias sacaban lo mejor y lo peor de las personas. No había tiempo que perder. La vida pendía de un hilo. Algunos, sin embargo, anteponían la ayuda a los demás a riesgo de su propia vida. ¿Acaso puede haber algo más grande?

Tan pronto como el marinero soltó el bote, el canto reforzado de su proa chocó violentamente contra la baranda del vapor dándose la vuelta, con lo que sus ocupantes salieron despedidos siendo aplastados por la barcaza y por las personas que les caían encima. Algunos, ya sin vida, se quedarían ahí para siempre, otros malheridos y el resto, entre ellos el hombre amenazante, tardarían en poder incorporarse.

Mark y Evelyn decidieron ir a sus camarotes para recoger algunas pertenencias así como los chalecos. Justo cuando se dirigían a la entrada de los pasillos con una gran dificultad, asiéndose a cualquier saliente, una mujer con un niño pequeño asustado a sus pies y otro de un par de meses entre sus brazos se acercó a Mark, le miró firmemente, angustiada, con ojos llorosos le entregó al bebé y salió corriendo; cuando Mark, todavía bajo el efecto sorpresa se volvió para llamarla, vio que la mujer saltaba sin pensarlo al mar abrazada al niño pequeño.

Los pasillos se hallaban saturados de humo negro y comenzaban a llenarse de agua; los camarotes vacíos, sin vida, se encontraban con las puertas abiertas y las pertenencias de los viajeros esparcidas y flotando por todas partes. Mark y Evelyn se miraron. Las explosiones de las distintas calderas se sucedían y cada vez que eso ocurría el barco se sacudía hundiéndose un poco más. Vieron que no era posible seguir, cada vez era peor, por lo que salieron a la cubierta, asidos por sus manos siempre que podían y Mark, con el otro brazo, llevando al bebé.

—¡Debemos saltar, ya! —dijo Mark— ¡Vamos!

Evelyn miraba horrorizada al mar que se tragaba al enorme transatlántico cuando vio que Mark se lanzaba delante con el niño en sus brazos. Seguidamente, armándose de valor, se arrojó tras él, de pie, con los ojos cerrados y la mano derecha tapando sus fosas nasales. Lo hicieron por la parte de estribor, a solo un par de metros, pues el agua se iba apoderando del costado del buque, absorbiéndolo poco a poco. La visión desde el agua era terrorífica: la mole escorada del vapor, a punto de ser totalmente sumergido, parecía que iba a caerse desplomada sobre ellos, llevándoselos consigo al fondo del mar. Todavía de sus chimeneas ladeadas brotaba el humo negro.

—¡Hay que salir de aquí, rápidamente, Evelyn!

Mark Reber era un buen nadador. De hecho en su época de estudiante había competido en su club de natación y contaba con varias medallas y trofeos. Ahora tenía el problema de mantener la cabecita del niño en superficie. Se había quitado los zapatos que molestaban para nadar y le había instado a Evelyn para que hiciera lo mismo. La ropa, en principio, ayudaba a mantener algo el calor corporal, pero pronto se humedecía y cogía peso molestando también para la natación.

Un minuto después de alejarse, esto es, a los 18 minutos del impacto del torpedo, una especie de enorme socavón dentro de una burbuja gigantesca engullía al *Lusitania* para siempre jamás, a 90 metros de profundidad. Primero tocó la proa, luego sus 240 metros de eslora fueron depositándose en el fango lentamente. Algunas personas, entre ellas el policía Pierpoint, se vieron succionadas previamente por las chimeneas, para poco después, en una erupción provocada por la explosión de una caldera, vomitarlos nuevamente a la superficie, vivos, con el rostro y las pocas prendas que aún mantenían, teñidos absolutamente de negro azabache.

Tras un enorme remolino que provocó una ola colosal se tragó definitivamente al vapor, llevándose cuerpos, tumbonas, cajas y todo tipo de objetos. Elbert Hubbard abrazado a su esposa, como había prometido, agarrados a la barandilla se hundieron con él.

Solo 6 de los 22 botes salvavidas pudieron zafarse del peligro y salir con los remos. A uno de ellos, abarrotado de personas, se acercó Mark pidiéndoles que recogieran al bebé y a Evelyn. Alguno se quejó de que ya no entraba más gente, pero Mark lo rogó diciendo que él no se subiría. Finalmente entregó al bebé y Evelyn, que en ese momento se acercaba nadando a la barcaza se alzó a su interior con la ayuda de algunos hombres desde dentro y la de Mark desde el agua. Sin embargo, cuando esta, aún aturdida, observó que el bote se separaba de Mark, quien desde la superficie le hacía una seña diciendo que luego se verían, reaccionó llamándolo e instándole a que volviera. Al poco, viendo que se alejaban y Mark se quedaba, Evelyn saltó de nuevo al agua y fue nadando hasta él.

—¿Qué haces Evelyn?

—Yo no me voy sin ti.

Tras los gritos llegó el silencio de la tragedia. Apenas se oían lamentos y quejidos sordos,

pero por encima se escuchaba el pertinaz graznido adusto de las gaviotas que oliendo carnaza habían llegado desde todos los puntos, luego se zambullían y picoteaban los despojos.

Objetos y cuerpos flotando alrededor, manos agitándose saliendo a la superficie antes de que sus dueños se ahogaran. Cadáveres descoloridos de personas que poco antes, con sus mejores ropas paseaban por las cubiertas o disfrutaban en el comedor. Algunos semidesnudos. Una mujer acababa de dar a luz en el agua, cuando de repente Evelyn sintió que unas manos se apoyaban en sus hombros hundiéndola con su peso. Era un varón con aspecto macilento y rostro horrorizado. Mark que lo vio fue a coger un remo que flotaba y se lo llevó al hombre para que se sujetara en él, intentando tranquilizarle. Cuando dio la vuelta con una fuerte brazada a crol, se chocó con el cuerpo de una mujer joven que flotaba cabeza abajo a pesar del chaleco salvavidas. La incorporó procurando hacer algo y reanimarla, pero resultó infructuoso.

La temperatura del agua era de 13 grados. No podrían aguantar mucho tiempo. ¿Cinco horas, seis a lo sumo? Justo en ese momento, otra explosión salió de debajo del mar, provocando una impetuosa ola grande que lanzó un armazón de hierro de un bote a la deriva. Evelyn perdió el conocimiento con el golpe y quedó tendida hacia arriba. Mark fue a por ella.

—¡Evelyn, por Dios, aguanta!

Ella no respondía, pronto se dio cuenta de que estaba inconsciente, pero viva. Entonces observó un rastro rojo de sangre a su alrededor. No provenía de Evelyn; se palpó a sí mismo, parecía estar bien, pero vio que la sangre brotaba con fuerza de una brecha enorme en su cabeza. No le dio demasiada importancia y fue nadando, llevando en modo de salvamento a Evelyn, hasta donde se encontraba un bote lleno de gente. Les pidió que la cogieran, que estaba inconsciente. Así lo hicieron.

—¿Usted no sube? —le preguntó un hombre de mediana edad que portaba un remo.

—No. Esperaré a que lleguen los barcos de rescate. Puedo aguantar —contestó, viendo que justamente podía entrar Evelyn.

—Como quiera. No creo que tarden.

A su derredor seguían algunos lamentos, cada vez más apagados, al tiempo que algunas manos salían del mar desesperadas queriendo asirse a algo sin conseguirlo. Mark Reber, con el rostro ensangrentado, tuvo que dar un fuerte manotazo para zafarse de las gaviotas que sobrevolaban aprovechándose de los restos y cuerpos que flotaban. Las espantó momentáneamente, pero sintió que lo miraban acechantes.

QUINTA PARTE

51

EL RESCATE

«*Lusitania* hundido», eran las únicas palabras del telegrama que se acababa de recibir en el Almirantazgo, en Londres, a las 14:34, hora local, procedente de la estación de Old Head.

Del puerto de Queenstown salieron todo tipo de embarcaciones para el rescate. El almirante Coke, en un primer momento, había ordenado también salir al acorazado *HMS Juno*, botado en 1895 por la Royal Navy, el más grande y rápido de los barcos allí presentes, algo fundamental pensando que habría heridos y personas en el agua que no podrían aguantar mucho tiempo; sin embargo, nada más comunicar la orden dada al Almirantazgo recibió un telegrama urgente para que el *Juno* volviera a puerto, algo que ya estaba haciendo puesto que Charles Coke se había adelantado a ello. No se quería exponer el barco de guerra al peligro de un submarino enemigo que podría seguir acechando en el lugar del siniestro.

Más de cuatro horas después, cuando Evelyn recuperó la consciencia y abrió los ojos solo veía el cielo azul despejado que se manifestaba ante ella. Se encontraba tumbada, en posición supina, en el suelo de un pequeño pesquero de madera, cubierta por una manta humedecida enrollada a su cuerpo. Junto a ella, por todas partes, se hallaban otras personas tumbadas en igual forma que se movían al vaivén de la embarcación. El reflejo del sol, que ya comenzaba a caer, le molestaba, por lo que se llevó una mano a la frente para resguardarse e intentó quejosamente incorporarse con esfuerzo sin poder conseguirlo. El olor a pescado incrustado en la madera se hacía penetrante. Se encontraba mareada y dolorida. Tenía frío. Tosió y vomitó. Entonces pudo oír a un bisoño marinero que llamaba a alguien de forma insistente: «¡Paul, Paul, Paul!» «¡Rápido, ven aquí!».

—¡Señora!... ¡Está viva! —Quien le hablaba era un muchacho de apenas quince años.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que todos los cuerpos que se arremolinaban a su alrededor, por el suelo de la cubierta del pesquero, se encontraban sin vida.

—¡Qué alegría, señora! ¿Se encuentra bien? La habíamos dado por muerta —dijo Paul, el joven patrón de la embarcación que acababa de llegar.

Entre el patrón y el bisoño marinero trataron de ayudar a que se incorporara con sumo cuidado. Evelyn volvió a echar lo poco que le quedaba. Tiritaba, estaba destemplada. La cabeza le daba vueltas al igual que el estómago. Se sentía muy mal.

—Vamos a llevarla al interior —dijo el patrón—. Se encontrará mucho mejor, la teníamos aquí pensando que no estaba viva... A ver..., con cuidado.

Entre ambos la condujeron hasta la cabina del pesquero. Dentro, la temperatura era más

agradable y la calidez más acogedora. Era una sala pequeña, con una mesa rectangular plegable y alrededor de esta un asiento corrido con un mullido colchón de cuadros que servía tanto para sentarse ante la mesa como para dormir, y en este caso, una redcilla se colocaba a cada extremo para las grandes escoras o el fuerte oleaje con mala mar. Perpendicular a este, había otro, a proa de la mesa en el que se hallaba tumbada una señora mayor, quien se incorporó, también dolorosamente, al ver que entraban en la cabina.

—Tienes una nueva compañera Margaret —le dijo el patrón.

Ella apenas sonrió mostrando satisfacción antes de volverse a tumbar.

—Le prepararé una taza de caldo caliente —dijo el patrón a Evelyn—. Le sentará bien.

Pero Evelyn movió negativamente la cabeza. No quería tomar nada.

—¿Mark?... ¿Dónde está Mark? —balbuceó Evelyn.

—¿Quién?

—Mark... Mi... —lo pensó antes de decirlo—..., novio.

—No lo sé. No se preocupe, en cuanto lleguemos a Queenstown se volverán a ver. Nosotros estamos ayudando a recoger solo los cadáveres flotando por esta zona. Usted estaba en un bote cuyos ocupantes subieron al *Bluebell*. Se pensó que estaba muerta por lo que se la destinó a esta embarcación con el resto de fallecidos. A esta señora —dijo señalando a Margaret—, la encontramos por casualidad, con vida, entre difuntos que flotaban, sujeta a uno de ellos. Tuvo suerte.

—Mark..., no me hubiera dejado.

—Ha sido todo confuso, las familias divididas, perdidas. En cuanto lleguemos a puerto se volverá a ver con su novio.

El muchacho, a un lado, callado, la miraba pasmado con una amplia sonrisa en un rostro que expresaba gran felicidad y satisfacción mientras la contemplaba. Fue corriendo a coger unas mantas y toallas secas y limpias.

—Tome se puede cambiar ahí —dijo el muchacho señalando un diminuto camarote con aseo marino.

Apenas tenía fuerzas para hacerlo, pero necesitaba secarse y quitarse las prendas mojadas; luego Evelyn, casi a rastras, cubierta con dos mantas, fue ayudada por el marinero para tumbarse en el asiento corrido. Tan pronto como se recostó el muchacho le llevó unas viejas zapatillas que él mismo se las puso en los pies. Evelyn, a pesar de su estado y su tristeza, tuvo fuerzas para agradecerle con una sonrisa.

Cuando llegaron al puerto de Queenstown el sol ya se había puesto, las farolas de gas amarilladas iluminaban tenuemente entre la bruma. Algunos otros barcos ya habían arribado como el vapor *Flying Fisho* el dragaminas *Indian Empire*, transportando a supervivientes junto con centenares de cadáveres. El *Sue Mary* donde llegaba Evelyn era una de las más pequeñas embarcaciones, con solo cuatro tripulantes y un mástil donde se encapillaba, por medio de un complejo sistema de cabuyería y poleas de madera, una vela mayor que solía portar, cuando las condiciones de viento lo permitían, junto con el velamen de proa lanzado desde el bauprés a través de los estayes. También acompañaban un par de remos a cada costado para poder bogar a pares cuando las condiciones de viento no eran las idóneas. Paul el patrón, que a su vez era armador de la embarcación en comandita con otro socio, siempre se esforzaba en mantenerlo en buen estado, acoplando a su querido barco los últimos avances que la industria náutica les iba

proporcionando dentro de sus limitados recursos.

En el puerto se apiñaban los habitantes de la población mezclados con soldados y marineros y cuando los supervivientes desembarcaban de los barcos que los traían formaban un pasillo para dejarlos pasar al tiempo que les aplaudían. Los camilleros se apresuraban a llevar a los heridos al hospital. Los médicos no daban abasto para proporcionar sus servicios a todos los necesitados. A los muertos los conducían a morgues improvisadas.

Entre la multitud que se agolpaba en los muelles se encontraban supervivientes, cubiertos con mantas y prendas sobrevenidas de cualquier naturaleza, que esperaban ansiosos la llegada de las embarcaciones de rescate para ver si traían a los familiares y seres queridos que en el furor de los acontecimientos habían perdido. La esperanza tornaba, las más de las veces, en dolor y lamentación. Conforme avanzaban las horas los barcos de rescate traían más fallecidos que sobrevivientes y los últimos ya solo transportaban cadáveres.

Evelyn, todavía aturdida y mermada por la flaqueza, sosteniendo las mantas con las manos alrededor de su cuerpo, miraba hacia todas partes con la tensión de querer ver lo que sus ojos no encontraban, aunque su mente mantuviera fijamente plasmada la imagen de su amado. Tanto Paul el patrón como el marinero bisoño le ofrecieron ayuda hasta el último momento. Finalmente, en el puerto, unos voluntarios se encargaron de llevarla junto a Margaret hasta un hotel en cuyo salón, entre los sofás y demás mobiliario, se habilitaban colchones por el suelo para facilitar el descanso de los supervivientes durante la noche. Las gentes de la población habían donado ropas y elementos necesarios para que pudieran sobrellevar las primeras horas. Aun así, una tienda se encontraba abierta para proveer de prendas básicas.

Esa noche Evelyn la pasó en el salón del hotel. Era terriblemente difícil poder dormir. A su desazón se unía el continuo ir y venir, cada poco tiempo, de grupos de voluntarios o de soldados que aparecían con niños, algunos bebés, para ver si podían ser identificados. Otros pasaban para confeccionar las listas de supervivientes o simplemente para entregar los montones de telegramas que empezaban a recibirse. En cada ocasión por la que la puerta se abría Evelyn mantenía la esperanza de ver aparecer a Mark. Solo ocurrió eso en un breve momento del sueño, surgido del agotamiento, que por unos instantes la abstraía de la realidad.

BUSCANDO A MARK

A la mañana siguiente, sábado 8 de mayo de 1915, los comercios facilitaron las provisiones necesarias para los supervivientes. El mundo entero había recibido ya, con distinta percepción, la terrible noticia del hundimiento del *Lusitania*. Había confusión todavía en los datos que las rotativas de los periódicos de los distintos países ofrecían en sus primeras páginas. Pasaría mucho tiempo aún para que las cifras se acercaran a la realidad de lo acontecido. La Cunard se esforzaba en ello, pero tampoco era sencillo. Datos contradictorios y nombres parecidos que provocaban graves errores, lo pagaban los familiares que se agolpaban ante las oficinas de la naviera a la espera de conocer lo ocurrido a los suyos. Así no era difícil encontrarse con nombres que aparecían entre los vivos cuando en realidad estaban muertos y al contrario.

Según datos oficiales de la Cunard, solamente se salvaron 764 personas de los 1.959 pasajeros y tripulantes contabilizados a bordo del *Lusitania*. De 39 bebés solo sobrevivieron 6. De los 45 pasajeros y tripulantes del *Cameronia* que fueron trasladados al *Lusitania* solo sobrevivieron 13. Finalmente, con el transcurso del tiempo, los muertos ascenderían a 1.195, a los que habría que sumar los 3 polizones alemanes. De ellos, 123 norteamericanos. 618 personas no aparecerían nunca.

Evelyn, tras unas gestiones en el consulado americano y en el banco, pudo obtener el dinero necesario para poder adquirir lo más básico así como conseguir una habitación doble en un hotel que compartiría con Margaret, la mujer rescatada por el *Sue Mary*, pero su único pensamiento ahora estribaba en poder localizar a Mark Reber. Primero entre los supervivientes, pero a pesar de recorrer todo lo posible no lo encontró. Cuando veía a alguna persona que hubieran conocido en el vapor le preguntaba por si lo había visto y la respuesta siempre era la misma: negativa. Al final, resultando que no había señales de vida de Mark se dispuso a buscarlo entre los fallecidos, para ello visitó las tres morgues habilitadas. Cientos de cadáveres tumbados en el suelo y tapados con sábanas de modo que para identificarlos era preciso levantar estas. En fila, los supervivientes en su misma situación, iban pasando uno tras otro levantando las sábanas buscando a los suyos. Resultaba realmente duro. En un momento determinado algo le dio un vuelco en el corazón: de una sábana sobresalía un brazo que bien podría ser el de Mark vistiendo una camisa tal como la que llevaba en el momento de la tragedia. ¿O no era esa, la que llevaba? Estaba casi segura que sí. Le costó levantar la sábana apretando los labios, una lágrima comenzó a caer por sus mejillas y cuando finalmente lo descubrió respiró profundamente al ver que no era él.

Fue poco después cuando se topó con Ada Niro. No parecía la misma que había conocido a

bordo del *Lusitania*. La cara hinchada, amoratada y magullada y los párpados mostrando el cansancio y la falta de sueño.

—Pero estamos vivas, Evelyn —decía, intentando mostrar alegría.

Estaba buscando a su gran amigo Joseph Dalton, pero no aparecía. Evelyn le contó lo mismo sobre Mark.

—Acabo de telegrafiar a mis padres para que al menos ellos estén tranquilos sabiendo que estoy bien. ¿Has avisado a tu madre? Me contaste que vivía.

—No lo entendería —contestó Evelyn, dudando en cómo explicarlo.

Luego siguieron destapando sábanas y viendo caras con las muecas horrorizadas que se habían quedado indefectiblemente grabadas en el último suspiro de vida. Muchas eran de niños. Alguno abrazado a su madre, ambos mirándose.

La búsqueda resultó infructuosa.

Los días que siguieron fueron en la misma tónica. Margaret se volvía a los Estados Unidos. Había aparecido, como se temía, el cuerpo sin vida de su marido. Viajaban en el *Lusitania* tras cumplir cincuenta años de matrimonio invitados por unas bodegas de *whisky* escocesas. Tenían mucha ilusión de conocerlas personalmente al término de su carrera empresarial pues su marido había llevado la distribución en exclusiva para Norteamérica de las mismas durante varias décadas. Ahora se encontraba totalmente desolada. Evelyn intentaba consolarla cuando resultaba tan difícil hacerlo al estar viviendo una situación similar.

Cada día, sin embargo, la Cunard variaba las listas del estado de quienes viajaban en el *Lusitania* debido a los cambios que se producían en el número de personas, en principio, contabilizadas como desaparecidas que pasaban a la de fallecidos cuando el mar los depositaba en las playas u otros lugares de la costa, en ocasiones a muchos kilómetros de distancia. Pero muchos de ellos seguían sin identificar conforme pasaba el tiempo, por ello la Cunard se encargó entonces de fotografiar los cadáveres, catalogándolos y señalando el lugar en el que se encontraban por si en el futuro los familiares se ponían en contacto, ya que cada día que pasaba se hacía más acuciante la necesidad de enterrar a los fallecidos. Por tal motivo, se decidió hacer un entierro conjunto con todos los que seguían sin identificar, lo que ocurrió el 10 de mayo en el cementerio de Old Church, a las afueras de Queenstown.

El acto resultó muy emotivo asistiendo una multitud de personas. Una banda de música interpretó la *Marcha fúnebre* de Chopin y luego la gente de forma espontánea se puso a cantar *Abide with Me*. Se dispararon salvas de honor y una brigada de cornetas del ejército entonó *The Last Post*, al tiempo que los soldados enterraban los féretros cubriéndolos con la tierra que echaban con sus palas.

DESAFIANDO AL OCÉANO

Evelyn, a pesar de todo, seguía todavía levantándose con la esperanza de encontrar a Mark y muy temprano se acercaba a la costa y se alzaba sobre las rocas, al borde del precipicio, desafiando al mar. Aquella mañana el océano se encontraba especialmente enfurecido mostrando su cólera; las olas rompían con fuerza sobre el acantilado saltando con toda su bravura por encima del litoral. La vaga luz matinal enfocaba la débil y triste, aunque hermosa, silueta femenina con aquel vestido largo azul claro, revoloteado por el fuerte viento en la misma dirección en que volaba también, la bella y extensa melena de finas ondas de brillante caoba, haciendo frente con fiereza al mar bravuconeo y al poder de los elementos de la naturaleza. El océano rompía con toda su garra de forma estruendosa y ella entonces gritaba con todas sus fuerzas llamando a Mark, y al mar le retaba preguntándole si le había arrebatado para siempre a la única persona a la que había amado y por la que había considerado que valía la pena su propia vida. Y una enorme ola ascendió por encima de su cabeza cayendo precipitadamente a su ras, salpicándola amenazante de refilón, cuando alguien la agarró fuertemente por el brazo que sostenía cerrado el parasol.

—Señora. Tenga cuidado, con esta mar es muy peligroso estar aquí.

El policía uniformado se había acercado con su bicicleta al verla a lo lejos encaramada al abismo.

Evelyn asintió.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No, gracias. Busco a una persona.

—¿Del *Lusitania*, verdad?

—Sí.

Ambos salieron del lugar por un camino arenoso hasta que Evelyn se dirigió al puerto. Allí, sobre el *Sue Mary* se encontraba su tripulación descargando la pesca de la noche anterior.

—Paul. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—No faltaba más Evelyn.

—Quisiera poder hablar con las personas de la barcaza que me recogieron inconsciente. ¿Sería posible?

Paul se puso a pensar.

—Bueno. Yo conozco a uno de los marineros del *Lusitania* que manejaban el bote. Estos días

le estoy viendo en el *pub* de la Casa del Pescador. Si le parece, al mediodía, puede ser buen momento.

Al mediodía, Evelyn esperaba en la puerta del *pub* cuando llegó Paul. Juntos entraron al interior que se hallaba, a esa hora, abarrotado de gente del puerto. Paul preguntó a unos y a otros hasta que dio con el marinero buscado.

—No estoy seguro —decía este—. Fue tal la locura. Cogimos a tantas personas. Sí... Recuerdo algo, pero yo me encontraba a proa, no me percaté bien de lo sucedido.

—¿Quiénes podrían saber más? —preguntó Evelyn.

—No lo sé. Las personas que iban en el bote subieron al *Bluebel*. Quizás hablando con su capitán. Igual sabe algo.

—¡Vamos! —dijo Paul—. Sé dónde está ahora.

El capitán del *Bluebel* comía a esa hora junto a otros compañeros de profesión en otro *pub* cercano.

—Sí —dijo el capitán—. Trajimos a esas personas, junto con otras. Con alguno de ellos me he visto estos días. Están en el Hotel Comercial.

Paul acompañó a Evelyn hasta el hotel donde se suponía podían estar algunas de las personas que la habían recogido en el bote salvavidas. Hablaron con varios. Uno le mandaba a otro y este a otro diferente. Nadie sabía nada con certeza. Fue en ese momento cuando alguien que salía en ese instante les escuchó. Se quedó mirándola y dijo:

—¡No puede ser! ¡Es usted! Sí, la recuerdo perfectamente, claro que... en ese momento, con el pelo mojado y las circunstancias en las que nos encontrábamos... Alguien dijo que estaba muerta. Me alegro mucho de que no haya sido así... Al final entre unos y otros, el caso es que sé que la subieron a otro barco, suponía que los médicos luego harían su papel. En fin, había una gran confusión.

—Estoy buscando a la persona que estaba conmigo cuando quedé inconsciente. ¿Puede decirme algo sobre él? —preguntó Evelyn.

—Fue un joven, que por cierto nadaba muy bien, el que la llevaba a usted, a modo de salvamento, con cuidado, tumbada con la cabeza arriba. Nos dijo que usted se encontraba inconsciente por algún fuerte golpe y nos pidió que la acogiéramos en el bote... Recuerdo que él sangraba mucho... de alguna herida en la cabeza, pero dijo que se encontraba bien, que podría aguantar y esperar a que vinieran los barcos de rescate.

—¿Y nadie hizo nada por él? —preguntó ansiosa Evelyn.

—Yo le pregunté si quería subir al bote. Él miró de soslayo y creo que viendo que no cabía un alfiler se quedó satisfecho de que al menos la acogiéramos a usted... Además parece que tenía confianza de sí mismo..., para poder resistir, quiero decir.

—¿No sabe que pasó después?

El hombre se encogió de hombros con las palmas de las manos hacia arriba y dijo:

—Recuerdo que lo vi, conforme nos alejábamos, que se defendía muy bien. Es más, se acercó hacia algunas personas para ayudarlas y bien que lo hizo. ¡Ya lo creo! —decía absorto como si estuviera reviviendo aquella escena.

—Pero estaba sangrando, no llevaba chaleco salvavidas... —añadió Evelyn.

El hombre volvió a encogerse de hombros cerrando los ojos en señal de impotencia.

—Lo siento... No puedo decirle más... Lo siento —repitió.

Al hotel donde se hospedaba las noticias y rumores llegaban a diario sobre muchas de las personas que había conocido en el viaje del *Lusitania*: el amigo de Lauriat, que se sentaba también en su mesa del comedor seguía desaparecido. Lauriat se había salvado al igual que el Rey del Champán, George Kessler, quien se hallaba radiante invitando a los sobrevivientes. Alfred Vanderbilt tampoco había aparecido. Su familia ofrecía una gran suma de dinero como recompensa a quien lo encontrara. Algunas personas decían que le habían visto en el barco ayudando a los más necesitados, como también oía hablar de un apuesto y joven fotógrafo, estudiante de medicina, que no había aparecido pero del que todos señalaban que había salvado a muchas personas. Había oído también que su amigo del alma, sin embargo había fallecido. Quien lo contaba, un joven de Bilbao, que iba también en segunda clase, llamado Vicente Egaña, según recogían los medios españoles también había tenido el arrojo suficiente de ayudar y salvar a distintas mujeres y niños antes de ponerse a salvo a sí mismo. Se hablaba de muchos héroes, unos pocos seguían con vida, otros habían fallecido o no aparecerían nunca.

—¿Y del capitán Turner se sabe algo? —preguntó alguien.

—Debió estar hasta el último momento en el barco. Al final logró salvarse —contestó otro.

—...Pero según he oído lo debe estar pasando muy mal. Ahora empieza un verdadero calvario para él. No quisiera estar en su piel —dijo otro.

Sin embargo, en ese momento, el mundo entero se levantaba cada mañana a la espera de conocer si se haría realidad el repetido comentario, no solo en la prensa sino entre las diplomacias de los distintos imperios y países, acerca de si el hundimiento del *Lusitania* iba finalmente a provocar lo que tantas veces se había dicho que podría ocurrir: la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra.

Esa noche, mientras Evelyn regresaba a su habitación, algo hizo que se detuviera a su paso por el salón: una mujer plena de felicidad brindaba abrazada a un hombre. Junto a ellos un pequeño a sus pies y un niño de un par de meses en brazos. Todos riendo dichosos. No tuvo ninguna duda, había reconocido a la mujer que entregó el bebé a Mark antes de lanzarse al agua. Por lo visto se habían salvado los tres. «El hombre —pensó—, habría llegado para reunirse con ellos». Hacía tiempo que no tenía motivos para sonreír, esta vez lo hizo. «Una bonita escena», se dijo.

El 4 de junio de 1915 se suspendió oficialmente la búsqueda, aunque seguirían todo el verano apareciendo cadáveres, cada vez en peor estado. Evelyn había perdido ya la confianza de volverse a encontrar con Mark y debía regresar a Nueva York.

EL GRAN ENIGMA

Wesley Frost, el cónsul americano en Queenstown, había trabajado denodadamente para la repatriación de los cuerpos a su país. Evelyn se interesó entonces ante él, con el fin de lograr algún pasaje que le permitiera regresar a Nueva York. Realmente no tenía ningún deseo en ello, pero lo debía hacer por su madre, lo único que le quedaba. Muchas veces le había pasado por la cabeza el no regresar y muchas también el hacer algo para unirse con Mark, desapareciendo para siempre en la mar. Su madre, pues, era el único motivo para volver.

A las intensas emociones de esas jornadas que pasaban a ritmo vertiginoso se habían unido, en los últimos días, para Evelyn, ciertos síntomas que nunca antes había experimentado: náuseas y la primera falta. En principio pensó que podría deberse al propio estado anímico de la intensa situación que estaba sobrellevando, por lo que no le dio más importancia.

A fines del mes de junio regresó a los Estados Unidos en un crucero, esta vez estrechamente vigilado en la llamada zona de guerra por tres destructores británicos. Durante el viaje no quiso salir de su camarote salvo para comer y allí leía con avidez las noticias que le proporcionaba el boletín del transatlántico, resumiendo las de la prensa en general, con el fin de conocer las novedades que provenían de los frentes y especialmente de la decisión que tomaría su país, en un momento tan trágico y especial en el que se estaba a la espera de saber si finalmente declarararía la guerra.

Las noticias resaltaban el urgente y desmedido interés del Almirantazgo británico en culpar al capitán Turner de la tragedia del *Lusitania* desde el mismo momento del suceso. Era tal que hasta a los neófitos en el asunto, como Evelyn, les resultaba demasiado sospechoso. Ni qué decir tiene a los oficiales y compañeros de profesión del capitán. Sin embargo, a pesar de la maquinaria legal y de los servicios secretos implicados en el tema, como la fiscalía o la propia Sala 40, el objetivo interesado no cuajaba en el ideario público, aunque como es sabido, sembrado el infundio a través de los mecanismos oficiales del poder, siempre acaba persistiendo la duda y habrá quienes creerán la patraña conformando el apoyo buscado. La historia lo demuestra continuamente: cualquier complot o ideología por nefasta que sea tendrá sus seguidores y contra más oposición exista más fuertes serán los que la defiendan a pies juntillas.

A pesar de todo ello, el juzgado de instrucción de Kinsale que se había declarado competente para conocer la causa debido a la aparición de diversos cuerpos dentro de su jurisdicción, tras el estudio de las pruebas entre las que se encontraba la declaración de múltiples testigos y la del propio capitán Turner, que el Almirantazgo en todo momento había requerido fuera declarada

secreta, absolvió de la responsabilidad al capitán. Por otro lado, la Comisión Británica de Naufragios presidida por *lord* Mersey, quien había también intervenido en importantes sucesos como el del *Titanic*, acabaría con la misma declaración de absolución para el capitán Turner.

Otro de los grandes enigmas del hundimiento, que surgiría a partir de entonces sin que el paso del tiempo lograra resolver de forma unánime, más bien al contrario, era lo relacionado con la segunda explosión, que el propio capitán Turner achacaba, como mostraban los niveles de presión en el momento de la misma, a la rotura de alguna tubería de vapor, sin embargo la prensa en general siempre informó del lanzamiento de dos torpedos, algo que tanto el juzgado de Kinsale como la Comisión para la investigación, no refutó, ni el Almirantazgo se interesó en contradecir, a pesar de que, aunque en ese momento fuera secreto, la Sala 40 conocía por la interceptación de mensajes entre Schwieger y la Marina alemana al retorno del viaje de aquel, que realmente solo había disparado un solo torpedo, con la *insólita fortunade* haber sido capaz de hundir, con todos los sistemas de estanqueidad, las treinta y cinco mil toneladas del mejor buque de la época.

Bien es cierto que prevalecía en el Alto Mando británico la clara intención de no desvelar la existencia de conocimientos que hubieran podido poner en peligro el secreto de la existencia de la Sala 40. Pero la pregunta clave, no solamente de los medios americanos sino en especial de los oficiales y gentes del mar, estribaba en por qué el Almirantazgo británico había dejado absolutamente desprotegido al *Lusitania*:

¿Había sido una grave negligencia o más bien el resultado de un verdadero y burdo complot, con el fin de provocar la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra?

Como luego también se preguntarían eso mismo personas vinculadas con los servicios secretos británicos. En ese momento, claro está, se desconocía algo que con el paso del tiempo se convertiría en uno de los mayores enigmas de la historia.

LA RESIDENCIA

Poco después de su llegada a Nueva York, Evelyn pudo conocer que el presidente Woodrow Wilson, en su anhelo por mantener a su país en paz, neutral a los bloques enfrentados en una terrible y sangrienta guerra, apoyado en general por los medios y el clamor de la sociedad, a pesar de lo difícil, en momento semejante, de mantenerse con la serenidad y lucidez suficiente para tal decisión declaraba, prudentemente, la persistencia de la neutralidad y expresaba su más enérgica protesta a Alemania a través de los medios diplomáticos. El presidente Wilson, de esa forma, evitaba a los suyos una vez más, el sufrimiento de una guerra en un momento especialmente feliz para él cuando recibía, por fin, al término del mes de junio una carta de su querida Edith Galt accediendo a su petición de mano. La boda, por tanto, se comenzó a preparar señalándose como fecha prevista, la de mediados del siguiente mes de diciembre de ese año, 1915; en una ceremonia que querían fuera sencilla e íntima dentro de la propia Casa Blanca.

Lo primero que hizo Evelyn, en cuanto se volvió a instalar en Nueva York, fue ir a visitar a su anciana y enferma madre. Era un caluroso día a comienzos de julio cuando se presentaba en la residencia y el portero la miraba con la extraña expresión de quien se ve sorprendido sin atreverse a contar lo que conoce en realidad. El conserje se escudó en el teléfono interior por el que contactó con la secretaria del director de la residencia. Tras unos minutos en los que Evelyn comenzaba a sospechar la existencia de novedades adversas, el portero finalmente le pidió que la acompañara.

Evelyn apenas conocía al director de la residencia. Habían coincidido en un par de ocasiones en sendas fiestas o eventos organizados por John Dykinson, pero hacía mucho de la última vez. Le pareció que había engordado, se había afeitado la barba grisácea y ahora mostraba un cutis muy bronceado que destacaba con la bata blanca, inmaculada, que portaba por encima de su traje cuando la recibió en su despacho. Estuvo a punto de llamarla señora Dykinson pero supo rectificar a tiempo.

—Señora... Ha sido una sorpresa... Me alegro mucho de verla con vida. Habíamos oído que había fallecido en el... hundimiento. Es un placer poder ayudarla. ¿En qué puedo servirle?

—¿Cómo, que en qué me puede ayudar? He venido, como siempre que he podido, a visitar a mi madre y en lugar de conducirme a ella, el portero me ha traído a hablar con usted.

—Lo siento, señora. Pensaba que estaba en conocimiento de ello... Su madre falleció.

Evelyn cerró sus ojos, soportando el dolor de un mazazo brutal, que se unía a todo lo que estaba viviendo en los últimos días. Ante unas lágrimas huidizas que no pudo evitar, el director

sacó un pañuelo para ofrecérselo, pero ella lo rehusó, agradecida, sacando uno suyo de su bolso.

—¿Cómo ha ocurrido?

El director carraspeó antes de contestar. Aun así prefirió evadir la respuesta:

—Creo más conveniente que sea el señor Dykinson quien la informe.

—Usted es el director del centro donde residía mi madre enferma. La evasiva de su respuesta me incita a pensar que no ha sido una muerte natural.

—Por favor, señora, le ruego modere su lenguaje. Su insinuación es muy grave.

—Tan grave como que no voy a dejar esto así sin que se investigue debidamente si no me dice realmente qué pasó.

—Usted sabe que su madre realmente vivía de forma artificial...

—No. No sé eso. Solo sé que mi madre necesitaba un tratamiento que esta clínica se lo aportaba y por eso se le pagaba.

—Así es, hasta que el señor Dykinson estimó que, pensando que usted había fallecido en el *Lusitania*, su madre que ya no tenía a nadie y que tampoco tenía conciencia para conocer ni reconocer a ninguna persona, no merecía la pena... cómo lo diría... seguir prorrogando artificial y gravosamente la vida de su madre.

El dolor infligido en ese momento fue difícil de soportar por Evelyn. Aspiró con fuerza y se levantó.

—¿Desea un vaso de agua? Espere un rato ahí sentada hasta que se encuentre mejor —dijo el director, en modo paternal, al tiempo que también se levantaba de su sillón.

Evelyn lo miró de soslayo antes de abrir la puerta y salir y el director llamó rápidamente al conserje para que la condujera al exterior, al tiempo que la secretaria de aquel impedía a Evelyn que continuara, a través de los pasillos de la residencia, sin ser acompañada por el portero.

CAROL Y EVELYN

Los días siguientes Evelyn se refugió en la habitación del pequeño hotel donde se hospedaba. No salía para nada. En ocasiones ni para comer. Se sentía marchita y desvalida, deprimida y con la vida destrozada. Cuando cerraba los ojos volvía a los días del *Lusitania*. A sus recuerdos con Mark, al último baile, a las risas abrazados a la baranda viendo el planeo de su pamea que volaba a causa del viento y a los deseos pedidos seguidamente con el lanzamiento de las dos rosas amarillas al mar. Ahora solo anhelaba juntarse con Mark en las profundidades del océano para siempre, con el fin de cumplir aquel deseo, pero algo comenzaba a gestarse en su vientre que la hacía continuar.

Tras días en la misma situación, a mediados del mes de agosto y después de haber contactado previamente con ella, fue a hablar con Carol Dykinson quien había accedido a recibirla.

Evelyn le manifestó el enorme deseo que había sentido en conocerla después de haber pasado por la vida de su marido. Al principio Carol, como siempre impertérrita y en cierto modo no esperando oír nada nuevo se mantuvo distante, pero poco a poco fue pasando de la sequedad a la comprensión. Si bien la historia que Evelyn le contaba acerca de su marido no suponía nada nuevo para ella, sin embargo el amor que transmitía hacia aquel joven que tan bien le había caído cuando la visitó pensando que era la persona que no era, la atrapó en el fondo de su difícil interior. Carol era una mujer inteligente que sabía escuchar y entender y a pesar de la ternura con que Evelyn transmitía su relato podía percibir que el odio hacia Dykinson había anidado en sus entrañas al tiempo que en las mismas portaba el germen que se iba desarrollando fruto de su apasionado amor. Y no era para menos. Su amado Mark había fallecido como consecuencia del pacto que Dykinson le había pedido para dejarla libre. Un precio demasiado caro, a sabiendas del enorme riesgo que la misión soportaba, en gran parte por la carga de material armamentístico que transportaba en razón a sus negocios. Él, sin escrúpulos, la había dejado sola, en medio del peligro que, quizá mejor que nadie, conocía que existía; Mark Reber, sin embargo, al conocer la existencia de ese riesgo lo había abandonado todo para ir tras ella y no dejarla sola. Luego estaba lo de su madre. Evelyn no le había pedido otra cosa a Dykinson, que siguiera cuidando a su madre hasta su regreso, tan solo pagando el costo de su mantenimiento, costo que a pesar de no ser pequeño, para un hombre con la fortuna de Dykinson resultaba realmente insignificante. Y aunque su madre hubiera perdido la conciencia y el conocimiento de las personas; a veces, mientras le leía o le contaba algo de su infancia o de su vida anterior, veía que su mirada perdida llegaba a algún lugar común y sonreía y Evelyn entonces se iba feliz.

Tomaron pastas y café y Carol, antes de despedirse, le pidió que volviera otro día. Fue entonces, cuando ya había llegado el mayordomo para conducirla hasta la salida de la mansión, cuando Carol dijo:

—Espere. Creo que tengo algo, que en verdad le pertenece a usted.

Y entonces le mostró el cuadro que, en un rincón destacado del salón, brillaba con luz propia. Una pintura al óleo de carácter expresionista que mostraba un enorme vapor en el mar en medio de una tormenta. Evelyn se acercó a él y vio que se hallaba firmado por Mark Reber. Sonrió un largo rato, absorta en sus pensamientos.

—Lo traía para usted pues era la persona que pensaba se iba a encontrar aquí.

—En cualquier caso se lo regaló a usted. Además, yo no tendría ningún sitio mejor para colgarlo que donde ahora se encuentra.

—Bueno, así tendrá un motivo más para volver.

Los encuentros entre ambas mujeres se fueron prodigando en las semanas que siguieron. Evelyn al tiempo que narraba su historia y Carol la escuchaba con detenimiento, iba ampliando su tamaño abdominal aunque Carol le decía que tenía una constitución tan fina que apenas se le notaba. De hecho no fue hasta casi los cinco meses de embarazo en que, bajo los vestidos de vaporosos tejidos, comenzara a hacerse visible, a terceros, su estado de gestación. Luego, mirando el cuadro de Mark hablaban sobre él, de aquel hombre especial: un especulador y experto mago de las finanzas, poeta y pintor, gran amigo de la bohemia de aquel París que hubo conocido. Hasta que un día Carol le propuso que se instalara en su mansión:

—Tantas habitaciones, todas cerradas... Me haría gran compañía. Aquí estará bien cuidada, máxime en su estado de buena esperanza... Además, es una tontería vivir en ese hotel deprimente y tener que viajar tan a menudo hasta aquí.

—Se lo agradezco de corazón, pero no quisiera ser una carga para usted.

Carol llamó de inmediato con la campanilla, a la sirvienta que esperaba sentada tras la puerta de aquel salón, para cualquier eventualidad de la señora y le pidió que llamara a su mayordomo.

—Thomas, haga que preparen la habitación principal del ala derecha del frontis —dijo Carol y luego, volviéndose hacia Evelyn, añadió—: Es una habitación muy bonita y espaciosa con un magnífico balcón.

—Ahora mismo, señora —dijo el mayordomo.

—¡Ah! Y que vayan al hotel de la señorita Evelyn a recoger todas sus cosas. Se quedará con nosotros.

LA DECISIÓN

El 20 de enero de 1916 Evelyn daba a luz a un hermoso varón en la misma mansión de la señora Carol Dykinson. Se llamaría Mark Reber.

En los meses que siguieron el recién llegado llenó aquella formidable mansión de alegría y esperanza. Evelyn lo amamantaba con ilusión, viendo en él la continuidad de su padre y eso le daba una enorme satisfacción, hasta el punto de pensar que cumplía el fin de su existencia en esta vida. Para Carol fue un nuevo aire de vida y pronto comenzó a ver en él, al hijo que había perdido, lo que también gustaba a Evelyn por cuanto que como había constatado tras el carácter de la señora, siempre enérgico y autoritario, se hallaba una vida de sufrimiento y soledad, que ahora aquel pequeño de la casa vitalizaba, e incluso era patente también que era capaz de ganarse un corazón que hasta entonces nadie creía que existiera; lo que también verificaban, día a día, con grata ilusión, los empleados de la finca.

Un día de aquel verano de 1916 Evelyn había ido a hacer unas compras a unos almacenes de Manhattan. Un soleado día en el que irradiaba todo el esplendor y belleza que conservaba intactos. Mientras el chófer de la finca la esperaba en las inmediaciones entró en el establecimiento. Quería comprar unas prendas para el pequeño Mark, al tiempo que contemplaba las últimas novedades de moda para señora, cuando justo frente a ella un hombre, con cara de sorpresa, la estaba mirando fijamente, mientras con un pañuelo se secaba el sudor de su rostro. Era John Dykinson. Evelyn, sin embargo, quedó embargada por un malestar. Observó que estaba acompañando a una llamativa mujer de pelo dorado que se encontraba probándose un vestido.

—Evelyn —exclamó él—. Sigues tan bella y hermosa como siempre. No has perdido nada. Ella lo miró con cara poco amigable.

—Debes comprenderme Evelyn. En las primeras listas del *Lusitania* te daban entre los fallecidos. Luego desaparecida. Tu madre no lo podría soportar...

La cara de Evelyn, a cada palabra que oía, se mostraba más enfurecida.

—Evelyn, eres la única mujer, a la que verdaderamente he amado.

—No quiero saber nada de ti. No te acerques a mí.

—Te puedo dar todo lo que desees. Si vuelves conmigo lo tendrás todo. Te amo Evelyn.

—¡Vete!

Dykinson la miró fijamente, luego antes de volverse, sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó.

—Por si algún día me necesitas. Te estaré esperando con todo mi deseo intacto.

Como Evelyn rechazó la tarjeta, él se la introdujo en su bolso y se fue. La mujer explosiva lo miraba con recelo.

A pesar de querer olvidarlo, ese encuentro había vuelto a reproducir viejos fantasmas en la cabeza de Evelyn; reaparecieron las noches en vela y los malos augurios. Al principio esperaba que fuera algo pasajero, pero conforme pasaban los días la sensación se iba haciendo peor e insoportable. Y lo que no quería es que su angustiada sensación traspasara al ánimo de su hijo ni al de Carol que ahora la veía mejor que nunca. Volvía también la sensación de verse acabada y que lo único que ansiaba era reencontrarse para siempre con Mark, el padre de su hijo.

Una mañana, a principios de noviembre, llamó a John Dykinson, diciéndole que quería volver con él, aunque poco a poco. Convinieron que tendrían un primer encuentro en su antiguo apartamento, al que ella no había regresado desde que partiera hacia el *Lusitania*. Dykinson se mostró encantado. Le dijo que nadie desde entonces había vivido en esa vivienda, que siempre la había estado aguardando a ella. También le prometió el cielo y cuanto deseara en esta vida terrenal. Como Evelyn seguía manteniendo la llave quedaron en que al día siguiente, un miércoles, ella iría a eso de las cinco de la tarde. Él tenía una reunión irremplazable de un día para otro, y a pesar de tratarse de un buen negocio, estaría deseando terminar para ir al que había sido, tanto tiempo, su nido de amor.

Así fue. Al día siguiente, desde primera hora de la mañana, Evelyn estuvo todo el día con su hijo. Le hablaba, le contaba cosas esperando que la entendiera. Lo abrazaba y lo besaba con ternura. A Carol le dijo que tenía que hacer una gestión en Manhattan, por lo que volvería tarde. Antes de irse, cuando ya se habían despedido, volvió repentinamente y la abrazó. Carol, desde la silla de ruedas, la miró extrañada: iba muy preparada, bien maquillada, con un lucido vestido azul celeste y una pamelita a juego.

—Ten cuidado Evelyn. Ya sabes cómo están las cosas de revueltas. Te estaré esperando.

Evelyn sonrió y salió. El chófer de Carol la esperaba con el coche preparado en la puerta. Antes de llegar al apartamento pararon en una floristería cercana y allí compró dos hermosas rosas amarillas. Cuando llegaron al portal de su antigua vivienda le pidió al chófer que volviera a recogerla a las once de la noche.

El apartamento estaba frío a pesar de la calefacción central con que contaba y no le traía buenos recuerdos. Al parecer era verdad que nadie había estado allí, pues las cosas seguían tal como ella las había dejado el día de su partida. Faltaba un par de horas para que Dykinson llegara. Puso las flores a remojo en un precioso jarrón sobre la cómoda de la que había sido su habitación, desde donde contempló, durante un buen rato, pensativa, el cuadro intrigante de Mark. Luego encendió la chimenea del salón, puso música y después, junto a la mesa redonda, frente al fuego que chisporroteaba con trémula avidez, se sentó para escribir una carta. Al terminar antes de que llegara la hora, pulverizó una agradable fragancia por toda la casa, en especial en su cuarto, encendió unas velas sobre unos candelabros al lado del jarrón; se desvistió, se puso un fino camisón transparente de finas tiras y esperó.

John Dykinson llegó a la hora prevista, silbaba feliz. Y nada más cerrar la puerta tras de sí, sonrió cerrando los ojos y aspirando el olor del embriagador perfume mezclado con el que desprendía el fuego de los troncos de roble por toda la vivienda. Llamó a Evelyn, pero esta no contestó. La música del suave y relajante *jazz* se escuchaba por todos los recovecos de la casa. Entró en el dormitorio principal y vio, bajo la tenue luz de las velas encendidas, a Evelyn

acostada en la enorme cama cubierta tan solo por una blanca sábana de suave satén, con la mejor de sus sonrisas, tan bella que parecía inalcanzable para cualquier mortal, pero que volvía a ser suya en ese dormitorio que tan buenos recuerdos le traía a su memoria.

Dykinson extrajo del bolsillo de su gabardina un estuche que abrió con suspense, sacando una brillante gargantilla de oro macizo del que pendía un precioso y sensacional diamante. En silencio y con gran deleite lo colocó en el cuello desnudo de Evelyn.

Luego él se quitó el sombrero lanzándolo sobre un sillón y entonces se fijó en el detalle del jarrón con las dos rosas amarillas.

—Evelyn, no te has dejado ningún detalle. Te compensaré.

Ella se despojó el camisón bajo la sábana tirándolo al suelo. Le esperaba.

Él se quitó los zapatos, luego la ropa, nervioso, como si fuera la primera vez. Después destapó a Evelyn quitando con energía la sábana de suave satén. Y ella se mostró totalmente desnuda, radiante, con toda su lozanía como fruto prohibido. Y como un animal ávido y voraz se lanzó sobre aquel cuerpo maravilloso cuando la mano de Evelyn saliendo de debajo de la almohada disparaba un certero tiro sobre el pecho de Dykinson. La música seguía sonando melódica al son de la trompeta. Él se quedó mirando por unos segundos, y entonces comprendió, aquella pintura de Mark Reber sobre el cabezal del dormitorio, tan desgarradora como electrizante: relámpagos borrascosos entre grandes tinieblas, en grandes claroscuros tenebrosos que unían el cielo con escabrosas montañas, detrás de las cuales salían, en diferentes direcciones, ángeles con cara malvada y demonios de rostro candoroso. Evelyn volvió a disparar una segunda vez y el cuerpo sin vida de Dykinson cayó hacia atrás, desplomado, quedando sobre la alfombra al pie de la cama.

Se quitó la gargantilla dejándola caer sobre el cuerpo tendido, luego se vistió, sin prisa, tranquilamente, con aquel hermoso vestido azul celeste; se colocó con gracia la pamelita del mismo tono, mirándose al espejo de encima de la cómoda, se puso el abrigo y tomó las rosas amarillas. El saxo sonaba por encima del piano que se escuchaba de fondo mientras acompañaba un suave ritmo de los palillos con el *charlesde* la batería, cuando cerraba la puerta del apartamento dejando la suave fragancia perfumada en su interior.

El chófer la esperaba puntual en el vehículo, pero Evelyn no se montó. Sacó de su bolsillo un sobre conteniendo la carta que había escrito y se lo entregó para la señora. El coche se alejó y Evelyn con las rosas en la mano caminó bajo la noche neoyorquina. Se sentía bien percibiendo una sensación de serenidad y tranquilidad.

A la mañana siguiente, nubosa, a un reportero del *New York Times*, que salía de las oficinas de la Cunard, le llamó la atención el ver sobre las calmadas aguas del muelle, en el lugar donde había salido en su día el último viaje del *Lusitania*, flotar mansamente una pamelita azul celeste y detrás, a corta distancia unas bellas rosas amarillas entrelazadas, que con el remolino parecían bailar al son de una danza celestial. La imagen, pensó, merecía una buena fotografía y así lo hizo. Al día siguiente saldría en la portada del periódico, a un lado del trágico y cotidiano titular sobre la guerra.

EPÍLOGO

Nunca aparecería el cuerpo de Evelyn. Ni nunca se sabría nada más sobre ella. Carol adoptó, desde ese mismo momento, al pequeño Mark Reber. Había leído, con lágrimas en los ojos, la carta que Evelyn le había escrito contándole su dramática decisión, antes de quemarla en el fuego de la chimenea. Nunca quiso hablar ni contar nada sobre ello. Al niño simplemente le hizo saber, cuando comenzó a tener edad para comprender, que su madre un día había desaparecido cuando fue a encontrarse con su padre, al que amaba con todas sus fuerzas, porque no podía vivir sin él. Luego le contaría la historia de su padre que Evelyn, en aquellos días atrás, le había transmitido.

El emporio empresarial y la parte del patrimonio que pertenecía a John Dykinson pasaron, en exclusiva o, en su caso, de forma mayoritaria, como estaba previamente determinado en el acuerdo matrimonial, a Carol Dykinson. Si bien tras el desastre del *Lusitania* las pérdidas habían menguado el patrimonio empresarial, procedió desde entonces a liquidar y disolver las empresas de turbios objetos sociales y a transmitir aquellas otras de difícil gestión, saneando las más eficientes, consolidando finalmente una inmensa fortuna.

La muerte de John Dykinson se atribuyó oficial y definitivamente, en gran medida por la mediación de los abogados de Carol, a un crimen pasional establecido por un ajuste de cuentas entre competidores del hampa —y quién sabría si de determinados servicios secretos, decían aquellos—, en los oscuros negocios de la venta de armas.

Mientras tanto medio mundo se encontraba en una guerra sin avances causando caos y desolación. Los submarinos estaban siendo la fuerza más efectiva de Alemania en la batalla naval, por lo que se había incrementado de forma considerable su número y a pesar de las grandes luchas internas dentro del poder militar alemán, se acabó imponiendo la tesis del ala más dura; la del almirante Holtzendorff que solicitaba al káiser Guillermo II la guerra submarina total y sin restricciones contra todos los navíos del Reino Unido. Lo cual estaba haciendo padecer, aun secretamente, a Gran Bretaña que estaba llegando al límite de sus fuerzas.

Sería entonces cuando la Sala 40 interceptaría un telegrama del ministro de Asuntos Exteriores alemán Arthur Zimmermann, dirigido al embajador alemán en México en el que le pedía que ofreciera al presidente mexicano Venustiano Carranza, un acuerdo por si la campaña total submarina emprendida, acababa por hacer que los Estados Unidos declararan la guerra; de modo que le ofrecía una alianza para hacer juntos «tanto la guerra como la paz» y a cambio, Alemania apoyaría a México en la recuperación de los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona.

Los dirigentes de la Sala 40 pensaron que tenían una *bomba* entre sus manos para ofrecer a Estados Unidos, pero surgían muchas pegas pues la prensa americana solicitaría pruebas, ya que

alegarían que se trataba de una burda maniobra, una vez más, para hacer que entraran en la guerra, pues Alemania no reconocería la realidad del telegrama y además había que preservar el secreto de la existencia de la Sala 40. Así que el director William Reginald Hall preparó una estrategia haciendo una copia para que apareciera, como si de un caso de espionaje común se tratara, a través de un empleado mexicano de Telégrafos. En febrero de 1917 el ministro de Asuntos Exteriores británico se lo entregaba al embajador americano Page. Se filtró a la prensa unos días después y a pesar de lo que se temían los dirigentes de la Sala 40, Zimmermann reconoció la veracidad del telegrama.

Ese fue el último eslabón para que la opinión pública americana a partir del suceso del *Lusitania*, y por hechos acaecidos con posterioridad, agotara su sentimiento de neutralidad dominante. «Debemos hacer que el mundo sea un lugar seguro para la democracia», dijo finalmente el presidente Wilson. El 6 de abril de 1917 firmaba la resolución por la que Estados Unidos declaraba la guerra. Winston Churchill diría más tarde que si Wilson hubiera hecho eso tras el acontecimiento del *Lusitania* se habría evitado mucha sangre y sufrimiento. Gran Bretaña había estado a punto de capitular.

En la madrugada del 11 de noviembre de 1918, en un vagón de tren, en el bosque de Compiègne, Alemania firmaba el armisticio con los representantes de los países aliados. Hacía casi cinco años que la Gran Guerra había roto el sueño idílico de la llamada *belle époque*.

Doce años después, en 1930, fallecía Carol Dykinson dejando como único heredero a su hijo adoptivo Mark Reber; y en la primavera de 1936, algo me estremeció profundamente cuando este, con apenas 20 años, se presentó en París. Su rostro me recordó vivamente al de mi querido amigo, aunque por supuesto, también denotaba señales de Evelyn. Seguía el rastro de su padre. Quería *adquirir* su estudio, que allí se mantenía, tal como Mark lo había dejado, con sus obras apiladas por todas partes, siempre cerrado con las viejas y ya corroídas persianas echadas; pero especialmente, de forma entrañable, me dijo:

—Quisiera saber algo más sobre él.

Lo miré fijamente a los ojos, puse mi mano sobre su hombro y salimos paseando a orillas del Sena.

—Claro. Tenemos mucho de qué hablar.

Una fina llovizna caía sobre la ciudad. Abrí el paraguas. A pesar de todo era una tarde preciosa.